Hablamos continuamente sobre la importancia de ser capaz de seducir, de convencer y de expresarnos con corrección. En cambio, nadie se preocupa de la importancia de saber escuchar. Saber escuchar a los demás es fundamental para crecer como personas, es el primer paso hacia el conocimiento mutuo. Y aunque todos queremos explicar cosas, es maravilloso encontrarse con alguien que sabe escuchar, porque sin saber cómo, queremos estar con él el mayor tiempo posible. El libro del doctor Francesc Torralba es una guía exacta para desarrollar el arte de saber escuchar, ayudar a desprendernos del ego —algo que tanto nos atenaza— y en definitiva saber comprender a los que amamos.

Editorial
MILENIO

ISBN 978-84-9743-223-8
9 788497 432238

FRANCESC TORRALBA

El arte de saber ESCUCHAR

Editorial
MILENIO

Francesc Torralba i Roselló (Barcelona, 1967) es doctor en filosofía por la Universidad de Barcelona (1992) y doctor en teología por la Facultad de Teología de Cataluña (1997). Es profesor de la Universidad Ramon Llull y a lo largo de su trayectoria ha recibido diferentes premios y reconocimientos, entre los que destacan el Premio Extraordinario de Licenciatura y el de Doctorado, así como diversos premios de ensayo. Es autor de varios libros entre los que destacan *Cartas sobre Dios y Buda* y *Cien valores para una vida plena* ambos publicados por Editorial Milenio.

El arte de saber escuchar

Estilos 1

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

El arte de saber escuchar

Traducción de Ramon Sala

Editorial
MILENIO

Título original en catalán:
L'art de saber escoltar
© Pagès editors, S. L., Lleida, 2006

© de la traducción: Ramon Sala Gili, 2007
© de esta edición: Editorial Milenio, 2007
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial.milenio@cambrescat.es
Primera edición: octubre de 2007
ISBN: 978-84-9743-223-8
Depósito legal: L-931-2007
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L.
Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción 7

Parte I. **Las condiciones de la escucha**

1. Escuchar y oír 11
2. Depurar prejuicios 19
3. Tomarse el tiempo 23
4. Desinflar el ego 29
5. Crear silencio 35
6. Discernimiento 39
7. La escucha piadosa 43

Parte II. **Escuchar a los demás**

8. Alegato contra el griterío 49
9. El otro como ser inquietante 53
10. Del otro extraño al "tú" cómplice 57
11. El otro nos educa 61
12. Los otros dentro de uno mismo 67
13. El otro como límite. El respeto 71

Parte III. **Escuchar, hablar, comprender**

14. Escuchar para comprender 77
15. El miedo a escuchar 79
16. La verdad soportable 83
17. Escuchar y hablar auténticamente 89
18. El arte de hacerse escuchar 93

Parte IV. **Escuchar, dialogar, criticar**

19. La alternancia entre palabra y silencio 101
20. La prepotencia como un obstáculo fundamental ... 105

22. La escucha: condición de la crítica 111
23. La escucha: condición de la autocrítica 117
24. El diálogo posible 119

Parte V. **¿A quién debemos escuchar?**

25. Los niños: la inocencia 129
26. Los ancianos: la experiencia 133
27. Los enfermos: la seriedad 137
28. Los amigos: la transpariencia 141
29. Los sabios: la felicidad 145

Parte VI. **Escuchar y amar**

30. Una forma de amar 151
31. Escuchar es liberador 155
32. El drama de no ser escuchado 159
33. Apaciguar la envidia 163
34. El escuchar y el apaciguamiento del alma 167

Parte VII. **Los frutos de la escucha**

35. Claridad 175
36. El don del consejo 177
37. La docilidad 179
38. La amabilidad 183
39. La delicadeza 187
40. El conocimiento de uno mismo 193

Bibliografía 197

INTRODUCCIÓN

Conocer a una persona que sabe escuchar es algo maravilloso. Sucede que, sin saber exactamente el porqué, deseamos estar con ella todo el tiempo posible. Nos place poder explicar calmadamente lo que llevamos dentro del corazón, contando de antemano con el silencio y la confianza del otro. Es un gozo saberse escuchado atentamente, sin acritud ni voluntad fiscalizadora.

Sin embargo, esa clase de contactos no es nada frecuente. El frenético ritmo de vida que llevamos nos dificulta la práctica de la escucha. Y no sólo por razones externas; también por razones internas. Hay demasiado ruido. Ruido en el interior de la persona y ruido en el exterior, fuera de ella. El ruido provoca las incomprensiones, los roces, los malentendidos. El ruido nos obliga a alzar nuestras voces, haciéndonos insensibles a las voces más débiles.

Escuchar no es algo que pueda aprenderse de golpe. Es todo un proceso. Existen personas especialmente versadas en ese arte. Debemos acercarnos a ellas, observándolas e imitándolas, porque la escucha es algo esencial para nuestras relaciones; la única pauta para establecer lazos con éxito. No basta con saber hablar; hay que saber escuchar. Escuchar es acoger al otro en nuestra propia casa. Todos queremos ser escuchados. Todos queremos tener un hogar.

En este librito que el lector tiene en sus manos, he intentado explorar el arte de saber escuchar. Si el

lector ya sabe escuchar, no le será muy útil; pero si, en cambio, ya tiene claro que le cuesta practicar la escucha y es consciente de que hay obstáculos muy difíciles de superar, puede que este sencillo ensayo le sirva de ayuda.

Estoy convencido de que nuestras vidas tendrían una mayor calidad si realmente supiésemos escuchar, si fuéramos capaces de hacer limpieza, de apagar ese ruido de fondo que nos impide acoger la voz del otro. Nos damos cuenta de que los momentos de máxima unión con los demás han sido aquellos en los que hemos realmente practicado la escucha, sin fingimientos ni simulaciones. En esas ocasiones se ha producido una compenetración de espíritus poco frecuente en la vida cotidiana. Esos instantes permanecen para siempre en el corazón.

Debemos aprender a escuchar para comprender a quienes amamos. Debemos desarrollar nuestro potencial de escucha porque sólo así, al llegar el momento oportuno, seremos capaces de pronunciar las palabras adecuadas. Debemos ser diligentes en la práctica de la escucha para así gozar más plena y extensamente de todo cuanto nos rodea, de quienes nos rodean y de cuanto deleita nuestros sentidos.

Estamos hechos para hablar, pero seríamos incapaces de pronunciar una sola palabra, si antes no la hubiéramos recibido. El escuchar no es pura pasividad. Es saber situarse al margen, ejercitar la discreción, ser receptivo a los demás. Si no abrimos al máximo nuestros espíritus, creando el espacio para que la maravilla que nos rodea transforme nuestro ser, seremos incapaces de crecer.

EL AUTOR

I PARTE

Las condiciones de la escucha

1

ESCUCHAR Y OÍR

¿En qué consiste, exactamente, escuchar? Escuchar es un acto consciente, voluntario, que tiene como propósito comprender al otro. En esencia, es un acto libre.

Escuchar no es lo mismo que oír, porque oír es un acto involuntario. Oír (*audire*, en latín) es percibir un sonido. Es algo natural, fisiológico, no regido por nuestra voluntad. Muy a menudo, sin querer, nos vemos obligados a oír ruidos que preferiríamos no tener que soportar. No decidimos oír, en tanto que sí decidimos qué y a quién queremos escuchar. Así pues, la escucha es selectiva, mientras que el acto de oír va estrechamente ligado a nuestros sentidos externos.

La escucha no es jamás un acto caprichoso ni resignado. Es la respuesta a una búsqueda. No escuchamos por casualidad. Escuchamos porque, previamente, hemos deseado escuchar. Por azar, oímos el ruido de fondo, la bocina de un coche, o la cantinela de una máquina tragamonedas; pero la escucha no es nunca arbitraria. Viene precedida por un deseo, un anhelo. Cuanto más intenso es ese deseo, más receptiva es la práctica de la escucha.

La escucha viene precedida por un deseo. Pero, ¿qué despierta ese deseo? Vislumbramos que en el otro hay un tesoro, un secreto que queremos conocer. El deseo de escuchar arranca de una intuición, de una mirada atenta que transforma al otro en sujeto

de interés. Imaginamos que puede comunicarnos un mensaje que desconocemos o que nos puede resultar provechoso y, por eso, nos disponemos a escucharlo. Pero esta intuición, como todo lo humano, puede ser falsa, y el deseo puede que no se corresponda con el secreto que supuestamente atesora aquella persona. Entonces, experimentamos la frustración.

La escucha siempre está relacionada con una expectativa creada. Esa expectativa no siempre es fundada y, a veces, se convierte en un verdadero obstáculo, porque escuchamos a quienes creemos que debemos escuchar y no prestamos atención a aquellos que, de hecho, merecen ser escuchados. Esa predisposición hacia algunos conlleva siempre una manera implícita de discriminar a todos los demás, pero la escucha es siempre selectiva. No se puede escuchar a todo el mundo, ni disponemos de tiempo, lugar o capacidad para escuchar atentamente a todos. En el proceso de seleccionar y distinguir podemos, ciertamente, equivocarnos. Por eso, hay que ser exigente y no fiarnos únicamente de nuestras propias intuiciones.

La escucha exige una preparación previa del alma, una disponibilidad interior, una predisposición. Sin ese trabajo preparatorio, la escucha se hace imposible y aunque el otro vocifere, no se realizará adecuadamente. El arte de escuchar no es una pura pasividad. Es una actividad muda, una intencionalidad implícita. En apariencia, puede parecer una inactividad; pero sólo en apariencia, porque es un ejercicio que esencialmente conlleva esfuerzo y que sólo con mucha constancia puede coronarse con éxito. El diablo de la dispersión mental o la tendencia a encerrarse dentro de uno mismo siempre están al acecho.

Nadie puede obligarnos a escuchar. Se nos puede obligar a estar quietos y callados e, incluso, a obedecer determinadas consignas. Al coaccionarnos de este modo, quienes lo hacen pueden creer que escuchamos, pero únicamente escucha quien quiere escuchar.

El acto de escuchar es uno de los actos más libres que puede realizar la persona. De hecho, sólo en el fondo de nosotros mismos sabemos a quién escuchamos y a quién no. Si dominamos bien el arte teatral, podemos hacer creer que escuchamos y, lo que es más grave, el otro puede llegar a creer que realmente le escuchamos, incluso si, en realidad, no tenemos ni la más mínima idea de lo que ha dicho. En último término, cada uno es soberano de su acto de escuchar.

En este sentido, jamás podemos estar seguros de que el otro nos esté escuchando ni tampoco podemos garantizar nunca que seremos escuchados. En tanto que ser ambivalente, el ser humano es capaz de practicar el arte de la escucha, pero también el arte teatral. Es preciso que lo que digamos tenga dignidad para ser escuchado, que aspiremos a decir algo significativo; pero no es absolutamente seguro que vayamos a ser escuchados.

Escuchar (*auscultare*, en latín) es, según la etimología de la palabra, oír con delicadeza y atención. En el fondo, es ser atento con el otro. Una manera de manifestarle nuestro respeto. Oír, tal como señalan los lingüistas, es un término no marcado, carece de la marca semántica «con atención deliberada», en tanto que escuchar es un acto de atención a lo que se está oyendo. Es atender y entender las razones del otro, sin alterarlas ni manipularlas. Es adoptar una forma receptiva, hacerse receptivo a recibir y acoger las palabras del otro.

El ser humano puede vivir en distintos niveles de profundidad. Su palabra y su escucha pueden practicarse en diferentes estratos. Hay un modo de hablar

que se convierte en pura cháchara indiscreta y estúpida, en aquello que a menudo se denomina hablar para no callar. Cuando se actúa de ese modo, no se dice nada que tenga valor alguno. Valdría más callar que hablar.

Hay escuchas superficiales y las hay que se ejercen desde la profundidad. Agradecemos una palabra sensata, pero agradecemos mucho más una escucha profunda. La palabra profunda pide una escucha profunda, porque sólo así puede echar raíces en el corazón. No hay que prestar atención a la palabra desbocada e irreflexiva, producto de la incontinencia verbal. Esa palabra no merece respuesta. Pero la palabra pensada, meditada durante tiempo, que ha fructificado tras un largo viaje interior, necesita una cavidad muy profunda a la que ser proyectada para crecer extensamente.

Cuando escuchamos con profundidad, intentamos comprender las razones del otro, el hilo conductor que atraviesa su razonamiento. Naturalmente, esto no significa compartirlo, pero sí implica esforzarse para comprender por qué dice lo que dice.

Escuchar es buscar la verdad del otro, tenerla en cuenta. Es una parte indisociable del diálogo. Sin escuchar no es posible dialogar y buscar conjuntamente la verdad. Es preciso escuchar las razones del otro, incluso cuando esas razones violenten nuestras certezas y convicciones. Esa escucha puede causarnos dolor en nuestro interior, pero nos hace crecer en todas las direcciones.

La humildad es la condición que hace posible la escucha, puesto que escuchar es arriesgarse a descubrir que no estamos en posesión de la verdad. Quizás por eso, tenemos tanto recelo de escuchar y somos tan propensos a escucharnos a nosotros mismos y a escuchar a quienes piensan, o creemos que piensan,

como nosotros. Nos place escuchar a alguien que piensa como nosotros, sobre todo si es una persona cualificada, porque así corroboramos nuestras intuiciones, pero nos inquieta escuchar a alguien que no comparte nuestro modo de pensar o que incluso se opone claramente a él.

El desafío reside en escuchar al contrincante, a quien piensa de un modo distinto. Sólo eso puede hacernos crecer. A veces, el miedo nos lleva a encerrarnos, a permanecer inmóviles dentro del reducido círculo de amigos que piensan como nosotros, pero ese encierro significa la muerte del alma. No escuchar se convierte entonces en nuestro mecanismo de defensa, por más que intentemos disfrazarlo de acto libre.

La labor educativa se ha centrado en el acto de hablar y, de hecho, decimos que alguien es culto o que es una persona leída a partir de lo que dice. Pero la labor educativa ha subestimado el valor de la escucha. No nos han enseñado a escuchar, y la escucha es un arte tan difícil de ejercer como la palabra, aunque raramente prestemos atención a ella. Existe un arte de la palabra y de la exposición oral de los argumentos e ideas, pero también existe un arte de la escucha.

La escucha, por añadidura, es la condición de posibilidad de la palabra; de ahí que el arte de la escucha sea más básico y fundamental que el de la palabra. Aprendemos a hablar porque escuchamos a nuestros padres y maestros. Pero tendríamos que enseñar a los niños también a escuchar, a adoptar una actitud receptiva, a concentrarse en un pensamiento, en una idea; a sopesarla una y otra vez. En pocas palabras, tendríamos que enseñarles a meditar, a profundizar dentro de su interior y a buscar las grandes palabras que se han vertido ahí. La crisis de la receptividad es, al mismo tiempo, la crisis de la civilización.

En un mundo donde las personas no se escuchan, donde los mayores no escuchan a los pequeños ni los pequeños a los mayores, donde las interferencias son el pan nuestro de cada día en las ciudades y pueblos, fallan los mecanismos elementales de transmisión de valores, lenguajes, ideas, creencias y costumbres. El rechazo a escuchar que los maestros detectan día tras día en sus aulas es un síntoma inequívoco de esta inmensa crisis de las transmisiones. Enseñar a escuchar es un paso previo a la enseñanza de cualquier otra materia, puesto que sin esta disposición básica, nada puede ser transmitido.

Escuchar, sin embargo, sólo es posible si existe un discernimiento previo. Exige concentración, voluntad de descifrar el mensaje del otro, de entender qué dice y, sobre todo, el porqué de que lo diga como lo dice; consiste en entender las razones que le mueven a expresarse. El buen escuchador no se contenta con las palabras del otro; busca las entrañas invisibles de ellas, aquello que no dice explícitamente, aquello que, sin embargo, dice a través de ellas. Voluntad de comprender: he aquí la piedra angular del acto de escuchar.

Escuchar requiere siempre, y en cualquier circunstancia, la alteridad. En la esencia del acto de escuchar está la confrontación entre uno mismo y el otro, entre el «yo» y el «tú». En este sentido, es un acto de apertura al «no-yo», a quien se nos acerca para hablarnos. Exige, en el fondo, un acto de confianza, porque si tememos al otro y nos escondemos, no podremos escucharle. Hay que darle crédito, hacerle confiar, puesto que sin este tácito pacto fiduciario resulta imposible escucharle.

Escuchar es, a la postre, estar atento al otro, a las palabras que salen de su boca, a los gestos que

articula con sus manos y con su rostro. Es un acto de devoción al otro. También podemos escucharnos a nosotros mismos y, cuando lo hacemos, nos transformamos en el otro, aunque no sea posible reconocerle con los ojos. La escucha requiere necesariamente la dualidad.

2

DEPURAR PREJUICIOS

Escuchar requiere una previa depuración de los prejuicios que oscurecen la imagen del otro. Esto sólo es posible si estamos dispuestos a romper la imagen que nos hemos hecho del otro. Los prejuicios nos alejan de las personas, abren un foso entre ellas y nosotros. Por eso, debemos ejercer un cierto escepticismo respecto a la imagen que nos hemos forjado de los demás. No debemos hacerle excesivo caso y, sobre todo, debemos evitar convertirnos en esclavos de ella.

El otro rebasa siempre la imagen que nos hacemos de él. Hay aspectos de su personalidad, su fondo emocional y su pensamiento, que no podemos hacer encajar completamente dentro de una imagen. La imagen es por definición una representación que reduce la complejidad del otro. Sean bienvenidas las imágenes borrosas, aquellas que dejan un espacio difuso, porque abren la perspectiva a la perplejidad, a la novedad que nos aporta el otro.

La imagen del otro no debe confundirse jamás con *el* otro. A veces, hay un inmenso abismo entre una y otra realidad, pero sólo podremos ser conscientes de él si nos atrevimos a derrumbar la imagen que tenemos en nuestra mente. Hace falta ser receptivo al otro, no ser esclavos de la imagen. Hay que dar una oportunidad al otro para poder hacer añicos aquella pétrea imagen que nos hemos hecho de él. El otro jamás puede reducirse a una imagen, porque la ima-

gen, tanto del otro como de uno mismo, es siempre una simplificación, y, como tal, no puede convertirse en dogma de fe.

Frecuentemente, la imagen del otro es una caricatura esperpéntica, una deformación consciente o inconsciente, deseada o no deseada. En la tarea de escuchar, hay que hacer previamente un ejercicio iconoclasta. Hay que desinflar las imágenes que llevamos flotando en la mente. Según sean éstas, puede muy bien suceder que renunciemos a escuchar; que nos neguemos, de entrada, a establecer un diálogo con el otro.

Escuchar no es fácil. Tenemos la capacidad de hacerlo, pero no siempre estamos dispuestos a ello. Una imagen negativa del otro paraliza la escucha; mejor dicho, la convierte en imposible. En cambio, una imagen positiva nos predispone a escuchar, incluso cuando, a veces, el resultado final sea muy parvo.

La capacidad de escuchar es inherente a la persona, pero ese potencial sólo se convierte en realidad si nos ejercitamos a fondo. En el camino, se interponen dificultades de órdenes muy distintos. Algunas son de tipo material: ruidos, algarabías, gritos. Otras son mentales, del corazón; están en el interior de la persona que se dispone a escuchar.

Las peores dificultades no son las de carácter externo, como la intranquilidad, la distancia, o las constantes interferencias que se interponen entre el emisor y el receptor. Las más graves son las de naturaleza interna. Entre esos obstáculos fundamentales se encuentran los prejuicios.

Krishnamurti lo dice muy bien: «La mayoría de nosotros escuchamos a través de una pantalla de resistencia. Los prejuicios religiosos, espirituales, psicológicos o científicos nos impiden una verdadera escucha, como nos lo impiden nuestras preocupaciones cotidianas,

nuestros deseos o expectativas, nuestros temores. [...] Y con todo esto como pantalla, escuchamos. Ahora bien, lo que realmente escuchamos es [...] nuestro ruido, nuestro sonido, no aquello que realmente se está diciendo.»[1]

Los prejuicios, como indica el término, son juicios elaborados previamente y, por lo tanto, mal elaborados, sin conocimiento de causa. Son valoraciones del otro, sin que éste se manifieste tal cual es. A partir de algún elemento de su identidad, hacemos una valoración y, en consecuencia, no nos disponemos a escucharle ni nos dejamos interpelar por sus palabras.

Así pues, el prejuicio es un muro entre el otro y yo, consecuencia de no haber reflexionado verdaderamente y como es debido. La fuerza de los prejuicios reside en el hecho de que todos hemos sido niños antes de ser adultos, todos hemos empezado a pensar mucho antes de saber razonar. El remedio contra los perjuicios consiste en instalarse en la duda y en el método. Aún así, nunca nos liberaremos completamente de ellos.

Hay prejuicios que obstaculizan la escucha, pero hay otros que nos predisponen a escuchar. A veces, no escucharemos a quien deberíamos haber escuchado, porque hemos sido excesivamente determinados por prejuicios negativos. Y, a veces, ocurre lo contrario: escuchamos con atención a alguien que está diciendo algo irrelevante.

Para poder escuchar correctamente es necesario superar el prejuicio de la imagen. A menudo, la imagen del otro condiciona extraordinariamente el acto de escuchar. La parábola del payaso que narra Kierkegaard es muy significativa para comprender hasta qué

1. J. Krishnamurti, *La libertad primera y última*, RBA Coleccionables, S.A., Barcelona, 2002.

punto la imagen puede convertirnos en sordos para escuchar al otro.

Dice así: En un circo se produce un incendio. El payaso sale corriendo a buscar ayuda en un pueblo cercano. Los vecinos del pueblo, al oír al payaso que les advierte del incendio y les suplica ayuda, creen que es una broma, aunque el payaso se desgañita para dar veracidad a lo que dice. Los vecinos no le creen y el circo es consumido por el fuego.

Consecuencia: la forma que adopta el mensajero o, mejor dicho, su imagen externa, ayuda a la comprensión y aceptación del mensaje, pero, según sea la que adopte, impedirá que éste sea efectivo. En el caso del payaso, el prejuicio de la imagen hace que los receptores interpreten sus voces y gestos como si fueran una broma.

En definitiva, para escuchar atentamente al otro y comprender lo que dice, hay que realizar un esfuerzo titánico para liberarse de los prejuicios. Y sólo podremos hacerlo si somos conscientes de albergarlos, aunque, paradójicamente, únicamente podemos llegar a ser conscientes de ello si somos receptivos a los demás. Muchas veces sólo llegamos a darnos cuenta de los prejuicios que sufrimos gracias a los demás, que nos muestran nuestros tópicos e incomprensiones. El diálogo y el viajar son los grandes antídotos del prejuicio.

3

TOMARSE EL TIEMPO

El arte de saber escuchar requiere su tiempo. No podemos escuchar con el cronómetro en marcha o mirando de reojo las manecillas del reloj. Como todo arte, su dominio requiere esfuerzo, constancia, dedicación, inmensas dosis de paciencia, y sólo quienes están dispuestos a fracasar una y otra vez, aprenderán a escuchar correctamente.

La escucha de calidad exige tiempo, pero un tiempo que está a disposición del otro. En realidad, escuchar al otro es dedicarle tiempo, estar dispuesto a perder el tiempo personal, a limitar el propio campo de expresión y acción, para que el otro pueda manifestarse. Únicamente quien calla, da realmente al otro la oportunidad de expresarse. Alguien puede proclamar que da al otro esa oportunidad, pero sólo cuando calla efectivamente, crea el silencio oportuno para que el otro pueda reaccionar. Esto exige establecer con alguien un lazo que implica obligaciones y la capacidad de limitar el propio tiempo personal.

Hace falta darse el tiempo para escuchar. No es de extrañar que en sociedades tan intensa y extensamente aceleradas como la nuestra, el arte de escuchar sea muy difícil de ejercer con garantías, porque en ese tipo de entorno todo debe ser dicho con mucha rapidez y se practica una intolerancia tácita hacia los mensajes pausados y complejos. La velocidad es el factor clave, que determina sobremanera tanto el proceso de emisión como el de recepción.

El arte de escuchar exige tiempo. Existen diversas formas temporales implícitas en ese proceso. Está, de entrada, el tiempo de la expresión. Nos hace falta un cierto tiempo para comunicar lo que sentimos en nuestro interior, para elaborar verbalmente el mensaje que deseamos transmitir. Hay que encontrar las palabras oportunas, el tono adecuado, el momento pertinente y el lugar más propicio. En ocasiones, experimentamos auténticas dificultades para expresar lo que percibimos clara e inteligiblemente en nuestra mente. Nos cuesta transformarlo en palabras, decirlo claramente, porque la codificación exige un buen dominio del lenguaje que vayamos a utilizar.

La tarea de exteriorizarlo requiere su tiempo, y no siempre resulta fácil forjar un discurso verbal que exprese realmente lo que estamos pensando. Muchas veces captamos lo que en realidad pensamos, en la medida en nos esforzamos en expresarlo, en comunicarlo a los demás. En el trabajo de expresarnos, llegamos a entendernos mejor a nosotros mismos.

Tampoco tenemos la capacidad de captar inmediatamente al otro, su idea, su problema, lo esencial de los sentimientos que inundan su corazón. Algunas veces, podemos ver inmediatamente lo que hay en el interior del otro, en una especie de relampagueante intuición, pero en la gran mayoría de situaciones necesitamos el trabajo de locución, de presentación de las ideas, sentimientos y pensamientos que nos embargan.

Necesitamos tiempo para decirnos y tiempo para escucharnos. El tiempo es un factor clave en la vida de la comunicación. El ejercicio de decirnos no se resuelve inmediatamente, porque lo que debe decirse también lo transforma el tiempo y, tras decirlo, nos vemos obligados a decirlo de nuevo porque ya no vemos las cosas de la misma manera. El mensaje que

reposa en la interioridad no es un todo estático y fijo; es un todo dinámico y narrativo, que experimenta metamorfosis con el paso del tiempo, obligándonos a reformular de nuevo lo que dábamos por dicho.

Nunca terminamos de decírnoslo todo. Mientras estamos vivos, bulle igualmente la vida del pensamiento y el sentimiento y nos sentimos llamados a decirnos nuevamente y a escucharnos, una y otra vez. Hay que luchar contra la tendencia a petrificar al otro, a congelar su imagen en un momento dado, reduciéndola a un conjunto de tópicos y estereotipos. Hay que dar al otro la oportunidad de cambiar, de transformarse, de ver las cosas de otra manera.

La falta de tiempo, la celeridad con la que vivimos los procesos vitales básicos, la tensión que supone tener que comunicar apresuradamente lo que llevamos en el corazón, llega a colapsarnos y a hacernos decir lo que jamás hubiéramos dicho de disponer de más tiempo.

Hay tres tiempos en el proceso de la comunicación. El primero es el tiempo de expresión que es el que nos hace falta para exteriorizar los pensamientos que nacen en la interioridad. El paso de la interioridad a la exterioridad no es sencillo, porque, a veces, es arduo articular en palabras aquello que vemos tan claramente en nuestro interior. Otras veces, no queremos expresarlo tal como lo vivimos en nuestro interior y, por razones de convivencia social, lo formulamos con eufemismos.

Uno de los requisitos elementales de los buenos modales consiste en dar al otro el tiempo para que se exprese. Existen formas implícitas de apresurarle, que pueden hacerle sentirse coaccionado a enunciar rápidamente su mensaje. Muy a menudo, no hay que acuciarle verbalmente; un simple gesto facial o manual

puede ser lo suficientemente explícito para hacerle ver al otro que está tardando demasiado en decir lo que quiere decir, que está impacientando al destinatario. En situaciones de esta clase, es lógico que el emisor no diga nada más, que opte por callar definitivamente.

El segundo es el tiempo de la comprensión. Del mismo modo que se requiere un tiempo para expresar un mensaje, también hace falta un tiempo para asimilarlo y comprenderlo en su totalidad. En nuestras aceleradas sociedades, donde los ritmos de vida, comunicación y trabajo están sometidos a una extraordinaria presión y, a veces, a una cadencia infernal, los tiempos de expresión y comprensión se ven significativamente limados, cosa que tiene efectos negativos en el plano de las relaciones interpersonales.

Como consecuencia, no decimos bien lo que pretendemos comunicar, ni comprendemos correctamente lo que el otro pretende decirnos. Inmersos en un mundo gravemente contaminado por la corrupción acústica, el esfuerzo para comprender al otro a menudo se convierte en una tarea titánica de difícil éxito.

El tiempo de la expresión no siempre coincide con el de la comprensión. Hay mensajes que se comprenden mucho tiempo después de ser emitidos. Hay otros que jamás llegan a ser descifrados completamente o que, como mínimo, nos dejan la sensación de abrigar un terreno desconocido, un feudo que no sabemos decir dónde comienza y, menos aún, dónde termina.

La comprensión es una tarea lenta, fatigosa y, frecuentemente, ingrata. No consiste únicamente en comprender las palabras del otro, en desentrañar el significado de los signos que utiliza, sino en percibir aquello que no está escrito, el trasfondo oculto del mensaje, el paisaje que se oculta detrás de las palabras.

Al hacernos adultos, muchas veces comprendemos lo que nos decían nuestros abuelos cuando éramos niños. El mensaje, en el momento de ser emitido, no siempre encuentra la respuesta adecuada, no siempre es comprendido en su totalidad. Es asimilado, permanece medio vivo en la memoria, pero posteriormente se convierte en una experiencia vital, y aquel mensaje que permanecía allí aletargado, que nunca había sido significativo, adquiere un valor para el receptor.

Y, en tercer lugar, hay un tiempo de la respuesta. La respuesta de calidad únicamente puede darse si va precedida por una escucha de calidad. La respuesta correcta no es una reacción inmediata, ni un proceso mecánico que se produce de un modo irreflexivo. La respuesta inteligente es pausada y compleja, valora los matices y variables que hay en juego y no cae en la trampa de la provocación y la herida que el otro nos ha causado con sus comentarios. Apunta hacia aquello que es esencial y no busca complacer al otro ni satisfacer su vanidad; destila autenticidad y franqueza.

Hay que responder correctamente a la intervención del otro, pero, para hacerlo, hay que tomarse tiempo. El tiempo de la respuesta es siempre posterior al tiempo de la comprensión o, por lo menos, debería serlo. Responder sin comprender conduce a una incomunicación profunda. Muy a menudo, el receptor sufre del vicio de la impaciencia y no otorga suficiente tiempo al emisor para que exprese correctamente el mensaje que desea comunicar.

Como consecuencia de ello, el emisor se siente coaccionado a decirlo rápidamente y es incapaz de formularlo con la precisión que desearía. El receptor responde, pero también lo hace con excesiva rapidez, para evitar que el emisor, ahora en el papel de receptor, le interrumpa. Esta aceleración del proceso

comunicativo, tan frecuente en la vida cotidiana, genera profundos malentendidos e incomprensiones. Y, aún así, todos experimentamos el deseo, casi vital, de encontrar a alguien capaz de dispensarnos una escucha de calidad.

La respuesta que no ha sido forjada tras el tiempo de comprensión es frecuentemente reactiva y, posiblemente, deberá ser corregida e incluso modificada posteriormente.

El tiempo desempeña un papel determinante en los procesos de comunicación. Sólo si estamos dispuestos a dedicar tiempo a escuchar y a comprender lo que el otro dice, sin apremiarle a que lo diga apresuradamente, existirá una comunicación de calidad. La intolerancia que mostramos hacia la lentitud hace que, muy frecuentemente, no nos prestemos a escuchar a personas que, por sus características naturales, se expresan lentamente. Como resultado de ello, perdemos el valioso tesoro que podrían comunicarnos.

La escucha es un acto de atención hacia el otro, de respeto a su persona, de abertura a su mundo. Escuchar es querer entrar en el mundo del otro. Es una manera de descentrarse, de olvidarse de uno mismo, para llenar nuestra vida mental con las palabras del otro. Consiste en silenciar las propias voces, para que la voz del otro resuene dentro de la interioridad propia. Esto sólo es posible si estamos dispuestos a suspender provisionalmente nuestras propias voces, a acallarlas o, como mínimo, templarlas.

Escuchar es un acto de hospitalidad. Consiste en hacerle un lugar al otro, en cederle un espacio y un tiempo en la mente y el corazón. Es como acoger a un huésped invisible y hacerle un lugar en la casa de uno. Sin embargo, si estamos demasiado llenos es imposible que el otro pueda entrar. Si estamos demasiado absortos con nosotros mismos, el otro no tendrá acceso a nuestro universo personal propio. Escuchar es acoger, dar tiempo y espacio al otro, hacer un hueco en el que quepa.

En cierto modo, escuchar es también una incursión en la interioridad del otro; un acto de chafardería, incluso. Cuando verdaderamente escuchamos al otro, no escuchamos únicamente los fonemas que emite, sino la palabra interior que hay en el fondo de la palabra exterior. Es un acto a través del cual se produce una transgresión de los límites del propio mundo, para

acercarnos al mundo del otro; a un mundo que, de entrada, se revela enigmático.

Somos curiosos por naturaleza. Nos place conocer el secreto del otro, pero el otro no siempre desea revelarnos lo que lleva dentro. A veces, es más difícil retener el acto de escuchar que ejercerlo, porque sentimos curiosidad ante el otro y, aunque éste no quiera revelar lo que le pasa, sentimos el deseo de saberlo y escuchamos a escondidas. La escucha disimulada no es, en sentido estricto, una escucha éticamente deseable, porque, haciéndola, entramos sin permiso en un mundo que no nos pertenece y que el otro desea preservar para sí mismo y los suyos. Escuchar al otro cuando desea ser escuchado es una exigencia ética, un acto de cortesía; más aún, es un acto de hospitalidad. Pero escucharlo a escondidas, cuando el otro no desea ser escuchado, es violar los límites de su intimidad.

En el proceso de escuchar, el otro se convierte en preeminente, en término final de toda la acción. Por eso, la escucha es ya, en sí misma, un valor ético, una virtud, una costumbre que ennoblece a quien la practica, porque crece interior y exteriormente, convirtiéndose en una personalidad más compleja y rica, más poliédrica. Al escuchar, se practica la generosidad hacia alguien que, indirectamente, suplica ser escuchado.

Hay una indigencia que anida dentro de nosotros con tanta o mayor intensidad que la indigencia material. Consiste en el deseo de ser escuchado, reconocido y amado. Al escuchar al otro, respondemos momentáneamente a su indigencia, pero lo hacemos de un modo siempre provisional, porque de una manera cíclica esa indigencia se manifiesta una y otra vez a lo largo de la vida.

La práctica de la escucha exige librar un encarnizado combate contra el propio *ego*. Si entendemos

por *ego* la tendencia a vivir centrado en el «yo», en los propios recuerdos, pensamientos, deseos y emociones, en encerrarse en la propia conciencia, el acto de escuchar exige el descentramiento.

En la conciencia egocéntrica, el «yo» es el centro del universo y todo se dice con referencia a ese centro. Las cosas tienen valor si favorecen al «yo», las personas son interesantes si benefician el crecimiento del «yo», los vecinos merecen ser escuchados si aportan alguna cosa al «yo». En la conciencia egocéntrica el «yo» es el centro, y el otro se convierte en puro alimento para aquel «yo».

El *ego* no es un objeto ni una cosa física. Es una tendencia a encerrarse sobre uno mismo, erigirse como centro del mundo y convertir a los demás en objetos al servicio de uno. Escuchar consiste en poner al «yo» en la periferia, colocando al otro en el centro de la vida anímica. Sólo cuando renunciamos a pensar, hablar y expresarnos; sólo cuando frenamos la lengua, realmente escuchamos al otro.

Así definidas las cosas, no cabe duda de que el *ego* es un obstáculo fundamental a la hora de escuchar, porque el *ego* tiene como única referencia al «yo», y todo lo demás le está sometido. Así pues, la conducta ególatra se caracteriza por excluir al otro, o bien por abrirse a él únicamente con fines instrumentales.

Pocos pensadores ha habido que hayan descrito tan nítidamente el núcleo de la conciencia egocéntrica como el filósofo alemán Max Stirner (1806-1856): «Si Yo te cuido con delicadeza, —dice— es porque te quiero, porque mi corazón se alimenta de ti y mis ansias se satisfacen en ti; si Yo hago, no es por amor a un ser superior a quien hayas legado tu cuerpo santificado, no es porque vea en ti un fantasma, es decir, porque

encuentre en ti la aparición de un espíritu; si Yo te amo es por un placer egoísta.»[1]

También afirma en otro punto de su obra: «Yo lo soy todo para Mí, y todo lo que Yo hago, lo hago en *causa propia*. Si alguna vez veis claramente que Dios, los mandamientos [...], sólo os perjudican, os reducen y os corrompen, con toda seguridad los rechazaríais, como en otros tiempos los cristianos condenaron a Apolo y Minerva y a la moral pagana. Es cierto que en su lugar colocaron a Cristo y más tarde a María y también a una moral cristiana; pero fue únicamente para la salvación de *sus* almas, es decir, por egoísmo o individualismo.»[2]

Hay que distinguir entre *egocentrismo, egoísmo* y *egotismo*, porque son términos que, aunque tienen un marcado aspecto de familia, se refieren a ideas diferentes entre sí. El egocentrismo consiste en colocarme en el centro de todo. Se distingue del egoísmo por su dimensión más intelectual. El egoísmo es un grave vicio, mientras que el egocentrismo puede considerarse una ilusión o un error de perspectiva. Es el espontáneo punto de vista del niño. Su remedio consiste en el descentramiento. Finalmente, el egotismo es una forma exagerada de egoísmo; reside en el culto al «yo».

Únicamente escucha quien se abre a la dimensión del otro. A veces, sólo escuchamos a quienes nos confirman nuestras tesis o manías. Ésta es una escucha falsa, porque, en el fondo, es una escucha endogámica; no se da una apertura al otro.

Está también la escucha ególatra o puramente solipsista que consiste en escucharse a uno mismo. La auténtica escucha, en cambio, es un acto intencionalmente abierto al otro y, en este sentido, presupone el respeto y la consideración a lo que el otro pueda decir.

1. M. Stirner, *El único y su propiedad*. Valdemar, Madrid, 2004.
2. *Ibíd. Op. cit.*

La escucha ególatra es circular y por ello mismo no aporta significativamente nada nuevo a la interioridad humana. Consiste en un retorno de las mismas palabras y obsesiones. Tiene la forma de círculos concéntricos. Para superar el círculo de las propias elucubraciones, se necesita un punto exterior al «yo». A partir de los dos puntos, es posible dibujar una elipse y ampliar el círculo de las propias meditaciones.

El movimiento ególatra conduce a una especie de claustrofobia, de obsesión por el sí mismo, y a una magnificación del mundo propio. La introducción del otro en el mundo propio significa aire nuevo, savia fresca; supone un desafío y, a la vez, una tensión para el propio «yo», que debe situarse de nuevo en su propio mundo.

La escucha que causa realmente una metamorfosis en la interioridad humana, se abre a la perspectiva del otro. No somos lo que hemos escuchado, pero lo que hemos escuchado conforma lo que somos. Seríamos muy diferentes de como somos si hubiésemos escuchado otros relatos, otras historias.

Como dice Paul Ricoeur, somos seres narrativos y no podemos comprendernos al margen de las narraciones que desde que éramos pequeños, han configurado nuestra mentalidad y la concepción de la realidad. Somos una compilación de relatos, de historias, de voces que, en ocasiones, se convierten en hitos ejemplares, modelos a seguir, estímulos para realizar excelentemente el oficio de ser persona.

El no escuchar es una experiencia cotidiana. Como dice Hans Georg Gadamer, nos escuchamos demasiado y estamos tan llenos de nosotros mismos que somos

incapaces de oír a los demás. Éste es, en mayor o menor grado, el rasgo esencial de todos nosotros. La capacidad de entrar en el diálogo es, en el fondo, la verdadera humanidad del hombre.

CREAR SILENCIO

El acto de escuchar requiere necesariamente la práctica del silencio. No sólo el silencio físico, sino el silencio interior. Para poder escuchar al otro de un modo que tenga garantías de calidad, hay que crear el silencio fuera y dentro. Es mucho más difícil silenciar el interior que el exterior, porque la peor algarabía es la que llevamos dentro de nosotros. El peor grito es el que no se oye. No se oye con el oído externo, pero colapsa la interioridad.

No se trata pues de callar, sino de crear silencio. Hay que tener bien presente que el silencio no es la ausencia de palabras, sino una creación interior. Exige un enorme trabajo de curación y de depuración interior, de eliminación de impurezas y de obstáculos ruidosos que dificultan la escucha del otro.[1]

Las interferencias más graves son las que plantea la persona que escucha, el receptor. A menudo, las palabras del otro recibidas en la propia interioridad despiertan viejos fantasmas que creíamos enterrados. Cuando se despiertan algunos de esos demonios, dejamos de escuchar al otro para seguir el rastro que aquéllos dejan en nuestra alma.

La voz del otro persiste, pero no es escuchada, pasa a ser un rumor de fondo. Pasa a un segundo

1. Sobre esa cuestión, véase F. Torralba, *El silencio, un reto educativo*, PPC, Madrid, 2001.

plano. En ese momento, el receptor anda ocupado consigo mismo. El discurso del otro contiene palabras, olores, gestos, referencias directas o indirectas que nos hacen volar lejos, haciéndonos olvidar lo que dice. Esta inmersión en uno mismo es provisional. En el momento más inesperado, volvemos a escuchar a quien nos está hablando, aunque ya no sabemos de qué habla: hemos perdido el hilo. El otro no siempre se da cuenta de lo que ha pasado, pero si nos pregunta qué pensamos, se pone de manifiesto nuestra incapacidad de escucharlo.

Crear silencio es poner la mente en blanco, alcanzar la *tabula rasa* que supuestamente éramos al nacer. Ésta es una tarea extraordinariamente ardua, que sólo puede culminarse tras mucha práctica y muchos fracasos. Tendemos a ocupar la mente con objetos, representaciones, núcleos problemáticos que nos distraen. Tenemos la sensación de que nuestra mente no puede jamás parar de pensar en algún objeto. Siempre estamos pensando en algo, en una cosa que, posteriormente, nos conducirá a otra, y así ininterrumpidamente. La mente vuela de aquí para allá y el torrente de ideas, recuerdos, pensamientos y expectativas que fluye por ella nos supera.

Una palabra, un comentario, una parábola, una narración, despiertan en nosotros elementos que creíamos dormidos y que fijan y cautivan nuestra atención. Entonces, aquel elemento se convierte en el eje de la exposición del otro y perdemos, consiguientemente, su argumentación, el hilo de su discurso.

Para poder escuchar con detenimiento al otro y rendirle el respeto que como ser humano merece, hay que hacer el silencio y practicar la contención mental, a fin de que la mente se centre, totalmente, en las palabras del otro y evite caer en lo que, según

los Padres del Desierto, es el peor de los males: la dispersión. Hay que reconocer que, a veces, la mente es como una abeja que vuela de flor en flor, como una pluma suspendida en el aire, a merced de los vientos que soplan.

El acto de escuchar exige una ascética mental, un control de la facultad imaginativa y de la capacidad de fantasía. El silencio exterior es el punto de partida de un viaje hacia el silencio interior. En el interior, la tarea que aguarda es inmensa: hay que silenciar las voces de la mente, pero también los gritos del corazón.

Sólo cuando triunfemos en esa empresa, el otro resonará en nuestro interior, su presencia iluminará la cueva de nuestro ser y nos daremos cuenta de que no estamos solos.

6

DISCERNIMIENTO

Escuchar bien significa saber discernir, separar correctamente los elementos que integran el mensaje del otro. En sentido estricto, discernir significa distinguir con los sentidos y, sobre todo, con el pensamiento.

El mismo acto de escuchar ya supone un acto previo de discernimiento, porque, de hecho, no podemos escucharlo todo ni practicar la escucha simultáneamente. No disponemos del don de la receptividad total. La escucha es siempre un acto selectivo. Escuchar inteligentemente significa discernir con cuidado lo que hay que escuchar de lo que no es preciso hacerlo; a quién hay que prestar atención y a quién no es necesario escuchar.

A veces, este trabajo se ciñe únicamente al terreno de los sentidos. A partir de la apariencia física del otro, del olor que desprende o la indumentaria que viste, discernimos de una manera inmediata que debemos escucharlo, o decidimos irreflexivamente que no vale la pena prestarle atención. Este discernimiento sensitivo, basado en las percepciones externas, no es fiable. Hay que discernir con la inteligencia.

La inteligencia es la capacidad de ver en el interior de las cosas. Es la facultad que nos permite ir más allá de las apariencias y tocar el núcleo del otro. La inteligencia (*intus legere*, en latín) es el arte de leer en el interior de las cosas, de ver lejos, de atravesar la superficie y proyectar una mirada profunda sobre

las cosas y las realidades que nos rodean. Sólo quien practica obstinadamente esta facultad, llega a ver claro y logra detectar lo que, en la vida habitual, se nos escapa o se nos funde entre los dedos.

No poseemos el don de la receptividad total y tampoco tenemos el don de la ubicuidad. O estamos aquí, o estamos allí; no podemos estar en dos sitios a la vez. Mentalmente, podemos situarnos muy lejos del lugar que pisamos, pero cuando practicamos este viaje mental no estamos en ninguna parte, porque la cabeza se encuentra lejos de los pies o bien los pies están lejos de la cabeza. Para escuchar detenidamente, hay que tener la cabeza muy cerca de los pies, hay que estar físicamente en un lugar, pero también hay que estar presente con la mente y el corazón.

Así pues, el acto de escuchar es un ejercicio de discernimiento, pero comprender lo que se nos está diciendo es incluso más relevante; es la práctica de esta facultad. El mensaje no es una realidad unidimensional, es polivalente y se presta a distintas lecturas. Hay que comprender primeramente *qué* dice el otro, pero el contenido siempre va revestido de una forma. No hay contenido sin continente, no hay materia sin forma. El contenido es lo que nos dicen, la cosa que se nos comunica, mientras que la forma es el modo en que nos lo dicen. El mismo mensaje puede ser comunicado de muchas maneras y la forma con que se comunica puede incluso entrar en contradicción con el propio contenido.

Para entender lo que dice el otro, hay que fijar la atención en cómo lo dice, porque el modo de expresarse, los recursos verbales y los gestos que utiliza aclaran notablemente el sentido de quien transmite.

El contenido y la forma configuran una unidad. Todo mensaje está compuesto por un objeto, pero, a la

vez, se presenta bajo una determinada forma. Discernir quiere decir separar, captar aquello que es esencial y no perderse por las ramas. El acto de discernimiento sólo es posible después de escuchar, aunque, de hecho, quien escucha atentamente ya discierne mentalmente en el mismo acto de escuchar.

Hay, no obstante, más elementos ligados al mensaje. No es suficiente aclarar qué dice el otro y cómo lo dice; debemos preguntarnos acerca del lugar donde lo dice y el momento en que lo manifiesta. No siempre son escogidos casualmente. En ocasiones, el lugar y el momento en que se dice algo obedece a una decisión muy meditada. Hay mensajes que no pueden ser anunciados en cualquier parte, porque exigen un marco, un telón de fondo, para que la comunicación fluya correctamente.

Pensemos, por ejemplo, en la comunicación de una noticia muy mala. Hace falta un momento y un lugar oportuno para expresarla, para que el oyente pueda estallar emocionalmente y vivir aquel momento como plenamente íntimo, sin intromisiones de ningún tipo. Quien comunica una noticia grave, como puede ser el pronóstico reservado de una enfermedad, la rotura de un vínculo sentimental, o la muerte de un ser querido, no sólo debe buscar el modo adecuado de transmitirla con cuidado, sino que, además, debe buscar el sitio adecuado para hacerlo, lo más resguardado y calmado posible, asegurándose a la vez de que dispone de suficiente tiempo para acompañar emocionalmente a su destinatario.

Muchas veces, el comunicador espera el momento oportuno para decir lo que sabe, postergando la comunicación a fin de conseguir un determinado objetivo. Esta administración del mensaje en el tiempo y el espacio no obedece, pues, a la casualidad. Obedece a una estrategia que quien discierne ha de poder explicar.

Es también esencial explorar *por qué* dice lo que dice y *por qué* lo dice como lo dice. Éste es el trabajo más arduo, ya que exige un ejercicio hipotético. No siempre somos capaces de conocer la intencionalidad del mensaje observando su forma y su contenido. El motivo que ha impulsado a alguien a comunicar una noticia puede permanecer desconocido para nosotros. Al fin y al cabo, únicamente el propio comunicador sabe por qué ha dicho lo que ha dicho, incluso si, a veces, ni siquiera él es plenamente consciente de ello. Como oyentes, podemos imaginar hipótesis de trabajo; pero, en último término, son tan sólo eso, hipótesis. Hay que reconocer que, a veces, la intencionalidad está tan escondida en el inconsciente, en los estratos más íntimos de la personalidad, que ni siquiera el emisor es consciente de ello.

Discernir correctamente significa, pues, prestar atención a elementos aparentemente inconexos, pero que en el fondo están profundamente unidos. Hay que fijar la atención en el contenido, pero eso sólo es posible atendiendo a la forma. Es necesario fijarse en el momento y lugar donde se comunica algo y, finalmente, proponer una hipótesis que permita comprender por qué el comunicador ha dicho lo que ha dicho.

En esta labor hipotética, siempre resulta esclarecedor escuchar a quienes también han sido receptores del mismo mensaje. Es posible que hayan percibido elementos claves para entender el *porqué*, pueden haberse fijado en aspectos de la comunicación que se nos hayan escapado. Así pues, en un acto de comunicación, la intención no siempre es evidente.

LA ESCUCHA PIADOSA

Hay una forma de escuchar que denominamos piadosa. Cuando escuchamos a alguien, no siempre lo hacemos porque nos interesa; a veces lo hacemos porque sentimos piedad y creemos que, por compasión, debemos escucharle.

La maestra que escucha por enésima vez la misma pregunta, respondiéndola como si fuese la primera vez que los labios de alguno de sus alumnos la formulan, sabe bien a qué nos estamos refiriendo. Como lo sabe la enfermera que escucha de nuevo la broma de un anciano aquejado de demencia senil, a quien le ríe la gracia como si no la hubiera oído antes. Esa escucha, vacía de interés, piadosa en su esencia, nos humaniza. Nos hace más plenamente humanos y sensibles.

Existe un modo de escuchar que obedece a la lógica del don y no al cálculo interesado. No nos empuja a ello el interés personal, sino el bien que podemos hacer al otro. La razón última de esa escucha es un misterio difícil de comprender, porque, de hecho, rompe los esquemas de la utilidad, el pragmatismo y el legítimo deseo de beneficios. Su motivación principal es la alegría que experimenta el otro al ser escuchado, una alegría contagiosa que, a su vez, nos transforma. Es la alteridad feliz la que nos compele a prestarle atención y no el deseo personal de extraer algún rédito.

En este sentido, hay una escucha piadosa y otra interesada. La segunda, no obstante, no debe entenderse

únicamente en un sentido negativo; se ejerce porque intuimos que el otro puede revelarnos mensajes que desconocemos y que necesitamos para vivir más felices. En este sentido, esta escucha también nos hace crecer y nos transforma interior y exteriormente.

La autosuficiencia es, desde esta perspectiva, el gran obstáculo de la escucha, el gran impedimento para recibir la voz del otro y convertirla en rehén. Cuando alguien llega a creer en el espejismo de que los demás no aportan nada a lo que ya conoce por sí mismo, su crecimiento personal ha terminado.

Aparte de la escucha interesada, hay la escucha como práctica del don. Es la escucha que realizamos sin finalidad ni motivación aparente, sin ningún objetivo ni beneficio. Es la que nos sentimos llamados a hacer y que experimentamos como un deber que clama en el alma. No escuchamos al otro porque sea un hombre interesante, poderoso, rico, famoso o inteligente. Le escuchamos porque debemos escucharle y lo hacemos gratuitamente, en una clara manifestación de piedad.

En esas ocasiones, nos resultaría más cómodo no escucharle, desaparecer de la escena y ceder a un tercero esa pesada tarea, pero sentimos el deber de hacerlo, porque el lazo que nos vincula al otro así nos lo exige. Este lazo invisible nos hace secretamente humanos, sensibles, solidarios con el corazón de los demás.

La palabra *piedad* es, en sí misma, ambigua. De entrada, tiene tres significados. Se refiere a la devoción hacia las cosas santas, al sentimiento de dolor que suscita la desgracia ajena y, finalmente, también designa la representación iconográfica derivada del ciclo de la Pasión que representa a María con el hijo muerto sobre sus rodillas.

En cuanto a virtud, la piedad se refiere a una mezcla de amor y respeto hacia un ser que nos rebasa. Se utiliza frecuentemente con relación a Dios y, a veces, refiriéndose a los padres (piedad filial), a los héroes o a un maestro.

Según la etimología francesa, *piété* y *pitié* tienen el mismo significado: la primera denota piedad, y la segunda, lástima. Ambas fueron consideradas sinónimas durante un tiempo. El término latín *pietas* no llega a tener un doble sentido: se utiliza casi exclusivamente para definir aquello que se debe a los dioses, a los padres o a la patria; pero, en italiano o en la historia del arte, la palabra *pietà* reúne ambos conceptos, como lo hace el término francés equivalente.

Hay un paralelismo entre la palabra y la escucha piadosa. En algunas ocasiones, proferimos elogios que, en sentido estricto, no deberíamos hacer, porque en el fondo de nuestro corazón creemos que la persona elogiada no ha hecho méritos suficientes. Observamos, sin embargo, que ha hecho un esfuerzo y sentimos la obligación de complacerle, agradecerle su abnegación mediante unas palabras agradables. Lo que decimos no es necesariamente mentira, aunque tampoco es estrictamente verdad. Probablemente, es una hipérbole que posibilita las buenas relaciones.

La escucha piadosa es exactamente lo mismo, pero en sentido pasivo. Quien escucha no dice nada, pero según su actitud mientras escucha muestra si está interesado por la cosa que el otro está explicando. La escucha piadosa consiste en hacer creer que nos interesa lo que dice el otro, que nos motiva y atrae verdaderamente, cuando, en realidad, no nos interesa en lo más mínimo. Es un ejercicio de representación que tiene como finalidad el bien del otro.

Esta escucha sin beneficio, sin cálculo de rentabilidades, es un acto que se adscribe a la ética de la

luz. En este acto no nos enteramos de nada nuevo, pero aprendemos a dominar nuestro *ego*.

En el fondo, la escucha piadosa es un acto de compasión. Cuando el emisor se da cuenta de que aquello que dice aburre o fatiga a su receptor, éste no practica correctamente la escucha piadosa, porque su manera de escuchar trasluce el cansancio. En la escucha piadosa se hace ver, realmente, que lo que dice el otro es interesante; que, incluso, es la primera vez que se oye, a fin de que el emisor se sienta reconocido y querido.

En esta clase de escucha hay un cierto elemento de inautenticidad. En sentido estricto, es cierto que lo que se expresa hacia fuera no es realmente lo que se siente, pero el motivo para obrar así no es el engaño ni el interés personal, sino la compasión. No cabe duda de que todo humano, como ser comunicador que es, tiene la necesidad de ser escuchado, aunque no siempre haya razones objetivas para hacerlo.

La escucha piadosa da sus frutos. No sólo desarrolla la virtud de la paciencia, sino que, a través de ella, el receptor aprende dimensiones de la realidad que jamás hubiese conocido si no se hubiera dispuesto generosamente a escuchar.

II PARTE

Escuchar a los demás

ALEGATO CONTRA EL GRITERÍO

La plena receptividad rebasa el sentido del oído y afecta también a los demás sentidos externos. En realidad, también podemos escuchar con los ojos, la nariz, la boca y el tacto. Cuando se ejerce la escucha en su totalidad, ponemos al servicio del oído los otros cuatro sentidos, a fin de captar el mensaje plenamente. Entonces, la receptividad alcanza sus cotas máximas de realización.

La escucha genuina se abre a la palabra humana. Es la receptividad dispuesta a acoger el verbo. La práctica de la escucha tiene como centro de atención a la palabra humana y trata de discernir su significado. Esa palabra siempre viene arropada por una gestualidad. No viene desnuda ni solitaria, sino acompañada por una sonrisa o por un gesto manual. Escuchar al otro significa asumirlo como un todo que se expresa, como un sistema de elementos armónicamente integrados que genera un determinado impacto en el receptor. Pero el centro neurálgico de ese sistema es la palabra.

Uno de los grandes obstáculos para practicar una escucha correcta es el griterío, el conjunto de voces que se yuxtaponen y se convierten en una masa informe que de hecho, en sentido estricto, no comunica nada, pero obstaculiza el proceso de comprensión. Por eso, hay que hacer un alegato contra el griterío, porque nos deshumaniza, situándonos en el plano de la bestia.

La persona es, como maravillosamente dijo Aristóteles, el animal que tiene *logos*, término griego que en sentido estricto significa dos cosas: el ser capaz de forjar pensamientos y de comunicarse a través de las palabras. Esta capacidad, latente en toda persona, exige evidentemente una práctica para alcanzar su máximo desarrollo. La palabra nos caracteriza y nos hace diferentes. Somos seres encarnados. La palabra no es un elemento adyacente a nuestro ser. Somos, en sentido estricto, palabra hecha carne, hecha expresividad en el rostro, en la mirada, en el gesto manual.

La palabra nos permite comunicarnos unos con otros, manifestarnos el contenido de nuestro corazón. Pero la palabra no puede abrirse paso en medio del griterío. Queda enterrada y se disuelve en un todo confuso. Educar en el arte de hablar y escuchar implica luchar encarnizadamente contra la tendencia al griterío. Por eso, para la práctica del silencio, de la disposición a escuchar, es fundamental educar en la continencia verbal.

Que el silencio haya sido desterrado en los ámbitos educativos, es un síntoma preocupante. Entre el silencio impuesto a la fuerza de los sistemas educativos tradicionales y la desbocada incontinencia de la situación actual, hay que encontrar un punto medio, un equilibrio que nos haga redescubrir el sentido de la palabra y del silencio. Lo primero no era deseable, pero el griterío actual tampoco lo es. En ambos casos, se imposibilita la práctica del diálogo. La batahola que se ha adueñado de los espacios sociales, audiovisuales y educativos tiene lamentables consecuencias en el terreno de la comunicación interpersonal. Para hacernos oír, nos vemos obligados a subir el tono de voz, a gritar sistemáticamente.

El griterío es un atentado contra la palabra. Es el retroceso al estado de bestia, pues conlleva la integración

en un todo amorfo donde ya no se detecta ninguna singularidad, ningún ser único; donde sólo hay un todo confuso y anónimo que grita sin decir nada.

No siempre hay que escuchar a quien más grita. En ocasiones, la opción del grito revela impotencia e incluso indignación, pero no necesariamente razones. La escucha inteligente no se deja secuestrar por la potencia del grito. Se mantiene indiferente a su presión, para disponerse a discernir razonadamente lo que exprese el interlocutor que más complejidad introduzca en sus mensajes.

El griterío es la expresión amorfa de la multitud, de la masa amontonada. La palabra, en cambio, es la manifestación de una singularidad, de alguien que se posiciona ante el mundo y los demás, y que expresa valientemente su ser. El griterío es el resultado no deseado de una yuxtaposición caótica de voces que se superponen simultáneamente.

Joan Maragall expresa, como pocos lo han hecho, la repugnancia que le provoca el griterío de la masa, reivindicando en contra de ella el sentido del pueblo y la palabra: «Cuando (el pueblo) —dice— se me presenta en su sentido de masa humana, en apilamiento de cuerpos con un solo espíritu abstracto, en una multitud de rostros en los que no destaca ninguna fisonomía personal, en un clamor de voces sin el tono particular de cada una, con una agitación de miles de brazos alzándose confusamente de la masa informe que va y viene irreflexivamente en un mero bloque, impulsada por un viento de pasión colectiva, terriblemente oscura como un nubarrón de tempestad, repugnante al sentido y temible incluso en sus alegrías y favores, por una especie de hálito de bestialidad, de tufo a rebaño que desprende [...], yo a eso no le llamo pueblo, le llamo turba; y sea cual sea la calidad de los hombres que

la formen, la menosprecio y soy incapaz de amarla, ni en su presencia física, que me repugna, ni menos en la idea abstracta de su colectividad, que se me aparece como un estado inferior de la humanidad, amorfa, caótica aún.»[1]

El griterío es la expresión del caos. En cambio, la palabra es la manifestación del cosmos. Nunca es un resultado casual, sino un ejercicio intencional y prolongado de armonización inteligente de pensamientos. Es, en este sentido, una expresión del orden y la mesura humana, de la racionalidad que vertebra a la persona. En definitiva, la palabra nos identifica como seres humanos y nos separa de los demás. Es una fuente de reconocimiento, en tanto que el griterío disuelve las diferencias, la riqueza individual, en un todo impersonal.

1. J. Maragall, *Elogi del poble*, en *Obres Completes*, Selecta, Barcelona, 1947.

EL OTRO COMO SER INQUIETANTE

Como los seres de costumbres que somos, tendemos a repetir determinados actos a lo largo de nuestras vidas y a seguir conductas claramente rutinarias. La rutina nos tranquiliza; la novedad nos inquieta. Cuando el otro se comporta como era previsible, tenemos la impresión de que todo está bajo control, pero cuando actúa de manera imprevisible, cuando hace un movimiento fuera de lugar o dice algo fuera de tono, nos sentimos inquietos.

Tendemos a repetir los mismos movimientos día tras día. Tendemos a sentarnos en el mismo lugar, a pedir la misma bebida, a consumir los mismos productos y comer en los mismos restaurantes. Repetimos cotidianamente las mismas palabras a las personas que queremos; damos las mismas caminatas y nos detenemos en los mismos lugares; oímos los mismos ruidos y experimentamos las mismas necesidades. Vistos de lejos, somos seres soberanamente aburridos.

Los horarios se repiten y los pequeños rituales caseros también. Tanto la mañana como la noche se reproducen sin prácticamente alteración alguna. Una persona se convierte en realmente cercana cuando podemos anticipar todos sus rituales, tanto los matinales como los nocturnos, cuando sabemos de antemano cómo se vestirá si hoy es miércoles y cuántos minutos estará en el cuarto de baño. Entonces, el otro se convierte en un ser previsible, del mismo modo que nosotros lo somos para él.

Hay sobremesas muy previsibles, encuentros interpersonales en los que sabemos de antemano los mensajes que se intercambiarán y que, año tras año, se repiten. En cada momento que se reitera, se reproducen exactamente las mismas preguntas y, naturalmente, las mismas respuestas. Lo único que nos salva de experimentar el tedio es la desmemoria, la amnesia que padecemos. Si mantuviéramos vivo el recuerdo del último encuentro, sentiríamos vergüenza de volver a repetir lo mismo, pero ni unos ni otros lo recuerdan.

La comida de Navidades es una clara manifestación de esta forma rutinaria con la que vive el hombre. Fuera de algunas variaciones circunstanciales, todo se repite periódicamente, una y otra vez, de idéntica manera. Los comensales se sientan en los mismos lugares, comen lo mismo que en años anteriores, hacen idénticos comentarios, cantan los mismos villancicos y se despiden con los mismos formulismos. Todo vuelve, una y otra vez; lo más pequeño y lo más grande, lo más excelso y lo más repugnante. La rueda del tiempo gira sobre sí misma y no podemos desligarnos de ella.

Joan Maragall lo expresa, siguiendo las lúcidas intuiciones de Friedrich Nietzsche. Las Navidades, como todo, vuelven una y otra vez, porque todo está sometido al eterno retorno de las cosas: «Las Navidades regresan; regresan siempre. Su alegre rumor puede alejarse tantas veces como se quiera, dejando solo al invierno con el frío y la nieve; y, al apuntar la primavera, ya puede caernos encima aquella mística tristeza de la Pasión y Muerte, que es redención y vida; ya puede entrar mayo lleno de flores y aproximarse majestuosamente el Corpus como consagración de la plenitud del año y del hecho de que nada puede haber más allá. Pues bien, hay más allá; hay el ardor del verano, el

marchitarse las flores y caer los frutos, entregándose, y la muerte de todo, por último. Y encima del suelo desnudo caen las nieves y parece que ya todo se ha acabado. Sólo el campesino mantiene la fe: esconde la semilla en el misterioso seno de la muerte y espera. Y a fe que todo parece que haya terminado. El sol huye más allá del horizonte, la tierra se enfría; es el final. Pero, hete aquí que, en medio de la nieve y a medianoche, aparece un recién nacido desnudo, que ríe y brilla... ¡Ha regresado el Niño! ¡Ha regresado el Niño! Todo vuelve a empezar.»[1]

La rutina puede convertirse en tediosa cuando aquello que se repite carece de sentido y es una pura comedia formal. Pero la rutina puede ser deseada como signo de normalidad, de control sobre la propia vida.

No puede olvidarse, sin embargo, que el ser humano tiene también una dimensión inquietante y que, a veces, su interpelación nos excita profundamente y que aquella inquietud permanece en nuestro interior y aumenta en proporciones. Los buenos maestros tienen la habilidad de inquietar a sus alumnos, de sembrar la duda en su espíritu y obligarles a pensar por sí mismos. Afortunadamente, hay ocasiones en que se rompe la rutina, irrumpe la novedad, y el otro deja de ser, provisionalmente, aquel previsible autómata, para convertirse en un ser fuera de control. El otro nos inquieta cuando en él descubrimos la extrañeza.

1. J. Maragall, *Nadal* en *Obres Completes*, Selecta, Barcelona, 1947.

10

DEL OTRO EXTRAÑO AL «TÚ» CÓMPLICE

La escucha asidua convierte al otro extraño en un «tú» cómplice. Al principio, la presencia del otro desconocido nos desasosiega. No somos capaces de prever hacia dónde orientará sus palabras, ni qué es lo que espera de nosotros. El otro se nos presenta de antemano como una caja de sorpresas, como un ser imprevisible, pero el trato frecuente a lo largo del tiempo transforma al otro extraño en un cómplice, en alguien familiar. Familiarizarse con él es, al final, una manera de domesticar su rareza, hacerlo más cercano, otorgarle confianza.

La escucha, pues, es una práctica de dominio de la rareza, una acción pasiva que tiene como objetivo transformar al otro en alguien cercano. Sin darnos cuenta, a medida que le vamos tratando nos acostumbramos a una voz, un olor, una presencia cada vez más y más familiar, tan cercana que acaba formando parte del propio círculo de la intimidad. Esta complicidad es el resultado de un largo e intenso proceso de aproximación, y permite la articulación de mensajes íntimos, secretas revelaciones que nunca hubiéramos expresado fuera de nuestro ser.

No obstante, no podemos olvidar que en todo cómplice subsiste un extraño. Somos extraños unos para otros; incluso en las relaciones de más íntima y total complicidad, subsiste un tipo de rareza que jamás terminamos de disipar. Esa última extrañeza es una

especie de núcleo duro, de inherente opacidad, que no nos sorprende tan sólo en los demás, sino también en nosotros mismos. Somos extraños los unos para los otros, pero también lo somos para nosotros mismos. A veces, las conductas, afectos, pensamientos y políticas de los demás nos causan extrañeza, pero muy a menudo también reconocemos que hay mucho de extraño en aquello que hacemos o dejamos de hacer.

Lo extraño nos causa admiración y sorpresa. Sería insoportable vivir en un mundo sin rarezas, donde todo sucediera mecánicamente y en donde la única ley fuera la realización fatal de la ley histórica. Una persona es extraña cuando ofrece una cosa extraordinaria, inusual, inexplicable, que excita nuestra curiosidad y nos causa sorpresa y admiración. Causa admiración por el hecho de que no es normal. Esa admiración es la raíz del pensamiento, de la ciencia, de la especulación filosófica; es la chispa que enciende la máquina de preguntar, exigiéndonos pensar.

Sea pues bienvenida la rareza. No hay por qué tener una actitud hostil hacia ella. Es lógico que la temamos, porque no sabemos qué terreno pisamos, y eso nos causa inquietud aunque represente también una oportunidad para profundizar en la realidad. No queramos, pues, esconder la extrañeza de los demás, ni sintamos culpabilidad por nuestras propias rarezas. Somos como somos. Esta dimensión irracional y extraña que hay en cada uno, es también parte constituyente de nosotros y hay que aprender a expresarla y manifestarla adecuadamente. La rareza es una discontinuidad en el hilo de la historia, una pieza que no encaja en el mapa de las liturgias cotidianas.

El paso de la singularidad a la complicidad posibilita la confidencia, la revelación de una constelación de elementos que forman parte de la vida interior y que

únicamente estamos dispuestos a desvelar si tenemos garantías de que el otro es un cómplice y no un extraño. Con los extraños tenemos una relación distante, lejana, marcada por el miedo y la inseguridad. Con el tú-cómplice, en cambio, la relación es distendida, abierta y franca. Con todo, entre dos cómplices nunca llega a haber una transparencia absoluta. Siempre persiste una resistencia interior a la plena comunicación, una especie de freno que nos protege de la transparencia completa, como una especie de seguro ulterior, de mecanismo instintivo de defensa.

La escucha frecuente y el trato familiar hacen posible esa transición del otro extraño al «tú» cómplice, pero hay distintos grados de complicidad y de confidencialidad. Regresaremos sobre esta cuestión.

11

EL OTRO NOS EDUCA

El otro nos educa sin que seamos conscientes de ello. También nosotros educamos a los demás con lo que decimos, hacemos o dejamos de hacer, sin que éstos sean conscientes de ello. La escucha es la piedra fundamental de la práctica educativa. El maestro debe escuchar a su alumno para detectar el grado de su ignorancia, sus deseos y necesidades. Sólo si le escucha atentamente podrá articular un discurso que sea significativo para el otro, que pueda hacerle crecer, ayudándole a salir de su ignorancia.

Antes de hablar, hace falta que el maestro escuche. Pero la escucha es también un instrumento vital para el alumno. Sólo si escucha atentamente al maestro, podrá ampliar el lenguaje, conocer a fondo el mundo en el que vive, explorar terrenos que desconoce, sumergirse en las entrañas de las cosas y, lo más esencial, de sí mismo. Escucharse mutuamente es el punto de partida de una buena relación entre educador y educando.

La práctica educativa exige, como condición esencial, la relación con el otro, la abertura a un universo diferente, el encuentro con alguien que tiene otra identidad y que está dispuesto a exponerla. No hay acción educativa si no hay alguien dispuesto a mostrarse, a revelar lo que sabe, lo que ha vivido, lo que ha aprendido a lo largo de su viaje personal, volcándolo sobre su oyente. Este ejercicio de exposición, sin embargo, sólo tiene un eco si hay otro ser dispuesto

a escuchar, a acoger sus palabras para hacerlas suyas, para apropiárselas.

Así pues, en este sentido, la escucha es una condición ineludible para desarrollar la acción educativa. Los dos agentes principales de la acción educativa, el educador y el educando, se ven llamados a practicar la escucha si quieren tener éxito en la tarea que tienen en mano.

En sentido estricto, no podemos educarnos solos. Podemos aprender de los demás y gracias a los demás, y podemos crecer leyendo un libro o estudiando una gramática, pero alguien ha realizado esas obras para que nosotros podamos hacerlas nuestras. Somos, gracias a los demás; vivimos, gracias a los demás; y alcanzamos nuestras metas, gracias a los demás.

En esencia, la educación exige el contacto con el otro, la apertura al otro. Es una práctica de hospitalidad, de acogida, para transformarse a sí mismo con la presencia de este otro.

En este ejercicio se presentan dificultades de diferente orden. La práctica educativa requiere el encuentro de dos personas, pero este encuentro sólo es real si hay un fondo de necesidades y de deseos compartidos. El maestro no lo es por lo que sabe. Lo que le convierte en maestro es el deseo que siente de comunicar lo que sabe y la capacidad de hacerlo que tiene. Saber mucho no basta para convertir a una persona en maestro. La convierte en erudito, si sabe muchas cosas, o en un especialista, si sólo conoce un terreno, un pequeño microcosmos. El maestro es, en todos los casos, un ser de deseo.

Su deseo fundamental es dar a conocer lo que sabe, sea poco o mucho, dar a conocer lo que ha aprendido, lo que siente, lo que cree; en definitiva, transmitir ese mundo de conocimientos al otro. Necesita del otro por

ser quien es, necesita al alumno para poder convertirse en maestro. Se necesitan dialécticamente.

El discípulo no es cualquier ser humano. Es alguien que siente el deseo de saber, de conocer lo que ignora, de encontrar respuestas a sus preguntas. Por eso se acerca al maestro, se sienta a sus pies, deseando que le ayude a pacificar su alma. Un maestro impuesto no es un maestro. Un discípulo impuesto tampoco puede ser considerado discípulo. El maestro siente el deseo de comunicar lo que sabe y el discípulo siente el deseo de dejarse educar, de dejar que las palabras del maestro se siembren en su alma. Cuando ambos deseos convergen, el encuentro entre ellos dos se hace plenamente significativo.

El fracaso de la acción educativa responde a una crisis del deseo. No siempre es evidente el deseo de enseñar en el maestro, y menos aún el deseo de ser enseñado en el alumno.

Como consecuencia de ello, en el mismo espacio se encuentran dos figuras humanas que, aparentemente, representan respectivamente el papel de educador y el de educando, pero que, en realidad, están muy lejos de vivir esta condición.

En estas circunstancias, es esencial la recuperación del deseo. El maestro debe recuperar el deseo de comunicar lo que sabe, y el discípulo debe volver a sentir el deseo de conocer. Con mucha frecuencia, el maestro debe hacer despertar ese deseo en este último y, para hacerlo, dispone del recurso de colocarle ante una necesidad o contrariedad que el alumno no puede resolver por sí solo. Al encontrarse en esta situación y para salir de ella, el alumno pregunta al maestro y le escucha.

Los expertos detectan graves dificultades en las nuevas generaciones para seguir mentalmente durante

un cierto tiempo un relato oral, para comprender los argumentos del otro, para imaginarse el mundo que se les describe, sin utilizar el recurso a la imagen. Las nuevas quintas son inquietas, viven atrapadas por la imagen y el bullicio, seducidas por el cambio y la transformación.

Los recursos tradicionales de la oratoria resultan obsoletos para competir con la imagen y la permanente contaminación acústica a las que están sometidas las nuevas generaciones, que difícilmente soportan el desarrollo de un discurso oral y que raramente alcanzan a desenmarañar sus ideas claves. Aunque hay un elemento incluso más violento: el silencio.

Ante interlocutores de esta clase, el maestro encuentra auténticas dificultades para presentar oralmente su discurso y captar la atención de aquellos. Si, además de ese problema, añadimos el descrédito de la figura del maestro, la ausencia de reconocimiento social que padece, resulta fácil entender las enormes tensiones que se producen en las instituciones educativas y la crisis de la transmisión que en ellas ocurre.

El maestro es la ocasión para que el discípulo se conozca a sí mismo. Kierkegaard lo expresa maravillosamente bien en *Migajas filosóficas* (1844). Siguiendo las intuiciones de Sócrates, considera que el educador propicia el autoconocimiento del educando y que la prueba del nueve de un maestro consiste en que lo haga posible.

Cuando el discípulo se ha sentido impulsado a pensarse a sí mismo, a mirarse en el espejo, a zambullirse en su propia interioridad, el maestro ya ha cumplido con su función y, en este sentido, puede retirarse a un segundo plano. El maestro actúa correctamente cuando suscita la pregunta en el alumno, cuando le incita a pensar por sí mismo. Entonces, actúa como un revelador de la identidad personal.

Sin embargo, el discípulo representa también la ocasión para que el maestro se conozca a sí mismo. La relación es, en efecto, transitable en ambos sentidos. Como dice Kierkegaard, el maestro es la ocasión para que el alumno se conozca, y viceversa. Cuando el maestro se ve obligado a expresar lo que sabe y lo que piensa, cuanto cree y siente, a su discípulo, se ve llamado a decirse a sí mismo, y en ese acto de decirse se conoce genuinamente.

Llegamos a saber quiénes somos cuando nos vemos obligados a salir de nosotros mismos y comunicarlo a los demás.

12

LOS OTROS DENTRO DE UNO MISMO

La interioridad es un ámbito de la persona que no sólo está ocupado por el «yo», sino también por los otros. Está en permanente y constante relación con la exterioridad; las voces de los demás penetran en la interioridad y resuenan dentro de nuestro ser. Los demás, no sólo viven en este espacio físico que pisamos, sino que están, de una manera invisible, dentro de nosotros.

Están en el interior. Gritan, hablan, ríen, nos aconsejan, nos critican, nos juzgan. Incluso cuando se han ido, sus voces, observaciones y críticas permanecen en nuestra memoria y el «yo» se ve obligado a enfrentarse a ellas. Gracias a esta facultad, tenemos presentes sus palabras, sus consejos y sus recriminaciones. Los otros nos acompañan en nuestra soledad más íntima. A menudo, los tenemos más presentes que cuando están cerca de nosotros.

Los otros, por lo tanto, están presentes en nosotros, incluso cuando dejan definitivamente de existir. Las personas a quienes hemos amado y que ya no están aquí, subsisten en forma de recuerdo dentro de nuestro ser. Recordamos una frase que repetían o una palabra que utilizaban habitualmente. Su imagen física se difumina con el paso del tiempo y el olvido gana terreno a la memoria. Recordar es, en este sentido, una pugna contra el olvido, una tarea titánica a contracorriente que frecuentemente acaba en un fracaso.

Estas voces no siempre tienen una relación armónica y equilibrada. A veces, el mayor grito no es meramente interior. No se oye a través de la oreja, pero colapsa nuestro interior y no sabemos cómo apaciguarlo. No es fácil acallar las voces de los demás dentro de nuestra propia interioridad. Algunas voces permanecen intensamente vivas y hay que hacer un gran esfuerzo para desembarazarse de ellas.

Tampoco resulta sencillo discernir lo que hay de otros en nuestra propia identidad. A veces, el otro está tan incrustado dentro de nuestra piel que termina formando parte de la propia identidad, de tal manera que no es posible llegar a comprenderse a uno mismo sin aquel otro que ya no es otro, sino parte del propio «yo».

Al tomar decisiones, los otros que están dentro de uno mismo representan un papel determinante. Nos quedamos solos para meditar qué debemos hacer, qué compromiso debemos asumir, pero, al hacerlo, no estamos realmente solos, sino que estamos dialogando con todos los otros a quienes hemos escuchado y que recordamos en nuestra memoria. Apreciamos sus voces, sus ideas, y dejamos que dialoguen entre ellas a fin de averiguar cuál es la mejor opción.

Escucharse, en un sentido puramente objetivo, es una actividad que conlleva grandes beneficios. Dice Miguel de Unamuno: «No hay diálogo más verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puede entablarse a solas. En la soledad, y sólo en la soledad, puedes conocerte a ti mismo como al prójimo; y mientras no te conozcas a ti mismo como prójimo, no podrás ver en tus prójimos otros yos. Si quieres aprender a amar a los otros, recógete en ti mismo.»[1]

1. M. de Unamuno, *Soledad*, Austral, Madrid, 1962.

Esta comunidad de voces dentro de la propia interioridad no siempre es sinfónica. A veces, se convierte en una auténtica cacofonía. Entonces, sentimos la necesidad de exiliarnos de la soledad, porque, sencillamente, se convierte en insoportable.

Hay silencios muy vocingleros. Cuando las voces que gritan dentro de la interioridad adquieren toda su fuerza expresiva, el «yo» queda desconcertado.

13

EL OTRO COMO LÍMITE. EL RESPETO

Hay que distinguir la tarea de escuchar, del ejercicio de comprender y la coincidencia de interioridades. La escucha es la condición básica para una correcta comprensión del otro, pero comprenderle no significa, ni mucho menos, coincidir con él. Sólo sabemos si realmente coincidimos, si nos comprendemos; y sólo podemos comprendernos, si nos escuchamos.

A veces, en la vida diaria se producen descubrimientos extraordinarios. Juzgando por las apariencias, suponemos que entre el otro y uno mismo no existirá ninguna coincidencia formal y, en cambio, tras escucharle y comprenderle, nos damos cuenta de que tenemos puntos de vista coincidentes.

En ocasiones ocurre lo contrario. A partir del aspecto externo, de la indumentaria o de la puesta en escena, suponemos que habrá una mutua coincidencia formal de puntos de vista, aunque, a pesar de ello, una vez se ha dialogado, escuchado y comprendido al otro, nos vemos obligados a reconocer que existe una inmensa distancia ideológica entre ambos.

La distancia ideológica, sin embargo, no es necesariamente motivo de distanciamiento afectivo. Esto dependerá de la relación que establezcamos con el otro y de la que cada uno establezca con sus propias ideas.

Partimos de un supuesto ético elemental: el otro debe ser siempre objeto de un respeto, incluso en el

caso de que sus ideas y pensamientos sean nocivos y perjudiciales para el bien común. De hecho, el otro jamás es un objeto o una cosa; es un sujeto de derecho, un «tú» singular en la historia, una naturaleza irrepetible, única en el océano del cosmos.

Tratar con respeto a alguien significa tratarle con atención. La esencia del respeto puede expresarse metafóricamente con la imagen de la mirada atenta. El respeto es un punto equidistante entre la invasión y la lejanía. Acercarse demasiado es vulnerar el respeto, pero alejarse excesivamente es mostrar desinterés hacia el otro. Entre la indiferencia y la ingerencia, el punto medio es la virtud del respeto.

La palabra *respeto* se utiliza frecuentemente como un eufemismo de la indiferencia. En algunas ocasiones, cuando se reivindica un respeto absoluto hacia toda opinión o forma de vida, lo que aflora en el inconsciente es una inmensa indiferencia en cuanto al destino, la suerte o el infortunio del otro. El respeto no es la indiferencia. Es una proximidad que no hiere, una mirada atenta pero no fiscalizadora.

Tampoco hay que confundir el respeto con la actitud invasora que coloniza la intimidad del otro. En esa actitud hay frecuentemente una buena dosis de celo proselitista que puede tener apariencias de respeto, pero que, en el fondo, desea transformar al otro en lo que no es aún. El respeto es, en cualquier caso, una virtud que se sitúa en el punto medio, un acercarse desde la distancia.

Respetar al otro es una exigencia ética, pero no debe confundirse con el respeto hacia sus ideas, pensamientos, creencias o ideales. No todos los pensamientos son igualmente respetables, ni lo son todas las ideas políticas, religiosas o morales. El relativismo es la destrucción de la inteligencia, la derrota moral de una

sociedad. No todas las opiniones valen lo mismo, ni contribuyen igualmente a la pacificación del mundo. No toda opinión es igualmente respetable.

La censura de un determinado tipo de opiniones no debe nunca identificarse con la persecución de determinadas personas o grupos. Hay que defender la integridad física y moral de todo ser humano, pero hay que batallar dialécticamente contra aquellas opiniones que ponen en situación de riesgo nuestras libertades y nuestros derechos fundamentales. Hay que distinguir en todo momento entre la persona que habla, y el contenido intrínseco de sus palabras.

Defender la libertad de pensamiento y de expresión, significa defender la posibilidad de que todos expresen sus pensamientos y creencias, pero eso no significa que todos éstos sean igualmente respetables, en un plano de perfecta simetría. Las personas son siempre respetables, pero sus ideas deben someterse al tribunal de la razón, hay que evaluar su solidez intelectual y las consecuencias para la vida personal y colectiva que de ellas se derivan.

No es fácil llevar a la práctica esa distinción. Con demasiada frecuencia se confunde a las personas con las ideas, y viceversa. En este particular punto, la razón analítica ha de poder vencer al peso de las emociones, las filias y las fobias. Fácil decirlo, pero inmensamente difícil de llevar a cabo.

III PARTE

Escuchar, hablar, comprender

La comprensión exige necesariamente la escucha, pero la escucha está lejos de garantizar la comprensión. Comprender es convertirse en la cosa que se comprende, apropiársela, dejar de ser lo que somos para adoptar la forma de la cosa comprendida. Es un proceso mediante el cual el receptor convierte la cosa en intelectualmente suya, al saberla comunicar con sus palabras; deja, en definitiva, de percibirla como un objeto extraño. Exige un trabajo intelectual de descodificación de signos y de concentración en el discurso del otro.

Comprender no es entender. El acto de comprender es más incluyente. Al comprender, no sólo se entiende el mensaje, sino la circunstancia que arropa al mensaje. El acto de comprensión es un acto a través del cual no sólo se capta el significado del texto (*textum*, en latín), sino que se abraza también el contexto (*cum-textum*, en latín), de tal manera que, al comprender, se llega a entender lo que el otro dice, el porqué de que lo diga y el lugar desde el que lo dice. Comprender un texto es comprender lo que su autor quería decir. Explicarlo consistiría en saber por qué lo escribió.

No obstante, comprender no significa identificarse con el mensaje del otro. Tampoco quiere decir, necesariamente, perdonarle. Pero el acto de comprender ofrece una clave de acceso al mensaje, mucho más rica en perspectiva que el acto de entender. Quien

comprende, aún no ha llegado a perdonar, pero está ya en el camino hacia ello. La comprensión es un acto intelectual, mientras que el perdón es un acto que implica la voluntad, el libre consentimiento. El perdón exige como condición de posibilidad la comprensión, pero la comprensión, por sí sola, no llega a asegurar la práctica del perdón. Para poder perdonar hace falta, además de la comprensión del otro, valor y superación del amor propio, la virtud de la humildad.

Comprender consiste en captar intelectualmente a través del pensamiento, hacerse con el sentido de lo que nos explican, apropiarse de su significado último. Comprendemos algo cuando comprendemos cómo está hecho, cómo funciona, qué es lo que significa, cuando somos capaces de dar razón de ello. La comprensión es más profunda que la explicación.

La comprensión va acompañada generalmente por la misericordia. Juzgar es, evidentemente, no comprender —decía André Malraux—, pero si se comprende ya no se puede juzgar.

Con todo, no creemos que la comprensión nos dispense de juzgar. La comprensión tiene que ver con la verdad, mientras que juzgar se relaciona con el bien. Comprender a un racista no significa estar de acuerdo con él, ni nos dispensa de combatirle. Al contrario, nos permite oponernos de un modo más inteligente.

EL MIEDO A ESCUCHAR

A veces nos da miedo escuchar y preferimos hacer oídos sordos, porque suponemos que lo que el otro nos va a decir comportará una profunda alteración de nuestro sistema de vida y nuestra armonía emocional. El acto de escuchar es siempre intencional, pero el acto de no escuchar también lo es. Puede ocurrir que, anticipando lo que probablemente el otro nos va a decir, prefiramos no escucharle.

Hay un placer ligado al acto de escuchar. De hecho, cuando alguien habla bien, con un buen timbre de voz, embelleciendo formalmente su discurso con los recursos retóricos apropiados, nos gusta escucharle. Es un placer que va más allá del placer sensual auditivo y conecta con los estratos más profundos de la persona. Escuchar música, por ejemplo, es un placer sensorial, pero también es un goce espiritual, puesto que las vivencias, sentimientos y pensamientos que suscita la música escuchada nos conducen hacia sedimentos muy profundos de nuestro ser.

Hay que reconocer también que, en muchas ocasiones, la escucha nos causa hastío, dado que lo que oímos no nos gusta o porque el modo en que se ha dicho algo es descuidado, o pura y simplemente grosero. Una voz estridente o una sucesión de gritos destemplados nos provocan dolor en el oído. Al escuchar, la falta de corrección gramatical de un discurso o la constante interrupción en la construcción sintáctica también nos provocan desgana.

El rechazo también tiene que ver con el contenido y el gesto que acompaña a las palabras. Hay gestos que unen y hay gestos que separan. El dedo amenazador o el puñetazo virulento sobre la mesa, por ejemplo, nos atemorizan.

Pero el miedo no es el disgusto y, a veces, la escucha no sólo nos causa dolor sino también miedo. El miedo es un estado emocional ligado estrechamente al acto de escuchar. No obstante, no resulta fácil definir en qué consiste. Podría entenderse como la emoción que nace en nosotros al percibir, o incluso al imaginarnos, un peligro. En este sentido, se distingue de la angustia por su aspecto determinante. La angustia —como dice Kierkegaard— es un miedo indeterminado o sin objeto. El miedo, en cambio, es una angustia determinada e, incluso, justificada objetivamente. Esto no nos dispensa de enfrentarlo, ni de superarlo cuando sea posible, pero para ello se exige valentía.

En las relaciones interpersonales, no siempre es un gozo escuchar al otro. A veces es un suplicio y, cuando imaginamos que será así, hacemos lo posible para desviar el sentido de la conversación a fin de que no se adentre en ese problemático terreno que nos duele en nuestro interior y que preferimos no afrontar. Antes de que nuestro interlocutor empiece a hablar, sea por su gesto facial o por la creación de una determinada atmósfera ambiental, intuimos que lo que nos va a decir no nos va a gustar y notamos como se acelera el latir de nuestro corazón. Tal vez nos equivoquemos, pero de una manera primaria nos ponemos en guardia, en actitud defensiva.

Pensemos, por ejemplo, en la rotura de una relación sentimental. Supongamos que uno de los dos miembros de la pareja se dispone a comunicar al otro que aquella relación ha dejado de tener sentido, que

se ha convertido en un yugo, en una pesada carga y que, simplemente, prefiere dejarlo correr. Supongamos igualmente que el otro no lo ve así, sino que, todo lo contrario, cree que vive la mejor etapa de su vida.

En esta interacción hay un inmenso contraste de expectativas. Es muy probable que cuando la persona que está interesada en poner fin a la relación empiece a preparar el terreno para comunicar el terrorífico mensaje, el otro intente disuadirle de hacerlo y se evada, huyendo si conviene. Esta huida no resolverá el problema. Pondrá de relieve que la persona en cuestión no está dispuesta a escuchar, porque no está preparada emocionalmente para alterar sus expectativas, para volver a empezar desde cero. No puede ni siquiera imaginar la posibilidad de continuar sola.

El miedo a escuchar es en el fondo el miedo a aceptar el fracaso, el miedo a reconocer la parte de responsabilidad que tenemos en las palabras que el otro nos ha comunicado. A veces, requiere más valor hablar que callar. Otras veces, sucede al revés. Cuando se trata de comunicar noticias que no nos gusta decir, hay que tener valentía, pero hace falta aun más valentía para escucharlas, sobre todo cuando no coinciden con las propias expectativas. Tememos escuchar, porque tememos hurgar en nuestros propios errores y fracasos.

16

LA VERDAD SOPORTABLE

Hay verdades que son dolorosas. Son verdades que sencillamente no podemos soportar, porque su contenido es demasiado cruel para ser aceptado. En ocasiones así, se ha justificado como buena práctica la mentira piadosa, aceptándola como una salida lógica. No obstante, contar una mentira por piedad o por misericordia, en sentido estricto es una mala práctica. Es un acto de paternalismo que puede entenderse en situaciones extremas, pero que no es justificable éticamente.

La escucha piadosa es un acto que nos honra, porque, como ya se ha dicho, introduce un altruismo en las relaciones. Pero no puede identificarse con la mentira piadosa, porque, en este caso, por compasión se comunica explícitamente algo que es falso. Decir la verdad consiste en decir lo que las cosas son, diciéndolo además de un modo transparente y fiel a la realidad. Ocultar deliberadamente un mensaje o empañar el esplendor de la verdad, en la práctica son formas del arte de la mentira.

La mentira es un acto intencional y, por lo tanto, impulsado por la voluntad. Es distinto del error que, generalmente, es una consecuencia de la ignorancia. Muchas veces, preferiríamos continuar en la ignorancia, en el no saber, porque la verdad nos es demasiado dolorosa. Se miente, negando lo que se sabe o haciendo creer que no se sabe, a fin de no herir al

otro. Es una manera de proteger al otro y protegerse uno mismo.

La mentira gravita hacia tres puntos. Podemos mentirnos a nosotros mismos, podemos mentir a los demás y podemos mentirnos los unos a los otros. En el primer caso, nos engañamos acerca de quiénes somos. No aceptamos nuestra verdad y preferimos guarecernos en la imagen de nosotros mismos que nos hemos dispuesto. Esta mentira hacia uno mismo hace imposible el autoconocimiento, la revelación de aquello que verdaderamente somos y que sólo podemos averiguar nosotros mismos. El conocimiento de esa verdad exige la práctica de la soledad, la retirada del mundo, el amor y gusto por el silencio y un espíritu de iconoclasta.

En el segundo caso está la mentira unidireccional que, como ya se ha dicho, puede tener su causa en la compasión hacia el otro. Y, finalmente, están las mentiras consentidas tanto por el emisor como por el receptor. En este último caso, ambos son partícipes de la misma mentira y no están dispuestos a ver claro. Ambos saben que lo que se está diciendo no es verdad, que constituye una presentación embozada de la realidad, pero asienten porque ese nivel de entendimiento les conviene. Es una complicidad que sólo llega a romperse cuando uno de los dos interlocutores se rebela en contra del tácito acuerdo y lo rompe.

Quien se ejercita en decir siempre la verdad tiene la virtud de la veracidad. La veracidad implica un cierto ánimo valeroso, no sólo para quien la comunica sino también para el que está dispuesto a escucharla. La verdad conmueve a nuestro pequeño mundo, presentándolo tal como es, en su genuina esencia. Tendemos a protegernos, a ocultarnos, a instalarnos en pequeñas mentiras para poder soportar el paso del

tiempo, nuestra misma existencia y, sobre todo, las decepciones, fracasos y contrariedades.

No obstante, hay que reconocer que la verdad es, a veces, dura, desagradable de oír e, incluso, insoportable de escuchar. Hay que admitir que nos complace vivir instalados en la mentira, en la falsedad, en un mundo supuestamente armónico donde, a primera vista, todo va bien y todos hemos logrado lo que pretendíamos. Esta instalación en la mentira es una cobardía, una manera de esconder la cabeza debajo del ala, de no enfrentarse a la realidad tal como es y evitar el encuentro con uno mismo.

La verdad, por lo tanto, debe ser comunicada, pero no de cualquier manera. Hay formas y formas de decir un mensaje. Por eso, creemos que no basta con afirmar que hay que decir la verdad siempre y en todo lugar, sino que hay que decirla de un modo soportable, de una manera que el receptor pueda digerir, hacerla propia, asumirla en su ser sin que cause estragos. Es fácil decirlo, pero llevarlo a la práctica, especialmente cuando no se disponen de las habilidades comunicativas necesarias, es muy difícil. Hay que tener muy presente todas las variables que inciden en la buena comunicación de una verdad, puesto que según como sea dicha será más o menos tolerada por el receptor.

El debate en torno a la verdad soportable se produce, a menudo, en entornos sanitarios donde los profesionales de la salud se ven en la necesidad de comunicar pronósticos malos y se encuentran con graves dificultades para hacerlo correctamente al llegar el momento. Dos planos confluyen en este debate: el plano jurídico y el emocional. Por un lado, el profesional tiene el deber de comunicar la verdad al paciente, por dura y difícil de asumir que ésta sea.

Por otro lado, el paciente tiene el derecho de saber qué tiene y qué se espera que le suceda. El derecho a estar informado está explícitamente reconocido en todas las cartas de derechos de pacientes, así como lo está el deber de los profesionales de informar clara y competentemente. En este sentido, no es una opción, sino un deber que se deriva del corpus deontológico de las profesiones médicas.

Ahora bien, el paciente también tiene el derecho a no saber, a permanecer en la ignorancia respecto a lo que tiene o lo que supuestamente le ocurrirá. Puede no querer saber en qué estado se encontrará en el futuro ni qué calidad de vida le espera en los próximos años. Puede no querer saber si la enfermedad que le aqueja afectará gravemente sus expectativas personales y sus planes laborales. En estas circunstancias, el profesional debe mantener el secreto, no comunicar lo que sabe, puesto que el destinatario tiene el legítimo derecho a no saberlo.

Difícil situación ésta. Porque, por un lado, el profesional tiene el deber de informar, pero, por el otro, tiene el deber de respetar el no querer saber del paciente. Deberá andar por el filo de la navaja, a fin de saber qué es lo que el paciente desea exactamente conocer sobre sí mismo, y tendrá que evitar extralimitarse en la comunicación de la información. Trabajo inmensamente difícil porque es muy temerario pretender saber de antemano qué es lo que el otro quiere saber de lo que le pasa, especialmente si no existe una fluidez comunicativa y pactos sobreentendidos, no escritos, entre ambos.

Además del debate jurídico está, entremezclado, el debate emocional. Puede muy bien suceder que el paciente desee saber qué tiene, lo que le pasa, la calidad de vida que le espera previsiblemente; pero eso

no significa que tenga capacidad emocional para poder soportar determinadas respuestas. No siempre el deseo de saber va junto con la capacidad de escuchar determinados mensajes. Hay que tener mucha valentía para estar dispuesto a escucharlo todo.

De hecho, si intuimos vagamente que lo que nos dirá el otro no se adecua a nuestras expectativas reales, podemos preferir no saberlo. El profesional debe cumplir con su deber, pero debe hacerlo de tal modo que no ponga en crisis el fondo emocional del enfermo. Deberá tomarse el tiempo necesario para comunicar bien, le hará falta hacerlo en un lugar adecuado, y, después de comunicar la información, deberá asegurarse de que se ha comprendido, acompañando psicológicamente a su destinatario en el proceso de aceptación emocional. Es un trabajo complejo y difícil para el que, verdaderamente, no siempre se dan las condiciones idóneas.

17

ESCUCHAR Y HABLAR AUTÉNTICAMENTE

Hay que distinguir, lúcidamente, entre la cháchara estúpida e insustancial y la palabra que nace de la autenticidad. Desde los Padres del Antiguo Testamento a los místicos castellanos del Siglo de Oro (santa Teresa de Ávila, en particular), pasando por los filósofos estoicos y los Padres del Desierto, siempre se ha afirmado que uno de los defectos básicos del ser humano, origen de muchos de sus males, es la incontinencia verbal, la lengua desbocada, la incapacidad de controlar las palabras.

Sólo es posible escuchar y hablar auténticamente si nos esforzamos obstinadamente en limitar esa tendencia a ejercer la verbosidad. En ella se encuentra el origen de muchos problemas comunicativos, además de indiscreciones y malentendidos. A menudo, es fuente de culpabilidades y remordimientos. Nos damos cuenta, a posteriori, de que si no hubiésemos dicho lo que dijimos, no habríamos herido a nadie.

La verborrea no soluciona los males del espíritu. Nos aleja de nosotros mismos, nos convierte en artefactos habladores y nos dispersa en las cosas. No obedece a ninguna finalidad concreta, no aspira a esclarecer ninguna cuestión ni, mucho menos, a resolver ninguna paradoja. Se recrea en el propio acto de hablar. Propiamente dicho, es hablar por hablar, hablar para no callar. No responde a ninguna necesidad concreta, sino a la necesidad de emitir sonidos sin ton ni son.

Es una práctica demasiado injertada en las sociedades humanas para que pueda ser extinguida, aunque sí es posible educar para la buena conversación y para el diálogo provechoso. Pueden crearse en la persona sistemas de autodefensa ante la tentación de parlotear. Al adiestrarlo en la sensibilidad, el buen gusto y el circunloquio inteligente, se aleja al educando de la cháchara.

Quien conoce la buena conversación o el diálogo sutil, huye instintivamente de la facundia, intenta evitarla o la recorta severamente. Una vez probados los sabrosos frutos del intercambio lúcido de palabras, la palabrería se convierte en un suplicio. La buena conversación no debe siempre asimilarse al intercambio serio de palabras. No excluye, ni de lejos, el sentido del humor, el ejercicio de la ironía; tampoco excluye la visión crítica de las cosas. Lo que excluye es la superficialidad, la locuacidad sin ton ni son que conduce al tedio.

La verborrea, en sentido estricto, se refiere al hecho de hablar mucho y sin sentido, por el solo gusto de hablar, fuera de propósito. Por «sentido» se entiende aquello que tiene cuerpo, aquello que merece ser tratado y discutido. La divagación gira en torno a lo que es anecdótico, circula una y otra vez alrededor de lo que es accidental, irrelevante y estúpido. No tiene nada que ver con la conversación, que, generalmente, versa sobre lo que es substancioso, sea para la persona o para la comunidad.

Al acabar una cháchara, nos sentimos con las manos muy vacías, porque tenemos la impresión que aquella ristra de palabras ha representado una tremenda pérdida de tiempo personal. Los sabios estoicos nos exhortaron a huir de ella, evitando el contacto con la masa, y nos animaron a buscar la conversación inteligente, aquella que colma el corazón y el espíritu,

animándonos a la vez a buscar buenos camaradas de viaje; pocos, pero selectos.

La verborrea es una manera de hablar que cae en la indiscreción, faltando a la reserva debida. En efecto, la palabra desbocada pierde el sentido de la privacidad, el pudor y los buenos modales. El charlatán se adentra en terrenos que no le pertenecen, habla de quien no debería hablar, pone al descubierto secretos y miserias ajenas y, haciéndolo, excita más aún al conjunto de bocazas, de modo que aumente la morbosidad entre los convocados.

Somos seres dotados de la palabra, capaces de decirnos a nosotros mismos y de decir el mundo que nos rodea, pero éste instrumento podemos utilizarlo de maneras muy diferentes. La palabra puede ser reveladora, pero también puede ser una excusa para escurrirnos. Puede ser una potencia iluminadora, pero también una estrategia para ocultar lo que son las cosas y lo que somos nosotros.

La palabra humana, como el mismo ser humano, es ambigua y, como tal, puede ser utilizada de modos distintos y aun equívocos. Hay palabras que liberan, pero las hay que encarcelan el alma. Hay palabras que curan, pero las hay que hacen enfermar a una persona e incluso a un pueblo entero. Hay palabras que elevan al hombre al plano de lo divino; pero las hay que lo embrutecen y despiertan a la bestia que lleva en su seno.

La verborrea, como el bramido, no merece ser escuchada. Es una posibilidad humana que no se puede ejercer en solitario. Necesita el consentimiento de un interlocutor. No se puede parlotear solo, al igual que, de hecho, no se puede dialogar o conversar solo.

A veces, se utilizan los mismos términos para referirse a ejercicios humanos muy distintos. Charlar, por

ejemplo, no es exponer, aunque frecuentemente una conferencia se denomina «charla». Charlar es hablar sin cuidado de cualquier tema, sin voluntad de profundizar, movidos por un único deseo: el gusto por el comadreo. Exponer, en cambio, es una práctica muy distinta. Consiste en llevar al exterior lo que se encuentra en el interior (*ex-positio*, en latín), en comunicar ordenadamente pensamientos, sentimientos, ideas, recuerdos o deseos que llevamos en los recovecos del alma y que sentimos deseos de dar a conocer a otros. Así como resulta plausible distinguir distintos niveles de escucha y establecer una escala gradual de calidades, también es posible analizar los actos de hablar.

La verborrea consiste en llenar de palabras el silencio, para desalojar el vértigo que produce en la interioridad humana. Es, a la postre, una forma de evasión, una huida hacia delante, una clara manifestación de la incapacidad de permanecer en silencio, esperando la llegada de las palabras fundamentales.

En la época contemporánea, Martin Heidegger exploró con profundidad esta tendencia humana a practicar la incontinencia verbal, a hablar desenfrenadamente, a celebrar un cotorreo que, en vez de hacer posible un conocimiento más profundo de nosotros mismos y del ser, nos conduce a una vida inauténtica y alejada de lo que somos.[1]

Frente a la cháchara, hay que reivindicar la palabra auténtica, la que brota de lo más profundo de nuestro corazón, diciendo nítidamente lo que somos, qué sentimos, qué pensamos. En este sentido, hay que dar la voz a los poetas.

1. Cf. M. Heidegger, *Ser y tiempo*, FCE, Madrid, 1997.

EL ARTE DE HACERSE ESCUCHAR

Hay muchas maneras de hacerse escuchar, pero no todas son legítimas. Todos deseamos ser escuchados, pero no todos tenemos la misma habilidad de hacer que nos escuchen.

Quien domina el arte de hacerse escuchar no tiene que recurrir a la fuerza ni a la coacción o el chantaje para asegurar que sus interlocutores le escuchen. Conoce a fondo las habilidades del discurso oral y los demás le escuchan, sea porque lo que dice es interesante, sea porque sabe despertar en los demás el deseo de escucharle.

Una cosa es dominar el *arte de escuchar* y otra, dominar el *arte de hacerse escuchar*. Hay personas que saben escuchar, pero que no saben hacerse escuchar pacíficamente. Hay otras, en cambio, que sí saben hacerse escuchar, pero que tienen muchas dificultades para practicar una escucha de calidad.

No debemos hacernos escuchar intencionadamente. No debemos perseguir obsesivamente que los demás nos escuchen. No podemos negar que nos complace ver cómo capturamos la atención, cómo despertamos la receptividad en los demás, pero quien domina el arte de hacerse escuchar lo lleva tan integrado dentro de su ser que no sabe exactamente por qué es escuchado.

El que domina bien este arte, se hace escuchar sin quererlo, sin esperarlo, sencillamente porque lo

que dice genera un interés en su entorno, ya que las palabras que pronuncia han sido pensadas y meditadas largo tiempo en su interioridad, como si se tratase de una fruta que macera. Se hace escuchar, aunque no buscara ser escuchado. Esta sensación le genera una perplejidad, unida a un cierto temor, porque no preveía que los demás le escucharían con tanta atención.

La persona discreta y profunda, sobria en las formas pero, a la vez, sutil en sus análisis, se hace escuchar sin pretenderlo. Raramente ocupa los grandes circuitos comunicativos, las ágoras televisivas o los foros de la información. Tampoco se identifica con los tertulianos duchos en el arte de la esgrima verbal, de la dialéctica entendida como una maniobra de defensa y ataque militar. Nada más lejos de su objetivo. Quien domina el arte de hacerse escuchar, no tiene necesidad de cerrar la boca del otro con una salida demagógica o con una argumentación falaz que él mismo sabe que es una mera treta retórica. Se hace escuchar porque los demás reconocen un valor en cuanto dice. Les hace enmudecer sin tener que levantar la voz.

En las antípodas de esa figura tan socialmente invisible, se encuentra el orador ampuloso. El orador ampuloso difícilmente se hace escuchar, porque la soberbia y la vanidad generan anticuerpos en la audiencia, en tanto que la sobriedad y la franqueza crean proximidad. Un discurso grandilocuente y barroco nos irrita, pero la palabra franca y directa nos atrae. Huimos de la artificiosidad del lenguaje, de la narración egocéntrica que, en el fondo, no busca ninguna reacción en los demás, ni espera ninguna reciprocidad, sino que se recrea en sí misma. No hace falta atiborrar de elementos retóricos un discurso para que parezca interesante. El barroquismo es sólo una estrategia para ocultar la carencia de ideas.

Se hace escuchar quien habla con el corazón en la mano, quien sabe arropar con la sinceridad lo que dice. La modestia en las formas y la espontaneidad en el contenido despiertan el deseo de escuchar en el potencial receptor. Pero queda aún un elemento primordial en el arte de hacerse escuchar: la conducción amable y no forzada del oyente hacia un núcleo secreto. El buen orador tiene el arte de agarrar la mano del oyente y guiarle por parajes que desconoce, de hacerle transitar por espacios y territorios que le son ajenos.

Cuando el único recurso para hacerse escuchar es la violencia física o mental, la amenaza, la extorsión o la manipulación, se hace evidente que no se domina en lo más mínimo el arte de hacerse escuchar. En cierto modo, dentro del ámbito educativo ocurre lo mismo. Cuando el único argumento que tenemos, como padres o profesores, para hacer leer a nuestros estudiantes, es el recurso al examen, el chantaje o el miedo, se pone de manifiesto el fracaso de la labor educativa y la derrota de la inteligencia práctica.

Cierto es que, a veces, ese recurso termina siendo el único efectivo, pero cuando lo ponemos en circulación, todo lo demás, la motivación positiva, las razones de peso para ejercer esa actividad, ha fracasado. Cuando debemos gritar para hacernos un hueco en el vocerío y hacernos escuchar, cuando debemos gesticular artificiosamente para capturar la atención de la masa compacta, se pone de relieve la incapacidad que sufrimos para hacernos escuchar. Muy a menudo, en contextos ruidosos, el silencioso se hace escuchar más efectivamente que el vocinglero.

El arte de hacerse escuchar va ligado a la retórica, pero, sobre todo, al dominio de la oratoria. Los grandes oradores de la antigüedad se hacían escuchar

y despertaban pasiones. Ensayaban extensos discursos ante un numeroso público. No disponían de los recursos técnicos que poseemos nosotros para llegar al corazón de las personas, ni de las ilustraciones icónicas. Cicerón hablaba a pecho descubierto, como posteriormente lo hicieron Demóstenes y san Agustín. Las homilías de este último eran muy largas y teológicamente densas.

Todos ellos dominaban el arte de hacerse escuchar, tenían la capacidad de construir con viveza su discurso y de presentarlo de una manera sugerente. En cierto modo, podría decirse que no tenían que competir con los sistemas de comunicación audiovisuales, que no necesitaban arrancar a sus oyentes del sofá de sus casas o de la constante inmersión en el vocerío. Posiblemente, esa objeción es cierta. Ignoramos si esos oradores de la antigüedad clásica y cristiana hubiesen triunfado en la era de la televisión, el teléfono móvil e Internet.

En cualquier caso, todos ellos dominaban los recursos y las estrategias formales del discurso hablado y eran escuchados atentamente. Sabían cuándo y cómo tenían que presentar el núcleo del problema, qué tono debían imprimir a las palabras, los silencios y las interrupciones necesarias para oxigenar el discurso y crear la tensión necesaria en el ánimo del oyente. Eran maestros de la palabra y, por ello, dominaban el arte de hacerse escuchar.

Cabe distinguir, finalmente, entre la autoridad y el poder del orador. Se hace escuchar quien tiene autoridad, una autoridad reconocida por los demás; jamás por uno mismo. Nadie puede decir de sí mismo que tiene autoridad. Son los demás quienes atribuyen al orador una autoridad que viene avalada por la profundidad de lo que articula. Es a partir de sus palabras, obras y acciones, que los demás le reconocen una autoridad. En cambio, el poder es la fuerza, el dominio y la capacidad de mover a los demás según los propios deseos.

Aunque el orador tenga poder político, económico, social o religioso, ignora si tiene autoridad. No sabe exactamente por qué le escuchan. Quizá es el miedo a las represalias o la pura estrategia lo que lleva al oyente a escucharle, pero mientras detenta el poder no sabe si es escuchado porque lo que dice tiene un valor o, sencillamente, porque quien lo dice tiene un poder sobre las demás personas.

El buen orador tiene el poder de la palabra, tiene la capacidad de zambullirse en el alma del oyente y hablarle desde su interior. Tiene el poder de conmoverle, de hacerle llorar, hacerle reír, entristecerle y alegrarle. La autoridad que se le atribuye, sin embargo, no le viene del poder que tiene sobre el alma de los demás. Le viene, esencialmente, de la coherencia que el oyente detecta entre lo que dice y lo que hace, de la congruencia entre su discurso y su vida.

Ésta es la autoridad de los grandes oradores. Martin Luther King es uno de los grandes ejemplos del siglo XX. El famoso pastor baptista pronunció en Washington, ante una audiencia admirada, aquel mítico discurso que dio la vuelta al mundo. El 28 de agosto de 1963, cuando inició su arenga con la célebre frase *I have a dream* (Tengo un sueño), más de doscientas mil personas esperaban para escucharle. Tenía entonces sólo treinta y cuatro años.

Formalmente, no fue un gran discurso. No cumplía los requisitos de una buena *expositio*, pero fue escuchado porque quien hablaba tenía autoridad, una autoridad que se había ganado a pulso y que le venía de la coherencia con la que se había batido por la

defensa de los derechos civiles de la población de raza afroamericana. Esta misma coherencia le llevó a ser encarcelado y, posteriormente, a su muerte, víctima de un atentado el día 4 de abril del año 1968.

IV PARTE

Escuchar, dialogar, criticar

19

LA ALTERNANCIA ENTRE PALABRA Y SILENCIO

En sentido estricto, la vida humana es una alternancia entre palabras y silencios. Hablamos y callamos. Callamos y hablamos. Uno de los fenómenos más ricos de la vida interpersonal, el diálogo, requiere como condición básica esa alternancia entre palabra y silencio. El arte de escuchar es, pues, la condición previa para ejercer correctamente el arte de dialogar y el arte de enjuiciar. Hay diálogos de distinta calidad, así como hay críticas de diferente factura.

No sólo el diálogo exige una alternancia entre palabra y silencio; también lo exige el propio desarrollo equilibrado de la vida humana. No podemos permanecer continuamente en silencio, porque sentimos el deseo de comunicarnos, de decirnos, de estallar en palabras y hacer llegar a los demás lo que penamos en el interior. Asimismo, no podemos permanecer continuamente en la palabra, porque necesitamos el silencio, el recogimiento, el encuentro solitario con los propios sentimientos, con aquellos huéspedes virtuales que ocupan nuestra mente y que nos hacen pensar, que nos interrogan con sus preguntas y nos atribulan con sus observaciones.

El diálogo requiere como condición básica la práctica de la escucha. De hecho, es materialmente imposible si no se produce una alternancia lógica entre palabras y silencios. Si emisor y receptor hablan simultáneamente, el diálogo no resulta posible. Si ambos permanecen

callados, a la espera de lo que diga el otro, no se produce el diálogo.

Una persona toma la palabra (emisor) y otra (receptor) se dispone a escuchar. Hete aquí el primer instante; uno que sólo es posible si uno de los dos sale de sí mismo, extasiándose para comunicar lo que lleva en su interior. Para desarrollar este movimiento, este primer emisor debe superar su miedo escénico, la desconfianza hacia sí mismo, el falso pudor, el temor a hacer el ridículo, cualquier forma de complejo psicológico que colapse la fluidez comunicativa.

Así pues, en este primer movimiento hay unos implícitos. Si quien toma la palabra tiene garantías de una cierta confidencialidad, explayará su corazón y verterá fuera de él pensamientos, deseos, recuerdos y sentimientos. En cualquier caso, esta apertura dependerá de la predisposición que aprecie en el interlocutor, de la confianza que deposite en su persona.

No obstante, este primer momento solamente se hace efectivo si el receptor domina su innata tendencia a hablar, para esperar atentamente las palabras del otro. Esta espera es, en el fondo, un acto de generosidad. La cortesía le hace decir en su inconsciente que primero habla el otro. Esta espera a veces es dolorosa. Cuando alguien sabe muy bien qué tiene que decir y conoce muy a fondo el tema que se está tratando, experimenta una cierta incomodidad a la hora de callar, pero si tiene la virtud de la cortesía, se retendrá hasta que el emisor termine de exponer sus ideas. Después, al llegar su turno, responderá a su intervención y, en el caso de que domine la cuestión de un modo cualitativamente superior al de su interlocutor, evitará humillarle y enaltecerá los puntos positivos que ha señalado el otro. He aquí el segundo momento: el receptor contesta a la intervención del emisor, forja el

mensaje, reacciona ante lo que ha escuchado, aunque sólo tras haber previamente escuchado.

Esa curiosa y extraña actividad humana que los griegos denominaron *dialogos* y que, propiamente hablando, significa *la palabra al revés* o en movimiento entre el «yo» y el «tú», requiere unas reglas elementales para su correcta práctica. Reglas que generalmente están implícitas en quienes participan, pero que se echan en falta de un modo fehaciente.

Hay que decir, sin la más mínima acritud hacia ningún colectivo en concreto, aunque con toda firmeza, que esos supuestos diálogos que a menudo escuchamos o contemplamos a través de los medios de comunicación de masas constituyen un espectáculo vergonzoso e, incluso, vergonzante para la condición humana. A veces, las mínimas reglas de diálogo, como la cortesía, los buenos modales y la continencia verbal, no están aseguradas y el espectáculo resultante es una estrafalaria caricatura del diálogo, que ofende el oído y la vista del teleespectador. Si el consumidor fuera consecuente, debería censurar gravemente ese circo delirante de palabras malsonantes, dejando de contemplar ciertos productos audiovisuales.

La crítica de los medios se convierte en el fondo en una especie de autocrítica, porque son los teleespectadores quienes, en último término, legitiman determinados productos, al consumirlos cotidianamente. La crisis no puede imputarse únicamente al emisor, sino también, y esencialmente, al receptor. Lo que estas situaciones ponen de manifiesto, constituye una derrota de la inteligencia y de la sensibilidad estética del teleespectador.

20

LA PREPOTENCIA COMO UN OBSTÁCULO FUNDAMENTAL

La humildad es una condición fundamental para el ejercicio del diálogo. Si una persona cree que ya lo sabe todo, que conoce todos los territorios y que, por lo tanto, el otro no le va a aportar nada que no conozca ya de antemano, es lógico que no se preste a escucharle. Esta tendencia a creer que el otro no puede aportar nada significativo es una forma de prepotencia y constituye el escollo fundamental ante el acto de la escucha y la práctica del diálogo.

La prepotencia puede superarse, pero solamente si la persona afectada por ella reconoce que sufre ese mal. La prepotencia se asocia generalmente al orgullo, la vanidad y la soberbia; en definitiva, a la creencia desmesurada en las propias facultades. Es la consecuencia directa del desconocimiento de uno mismo, el resultado de vivir en una nube celestial. Es también la expresión de un complejo de superioridad que, si bien es instintivo en el ser humano, la vida se encarga de limar y reducirlo a la nada.

En todos los tratados tradicionales, esa tendencia humana es calificada negativamente, rechazada e incluso descrita como uno de los pecados capitales. En el fondo, toda soberbia es ilusoria; consiste en otorgarse más méritos de los que realmente poseemos y en vanagloriarse estúpidamente de los que se pueden tener. «La soberbia —escribe Baruch Spinoza— consiste en amarse a sí mismo, por amor propio, en más de lo

que es justo.»[1] Toda soberbia es, por definición, injusta. Carece de justicia hacia los demás y hacia uno mismo. No es sino una trampa del amor propio.

También está relacionada con la vanidad. La vanidad es, al fin y al cabo, una forma particularmente ridícula del amor propio. Consiste en estar tan envanecido de uno mismo que no se reconocen los propios defectos, ni, por descontado, las virtudes de los demás. Es vanagloriarse de uno mismo, de lo que se cree ser, admirar en uno mismo lo que se cree que los demás admiran. La vanidad, decía Henri Bergson, yace en una admiración de uno mismo fundamentada en la admiración que uno cree inspirar en los demás, o en pretender que admiren aquello que uno admira en sí mismo. Nadie es totalmente inmune a ella.

Como dice Blaise Pascal en uno de sus pensamientos: «La vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un patán, un maritornes o un gañán, se jacta y quiere tener sus admiradores, e incluso los filósofos lo desean; y quienes escriben a la contra quieren alcanzar la gloria de haberlo escrito bien, y quienes los leen quieren tener la gloria de haberlos leído; y yo, que escribo esto, quizá tengo ese deseo, y tal vez quienes me leen...»[2] Aun así, reconocer la vanidad ya es ser un poco menos vano. Como también decía Henri Bergson, el único remedio contra la vanidad es la risa, aunque —añadimos nosotros—, a condición de ser capaz de reírse de uno mismo.

No hay que confundir nunca el justo reconocimiento de uno mismo y lo que en sicología se denomina una sana autoestima, con la prepotencia que, desde todos los puntos de vista, es un grave vicio o contravalor. Esa justa ponderación de uno mismo, no es la vanidad. Consiste en estar contento con uno mismo. Es la conciencia del propio valor.

La prepotencia es algo que hay que superar porque no sólo hace imposible el acto de escuchar, sino que, en último término, obstaculiza el crecimiento de la persona, el desarrollo de sus capacidades intelectuales, emocionales, sociales y físicas. Quien cree que ya lo puede todo, que no necesita consejos de los demás ni asesoramiento de nadie, que, solo, va a salir adelante y que escuchar es perder el tiempo, es incapaz de crecer cualitativamente.

Sólo si nos disponemos a escuchar, a estar atentos a los demás, a inspirarnos en su mundo, a conocer otros lenguajes y tradiciones, podremos ampliar nuestro universo mental, emocional y social. La prepotencia conduce a la soledad. A la más estricta y agreste soledad. Y la soledad es el mal.

1. B. Spinoza, *Ética*, RBA Coleccionables, Barcelona, 2002. IV, def. vigésima octava de los afectos.
2. B. Pascal, *Pensamientos*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

21

LA DESCONFIANZA: SEGUNDO OBSTÁCULO

En el fondo, el diálogo es un acto fiduciario que se construye sobre un implícito: el valor de la confianza. Al ponernos a hablar, poco o mucho, confiamos en que el otro nos escucha. Confiamos además en que el otro entiende lo que estamos diciendo, en que, poco o mucho, reaccionará a aquello que le estamos relatando.

Si no partiéramos de estos supuestos tan elementales, no empezaríamos a hablar. Es lo que nos puede ocurrir en ámbitos donde se desconoce nuestra lengua y en donde no disponemos de mecanismos verbales para hacer que nos entiendan. Tendemos a callar, por más que tengamos muchas cosas que decir. Es una sensación de impotencia que no hunde sus raíces en la desconfianza, sino en un tipo de economía del esfuerzo. ¿Para qué hablar, si no me van a entender?

Muy a menudo, para poder demostrar la necesidad de aprender una lengua extranjera, hace falta que el potencial aprendiz haya experimentado esa impotencia. Si ha vivido esa contrariedad, se dará cuenta de la relevancia de dominar una lengua. Como tantas veces se ha dicho, la contrariedad educa, y aunque nos duela, nos exige un esfuerzo para salir de ella. Y eso es educativo.

El miedo imposibilita el diálogo. Es una emoción que nos encierra en nosotros mismos y nos distancia de los demás. Mientras pensemos que los demás pueden

agredirnos o violentarnos, tenderemos a confinarnos en nuestro propio redil. Sólo abriremos la puerta del corazón, cuando estemos seguros de que el huésped no nos herirá.

Es por eso que la desconfianza, tan extendida en nuestro tipo de sociedades, es en el fondo un obstáculo de primer orden. A veces, no es miedo lo que sentimos, sino simplemente suspicacia. No nos fiamos de las palabras ajenas, de los alegatos de sinceridad de los demás. Les miramos de reojo y pensamos que nos ocultan algo secreto. Esta desconfianza, tan asociada a algunos colectivos, como políticos, médicos, jueces o periodistas, lleva irremisiblemente a la fractura y la división social. No obstante, la confianza no se pierde gratuitamente. Probablemente hay factores que deberían estudiarse a fondo, en relación con cada uno de los colectivos citados, que expliquen esa creciente pérdida de confianza.

Para que la comunicación se desarrolle con fluidez, hace falta que el receptor practique la confianza con respecto al emisor. Debe confiar, de entrada, en que lo que dice es cierto y en que hay una correlación entre sus palabras y la realidad. También debe confiar en que el acto comunicativo es sincero y que la exposición obedece a una buena causa.

La confianza es como una esperanza bien fundada o voluntaria. Se refiere menos al futuro que al presente. Se vincula más estrechamente a lo que se ignora que a lo que se conoce. Se relaciona más intensamente con lo que no depende de nosotros que con lo que sí depende. Esto no impide el error ni la decepción, pero es preferible a la desconfianza permanente.

LA ESCUCHA: CONDICIÓN DE LA CRÍTICA

La crítica realmente juiciosa, aquella que estamos destinados a ejercer, exige la escucha previa para poder existir. Es muy frecuente que se opine sin escuchar, sin leer, sin mirar lo que supuestamente se está valorando.

Blaise Pascal considera, con razón, que lo primero que deben hacer los críticos de la religión es, como mínimo, conocer aquello que van a juzgar. Cuando no es así, estamos ante una crítica de poca calidad o, mejor dicho, de nula calidad, puesto que no se basa en ningún argumento sólido. Es un enjuiciamiento de oídas, cimentado en opiniones ajenas, titulares mal digeridos o esquemas preconcebidos.

Etimológicamente, criticar significa cribar con cedazo, refiriéndose a la labor de separar el grano de la paja, lo que vale de lo que no vale, lo esencial de lo accidental. Es sinónimo de discernir, y discernir es un trabajo de separación. Consiste en separar con el pensamiento el bien del mal.

Hay que enseñar a discernir, pero este ejercicio sólo puede realizarse a partir de determinados criterios. Si no hay unos criterios enraizados en el alma, no se puede discernir entre las diferentes opciones o decisiones.

Hay que distinguir, nítidamente, el ejercicio de la crítica, bueno y saludable en su justa medida, de la tendencia a reprochar. Reprochar entendido como

criticar por sistema y por costumbre. Una tendencia humana que hace odiosa a la persona que se recrea en ella. Un mal hábito; un vicio, en terminología clásica. Tendemos a alejarnos de la persona que es un criticón, porque su conversación nos fatiga y porque irradia un malestar permanente hacia el mundo, las instituciones y las personas.

En nuestro fuero interno, pensamos que nosotros también acabaremos siendo el blanco de su crítica, y preferimos rehuirle tanto como podemos.

Según el diccionario, hay tres figuras diferentes en el ejercicio de la crítica: el crítico, el criticador y el criticastro. El criticador critica por sistema y el criticastro critica al por mayor, de un modo nada refinado, sin distinguir los niveles y estratos implicados y tirando del rábano por las hojas. La suya es, digámoslo claramente, una crítica grosera. No resulta fácil llegar a ser un buen crítico, si no se practica asiduamente el arte de escuchar. El crítico es, propiamente, el ideal que alcanzar.

Muchas veces, nuestra crítica tiene una calidad ínfima porque no se ha escuchado debidamente, o porque no se le ha concedido el tiempo necesario para expresarse (aquello que denominamos tiempo de expresión).

Este tiempo de escucha requiere la virtud de la paciencia, una cierta espera activa y diligente, que apacigua la mente y fija la atención en las palabras del huésped.

La impaciencia hace imposible una buena escucha y, al final, es un grave obstáculo para la buena crítica, que no debe nunca confundirse con una crítica buena. Cualquier crítica, sea buena o mala, elogiosa o catastrófica, sólo tiene esperanzas de ser una correcta crítica si se ha escuchado atentamente con anterioridad a quien se intenta criticar.

La reacción inmediata a una frase, la emoción desbordada por una inadecuada asociación de ideas o por consideraciones tan irrelevantes como la indumentaria o el olor de quien habla, pueden ser el motivo de una crítica injusta o poco acertada. En todos estos casos, la crítica no es una práctica racional, sino un trabajo movido por otros impulsos.

La crítica que llega precedida por un acto de escucha extenso e intenso será, con toda probabilidad, una crítica que merezca una atención y una escucha, pero la crítica que se mueve instintivamente, por asociaciones de ideas, por estrategias formales, por tópicos o estereotipos, y que no tiene la paciencia de retenerse durante la escucha, será una crítica funesta. Puede hacer daño e incluso puede herir gravemente. Pero, en sentido estricto, sólo debe inquietarnos la crítica de calidad.

No obstante, no resulta fácil ejercer esa indiferencia hacia la crítica de mala calidad. A veces, es una crítica que, con toda su mala calidad, tiene mucho eco en la opinión pública. Y, tan solo por ese motivo, la imagen de quien habla desciende notablemente en la cotización social.

No se puede olvidar que vivimos inmersos en la sociedad de la imagen y que una mala imagen es un obstáculo fundamental para obtener un determinado puesto de trabajo o para ascender dentro de una empresa. No resulta fácil pasar de largo, hacerse el desentendido delante de un necio, reaccionando conforme a los maravillosos imperativos de la ética estoica.

Hay que evitar la crítica injusta, pero el temor a ella no puede ser el móvil de nuestras decisiones y acciones, porque, de ser así, sin ser conscientes caeremos en la peor de las dictaduras: la dictadura de la opinión pública. Bertrand Russell, en *La conquista*

de la felicidad (1937), considera que esa dependencia del qué dirán es uno de los motivos más profundos de la infelicidad humana.

Criticar correctamente quiere decir hilar fino, saber distinguir el grano de la paja y soslayar la enmienda a la totalidad tanto como el halago incondicional. La tarea de criticar es desagradable. No deseamos que nos critiquen, pero sólo la crítica nos hace crecer y mejorar en calidad y en capacidades.

Las críticas que nos han dolido han actuado frecuentemente como revulsivos, sembrando la simiente de un mejor desarrollo. En el momento de oír la crítica, experimentamos indignación e incluso ira, pero cuando la hemos digerido y llegamos a reconocer la parte de verdad que hay en ella, eso nos hace crecer como personas.

La crítica únicamente es legítima cuando ella misma se somete a la crítica. Sólo si la crítica es capaz de criticarse a sí misma, tiene peso para criticar las acciones de los demás. Por eso, la autocrítica es el fundamento moral de la crítica. Esa autocrítica, tan poco frecuente en algunos colectivos (como el de los políticos profesionales), da credibilidad a la persona que la ejerce, poniéndola en disposición de criticar a los demás.

Nadie sabe a priori cuál es la intención de una crítica. En un sentido benévolo, podría argumentarse que la crítica tiene como finalidad la corrección y, por tanto, la mejora del otro, su crecimiento como persona. Pero la crítica puede también obedecer a intenciones muy distintas. Puede ser la gran excusa para humillar al otro, para demostrarle una pretendida superioridad, para avanzar en un terreno político, económico o social. En este segundo supuesto, la crítica no tiene una finalidad correctora sino destructiva, y el oyente tiene que saber defenderse.

Del mismo modo que no podemos saber nunca cuál es la intención del crítico, tampoco podemos adivinar cuál es la intención de la persona a quien se critica. La intención no se manifiesta en el acto, ni en la forma que adopta el acto. Está latente en ella, pero no se ve a simple vista. Podemos criticar con buena intención, pero el otro no sabrá nunca cuál es en realidad nuestra intención, incluso si le confesamos el motivo principal. En definitiva, podemos criticar la forma y el contenido de las acciones que ha realizado una persona, pero las intenciones nos son, en último término, desconocidas.

23

LA ESCUCHA: CONDICIÓN DE LA AUTOCRÍTICA

La escucha es la condición básica para ejercer correctamente la crítica y la autocrítica. Para hacer una buena crítica hay que escuchar al otro, pero para elaborar una autocrítica correcta hay que escucharse a uno mismo en las palabras del otro. Cuando el otro reacciona a lo que hemos expresado, se pone de manifiesto que ha entendido tanto lo que hemos dicho, como las lagunas de nuestra formulación. Esto nos obliga a repensar de nuevo lo que hemos dicho y formularlo de una manera más nítida.

Toda crítica, para tener una cierta autoridad moral, debe abastecerse de una permanente actitud de autocrítica. Hay que estar alerta continuamente. La autocrítica es fatigante, pero es la base de una buena crítica de las proposiciones de los demás. Hay que examinar las propias formulaciones, las propias ideas y pensamientos y también la legitimidad de los criterios desde los que se examinan esas ideas y pensamientos. Muy a menudo, damos por buenos los pensamientos porque los criterios de análisis de los que partimos no se ponen en cuestión. A veces, consideramos que lo que el otro dice es bueno, sencillamente porque coincide con lo que nosotros pensamos, sin pararnos a meditar si lo que pensamos es creíble y consistente intelectualmente.

Sin embargo, la crítica de la crítica es un camino que no tiene final y que nos lleva a un terreno cada

vez más profundo. Si todo lo que creemos se pone sistemáticamente en duda, no es posible decir nunca nada, ni presentar ninguna idea. Lo más sensato sería callar permanentemente. Al final, hay que hacer una apuesta, hay que optar por un conjunto de referentes últimos desde donde dar cuerpo a todas las tesis que se defienden. Esta apuesta final no puede ser un grito desesperado, ni una salida fuera de propósito.

Hace falta que sea, como mínimo, creíble; que tenga un grado de coherencia y razón. No se trata de repetir unos criterios eternamente. Menos aún, de imponerlos a los demás. Tampoco se trata de repetir sistemáticamente lo que aprendimos siendo pequeños. Se trata de pensar el grado de credibilidad y raciocinio que tienen nuestras convicciones. Este autoanálisis intelectual da fuerza y preeminencia a nuestras aportaciones. Con todo, hay que ser honesto, y es bueno que el interlocutor sepa desde dónde hablamos, desde qué fondo de convicciones defendemos lo que defendemos. Mientras no tengamos motivos para deshacernos de estos criterios últimos, parece lógico seguir su estela.

Al examinarnos a nosotros mismos, hay que tener suficiente lucidez para entender que nuestro modo de pensar no es fruto de la casualidad, ni una pura arbitrariedad. Somos historia viva, narración hecha carne que va abriéndose camino, espíritus encarnados que dejan huella. Como es evidente, bebemos de un entorno histórico. La génesis del pensamiento personal es difícil de esclarecer. En último término, no sabemos por qué pensamos como pensamos, o por qué creemos lo que creemos. Hay demasiadas variables en juego que no podemos controlar. Con todo, hay que esforzarse de manera autocrítica para saber dónde yace la solidez de lo que creemos y cuál es su licitud.

24

EL DIÁLOGO POSIBLE

La escucha es indispensable para el diálogo, pero no siempre que escuchamos dialogamos, porque el diálogo requiere de quien escucha la voluntad de reaccionar a lo que ha escuchado. El diálogo es, en efecto, una perfecta conjunción de recepción y salida de uno mismo.

Exige, por un lado, la capacidad de recepción, de comprensión de las palabras del otro, pero, por otro lado, exige también la voluntad de decir algo, de salir fuera del núcleo íntimo para comunicarse con el otro. Si el «yo» permanece encerrado en sí mismo y se mantiene indiferente al otro, no puede existir un diálogo, porque el diálogo exige necesariamente la abertura al otro, la voluntad de comunicarse con él. Éxtasis y recepción, recepción y éxtasis, son las dos condiciones indispensables para el diálogo.

Platón pone al diálogo como condición indispensable para alcanzar la verdad. En una de sus cartas afirma que «cuando, tras muchos esfuerzos, se han relacionado los distintos elementos, nombres, definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, unos con otros; cuando se ha argüido en discusiones benévolas, en las que no hay mala intención en las preguntas ni en las respuestas, sólo entonces surge de pronto la intelección y comprensión de cada objeto, con toda la intensidad de la que es capaz el esfuerzo humano.»[1]

1. Platón, *Cartas*, Ediciones Akal, Madrid, 1993.

Al dialogar, la persona sale de su mundo privado en busca de un mundo común. Esta salida obedece esencialmente a dos razones posibles: o bien es fruto de la necesidad, o bien es la ocasión para darse gratuitamente al otro. Cuando la motivación es el beneficio personal, el diálogo tiene su origen en la indigencia. Cuando la razón es el deseo de darse a conocer, de darse al otro, la motivación es la gratuidad.

Dialogar es encontrarse con el otro. En el diálogo hay un deseo sincero de despertar en el otro aquello que lleva dentro y disfrutarlo en común, a fin de descubrir aquella realidad interpersonal que se crea entres quienes dialogan. Así pues, el diálogo nos permite descubrir aquel ámbito que Martin Buber denomina la esfera del «entre», porque efectivamente está entre el «tú» y el «yo»; una dimensión interpersonal a la que sólo éstos tienen acceso.

Según Hans Georg Gadamer, los carismáticos del diálogo que han cambiado el mundo son cuatro: Confucio, Buda, Jesús y Sócrates. Todos ellos ejercieron el diálogo a lo largo de su vida pública. Sólo uno de ellos parece que escribió: Confucio. Ni Sócrates, ni Jesús, ni Buda escribieron una sola palabra. Dialogaron con sus coetáneos, practicando debidamente la escucha.

Aprender a dialogar es aprender a imitar a esos decisivos hombres, unos espíritus dotados de grandeza sobrehumana. Todos ellos escucharon, no sólo se escucharon. Obraban movidos por un espíritu interior, por una fuerza que les empujó a superar las mayores contrariedades. Son ejemplos siempre vivos de lucidez y claridad.

Como dice Emmanuel Mounier, el pensamiento vivo es diálogo. No sólo abierto a los demás, sino a uno mismo. Nunca pensamos solos. Nos lo puede parecer, pero, al pensar, siempre se hace desde la alteridad.

Pensamos *con* los demás o *contra* los demás, pero no pensamos nunca *sin* los demás o al margen de los demás; incluso cuando estamos solos.

Es precisamente en la soledad, cuando mejor podemos escuchar a los demás. Miguel de Unamuno lo expresa así: «Los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas a través de la soledad.» Y añade: «Sólo la soledad derrite esa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos los hermanos en soledad. La soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos.»[2]

Los lazos que hemos forjado no nos mueven únicamente en un terreno puramente emocional. También influyen en el flujo mental. El diálogo hace imposible la petrificación del pensamiento, su endurecimiento. Lo convierte en una realidad líquida que se mueve por sí misma. Cuando alcanza el estado sólido, deja de ser pensamiento para convertirse en doctrina, en un saber hermético que hay que distribuir y repartir con dosis específicas. Al llegar ahí, el pensamiento ya ha muerto y sólo queda la administración de ese material rígido que un día estuvo vivo.

Los demás nos ayudan a pensar, nos proporcionan materiales y herramientas para pensar e incluso estimulan la defensa de nuestras convicciones y creencias. No hay que olvidar nunca al pequeño crítico que llevamos en nuestro interior, al polemista que nos devora por dentro, y hay que buscar sus razones. Resultaría más sencillo vivir sin escucharle, ignorando sus críticas y objeciones a lo que creemos. Pero hay que escucharle

2. M. de Unamuno, *Soledad*, Austral, Madrid, 1962.

porque nos hace crecer. A regañadientes, es cierto; pero nos hace crecer.

No debemos nunca matar a ese álter ego que grita en nuestro interior y que, en el fondo, nos obliga a repensar lo que ya dábamos por pensado. Somos un diálogo permanente, abierto a los demás y a nosotros mismos. Esto es lo que da vitalidad a la actividad de pensar, lo que hace que los pensamientos no sean meras sustancias petrificadas, sino una fluida corriente que va y viene, que entra y que sale. En definitiva, que hace que continúe vivo.

El pensamiento interior dialoga con un conjunto de personajes virtuales que cuestionan, contradicen y fustigan al «yo». Este debate interior, por prolongado y complicado que sea (puede durar una vida entera), es completamente distinto del ensimismamiento, que es una especie de divagación sobre el propio terreno.

El diálogo es, en última instancia, un acto de hospitalidad. Consiste en abrir la puerta al amigo y al extraño, sin cálculos de conveniencia, de diplomacia, de compensación o de prudencia.

V PARTE

¿A quién debemos escuchar?

Dice el filósofo Zenón de Elea que «nos han sido dadas dos orejas, pero únicamente una boca, a fin de que podamos escuchar más y hablar menos». Aun así, tenemos que reconocer que, salvo honrosas excepciones, tendemos a dedicar más tiempo y energías al ejercicio de la palabra que a la práctica de la escucha. Quizá por esto, lo que generalmente decimos es tan irrelevante.

El debate sobre si el arte de escuchar es un arte natural o adquirido es un debate clásico que no sólo afecta al arte de escuchar, sino a cualquier arte; también al arte de hablar, de poetizar o de cantar. Según nuestro punto de mira, la escucha es una destreza humana que puede ser adquirida, que hace falta enseñar y aprender, repitiéndola y evaluándola.

Desde que son muy pequeños, hay que educar a los niños en la capacidad de escucha, en la receptividad activa y atenta. Hay que hacerles ver que antes de hablar deben pensar dos veces en lo que dirán. Es también esencial que tomen conciencia de que, frecuentemente, los demás han expresado mucho mejor lo que ellos intentan decir. Humildad, pues. Una buena dosis de humildad.

La deplorable calidad de la escucha que se detecta en las instituciones educativas es el resultado de una pedagogía que ha hecho de la espontaneidad un mito, que ha aplaudido la expresión libre y franca del es-

tudiante y que, en vez de entrenarle para la práctica de la escucha, le ha legitimado para hablar y decir lo suyo *cuando* quiera, *a quién* quiera y *como* quiera.

Es evidente que no todos los seres humanos están dotados de las mismas condiciones innatas para ejercer esta práctica, como no todos estamos igualmente dotados para el canto, el arte terapéutico o la poesía, pero en todo ser humano hay un potencial o una capacidad de aprender que no puede subestimarse de entrada.

Es obvio que no podemos escuchar a todo el mundo. Nuestra existencia es corta y el entramado de relaciones que establecemos a lo largo de nuestro trayecto vital es limitado. Aunque pueda ser rico, es limitado. No podemos hablar con todo el mundo ni podemos escuchar a todo el mundo. Así pues, hay que aprender a discernir quién merece ser escuchado, dónde debemos prestar oídos, dónde hay que ser diligente, porque la escucha no es un acto inmóvil en el tiempo, sino que es limitada, y, además, ignoramos si en algún momento perderemos las facultades que ahora tenemos.

Supongamos que tuviéramos que escoger a unos cuantos interlocutores, entre miles de ellos; que, a lo largo de nuestras vidas, tuviéramos que escoger una pequeña muestra de la humanidad. ¿Qué criterios utilizaríamos para distinguir a los mejores? ¿Cómo seleccionaríamos a nuestros potenciales interlocutores? ¿Cuánto tiempo tendríamos que dedicar a cada persona? ¿A quién deberíamos escuchar? ¿A Sócrates? ¿A Jesús? ¿A Confucio? ¿A Buda?

¿Por qué estamos dispuestos a escuchar a determinadas personas y, en cambio, no damos esta posibilidad a otras? ¿Cómo juzgamos la calidad de nuestros potenciales interlocutores? Tenemos que reconocer que,

en la vida cotidiana, nos regimos por la pura intuición o por los prejuicios que nos encaminan hacia determinadas personas y nos alejan de otras.

No disponemos de tiempo material ni de posibilidades espaciales para ejercer la escucha universal. Nos vemos obligados a seleccionar, jerarquizar y distinguir. En la vida diaria, ésta es una práctica muy habitual entre personas que están muy solicitadas. Filtran las llamadas, retrasan visitas para más adelante, envían representantes a resolver problemas, acortan las citas que no les interesan, seleccionan los potenciales comensales con quienes compartir una comida y las reuniones a las que es necesario acudir o de las que se puede prescindir. Escogen los conferenciantes que desean escuchar y seleccionan aquellos con los que quieren compartir sus ratos de ocio.

Muchas veces, esta selección obedece a una única ley: la ley de la rentabilidad. Según esta ley, hay que escuchar a aquel que de un modo u otro nos será rentable, nos dará las claves para tener éxito en un negocio o en un proyecto personal. En este sentido, hay que escoger bien a las personas y descartar aquellas que no nos aportan ningún incremento en la cuenta de resultados personal. Esta ley es una ley claramente excluyente, reduce significativamente el mundo y empobrece a la persona que la sigue. Cuando se convierte en el único criterio para vivir, quien lo sufre acaba siendo incapaz de sorprenderse, de captar la novedad del otro, de salir de su espiral de causa y efecto. Es una ley que, en último término, nos vuelve sordos a la inmensa humanidad.

La pregunta es sencilla: ¿Quién merece ser escuchado? ¿Cómo podemos saberlo antes de que hable? ¿Qué criterios nos ayudarán a discernir quién merece ser escuchado?

Es evidente que no podemos crecer sin escuchar, sin abrirnos hacia los demás, sin practicar la recepción. También es verdad que no toda apertura significa una mayor riqueza para el ser humano. Dicho esto, consideramos que hay una serie de figuras humanas que podemos repudiar. Están presentes en nuestra vida cotidiana, pero no les prestamos atención porque consideramos que hay interlocutores más relevantes. Les relegamos a un segundo plano. Estamos hablando de los niños, los ancianos, los enfermos, los amigos y los sabios.

LOS NIÑOS: LA INOCENCIA

Tenemos que aprender a escuchar a los niños. Escucharlos no quiere decir obedecerles ni, menos aún, responder afirmativamente a todos sus deseos. Debemos aprender a escucharles, para que ellos aprendan también a escuchar a los adultos. Sólo si les escuchamos, podremos entender qué les sucede. Es completamente imposible llevar a cabo una buena pedagogía sin practicar adecuadamente la escucha. Asimismo, es completamente inviable practicar una buena pedagogía de la palabra, si quien se dispone a enseñar a hablar no domina el lenguaje verbal. Al hablar, enseñamos a hablar. Al escuchar, enseñamos a escuchar.

El encuentro intergeneracional alcanza la óptima calidad cuando las generaciones implicadas se prestan mutuamente atención. Los padres decimos que los niños no nos escuchan, pero, ¿les escuchamos nosotros? Sólo si son escuchados se sienten amados y sólo si son escuchados podemos planear una educación correcta. No tendremos autoridad moral para exigirles que nos escuchen, si nosotros somos incapaces de escucharles.

Escuchar a los niños es un imperativo, pero también lo es aleccionarles y corregirles cuando haga falta. Sólo podremos captar sus miedos, complejos, inseguridades y recelos si les escuchamos atentamente. Una lección sin escucha previa va a caer en un saco roto. Un correctivo sin escucha previa será ineficaz. La escucha no puede ser pasiva, ni permanecer en ese

terreno, porque la pasividad conduce irremisiblemente al caos. La escucha de los niños debe ir orientada hacia el reajuste, a la edificación sólida de su espíritu. Esta práctica cansa; mucho más, cuando los errores se repiten una y otra vez, pero únicamente así aprenderá el niño a hablar correctamente.

Hay que escuchar a los niños para saber en qué universo viven, para averiguar qué instrumentos lingüísticos dominan, qué deseos, expectativas y pensamientos albergan; pero, también, para descubrir las debilidades de su expresión. Si les escuchamos atentamente, veremos que hablan otro lenguaje, que se comunican de un modo distinto al de los adultos.

Sólo si observamos esa diferencia de modos, entenderemos las claves del problema educativo. Nos hallamos ante una generación que desconoce las reglas elementales de la sintaxis y de la gramática, que tiene enormes dificultades para expresar correctamente sus sentimientos, recuerdos y deseos. Esta crisis de lenguaje representa una crisis de la identidad personal.

No somos partidarios del culto al niño que se ha extendido por nuestras sociedades. Creemos que es un mal modo de educar, porque la reverencia hacia el niño acaba convirtiéndole en un pequeño déspota, en un ser intratable. Pero tampoco sentimos nostalgia de aquel tipo de pedagogías de la disciplina, donde el niño era esencialmente un sujeto bajo sospecha, que debía limitarse a conjugar dos verbos: *callar* y *obedecer*.

Creemos que la contrariedad educa y que la difícil y desagradable tarea de fijar límites es, en último término, positiva, porque hace entender qué significa vivir en sociedad y respetar los derechos y las necesidades de los demás.

Estamos sufriendo las terroríficas consecuencias de una educación basada en la espontaneidad y en la

visión rousseauniana del niño. Estas pautas educativas han puesto en crisis los sistemas de transmisión, de disciplina y de reconocimiento de la autoridad.

En contra de esa tendencia, reaparece con fuerza el retorno a una pedagogía disciplinaria que, caso de que termine articulándose, representará una seria vuelta atrás en las prácticas educativas habituales.

Hay que escuchar a los niños, porque en ellos subsiste una dosis inmaculada de inocencia. Dicen lo que piensan, expresan espontáneamente lo que tienen en el buche, hacen aflorar las contradicciones que padecemos los adultos. A veces, son incómodos, nos hacen sonrojar, rompen tabúes y, en nuestro fuero interior, pensamos que sería mejor que se callasen.

Pero, precisamente por eso, hay que escucharles: son apóstoles de la inocencia. En un mundo presidido por pactos estratégicos e intereses explícitos e implícitos, por una práctica hegemonía de la cultura de la hipocresía y del halago, escuchar la voz de un niño es una bocanada de aire fresco, un retorno a las fuentes fundamentales de nuestra existencia.

No obstante, no queremos caer en un discurso romántico sobre la infancia. Sólo quienes no tienen niños en casa pueden articular un discurso de esa naturaleza. No seamos unilaterales. No sucumbamos a una mitificación de la infancia. Quienes tratan con niños cada día, maestros y padres, no son partidarios de los discursos grandilocuentes sobre las virtudes de la infancia.

Hay que escucharles por otros motivos. Cierto es que les falta experiencia, conocimientos, formación y, sobre todo, la perspectiva que dan los años. Es verdad que sus formulaciones y preguntas son muy frecuentemente puras reiteraciones de la vida adulta en formato diminuto, pero el niño atesora novedades

y rompe el hilo de lo que era previsible. El niño es innovación y, por eso, genera muy a menudo desconcierto entre los adultos.

Los niños representan simbólicamente la inocencia, la transparencia y la ingenuidad. Escucharles es escuchar la voz de la inocencia, es reencontrarnos con el niño que fuimos y que, definitivamente, ya no somos. La pregunta de un niño rompe nuestras cavilaciones, nos hace tomar conciencia de otro mundo, obligándonos a responder a preguntas impertinentes, aparentemente obvias, que muchas veces nos hacen enmudecer.

En *El vestido del emperador*, el cuento de Hans Christian Andersen, el niño es el único que dice la verdad. Toda la corte real niega un hecho escandaloso; a saber, que el rey anda desnudo por las calles. El monarca ha pagado un ojo de la cara por un vestido inexistente. Unos farsantes se aprovechan del temor del séquito a decir la verdad y a revelar el ridículo. Ninguno de los consejeros y asesores reales se atreve a contradecir al rey y hacerle ver que va desnudo. Sólo asienten y corroboran cuanto dice el monarca.

La corte no se atreve a revelarle la superchería. Todos pretenden que el rey va vestido. Viven y se nutren de la mentira institucionalizada. En el fondo, todos son corresponsables. Tienen parte interesada en la comedia. Pero, en medio de la muchedumbre, sobresale un niño, la única figura realmente liberada. El pequeño dice la verdad. Todos quedan atónitos. Nadie sabe cómo reaccionar. La verdad ha sido revelada y todo el castillo de mentiras se viene abajo.

El niño es un apóstol de la inocencia y siente una tendencia espontánea a decir lo que ve, tal como lo ve. Esta transparencia nos duele, porque nos hace ver que el mundo que hemos forjado podría ser de otro modo.

LOS ANCIANOS: LA EXPERIENCIA

Tenemos que aprender a escuchar a los ancianos. Les hemos excluido de la vida social. Les utilizamos para suplir nuestras carencias y resolver las demandas de la vida cotidiana, pero no estamos dispuestos a escucharles. Nos falta tiempo, paciencia y disponibilidad para hacerlo. Tenemos un prejuicio contra lo que puedan decir y esto nos parapeta en un mundo de iguales donde no se producen novedades ni se altera la endogamia.

«El mundo moderno —dice Emmanuel Levinas— ha olvidado las virtudes de la paciencia. La acción rápida y eficaz en la que todo se compromete de una vez ha empañado el oscuro resplandor de la capacidad de esperar y sufrir. Pero el despliegue glorioso de la energía es mortífero. Es necesario evocar estas virtudes de la paciencia, no para predicar la resignación frente al espíritu revolucionario, sino para hacer perceptible el lazo esencial que une al espíritu de la paciencia con la verdadera revolución.»[1]

Los ancianos representan la voz de la experiencia. Han vivido una larga vida y las han visto de todos los colores. Saben lo que nos espera, saben lo que dará de sí la vida. Han disfrutado y padecido la experiencia que nosotros hemos iniciado después y en la que nos falta la perspectiva que sólo dan los años.

1. E. Levinas, *Difícil libertad*, Caparrós Ed., Madrid, 2004.

El sabelotodo prepotente cree que nadie le puede dar lecciones, porque nadie más ha vivido su propia experiencia. Cree que es único, que vive situaciones únicas, que todo en su vida es nuevo. Ignora que otros han pasado por experiencias afines, por los mismos problemas y contrariedades. Ignora que la rueda de la vida gira una y otra vez y que el teatro y la obra son los mismos, aunque los actores sobre el escenario sean distintos.

Por factores simplemente naturales, un anciano está más cerca del final de su vida que un niño, un joven o un adulto. Sabemos que la muerte puede irrumpir en cualquier momento en el escenario de la vida y llevarse a la tumba a cualquier actor, pero el anciano es más consciente que ningún otro intérprete de que se acerca al momento del adiós. Ha pasado largas horas sobre el escenario del mundo y vivido experiencias que los jóvenes aún desconocen. En parte, sabe qué les va a acontecer a éstos y eso confiere profundidad y valor a sus palabras. Hay que escucharle. Hay que tomar notas de quien se ha estado paseando más tiempo por el gran teatro del mundo, pues sabe lo que da de sí una vida.

En el límite de la vida, las palabras que se pronuncian raramente son palabras vanas. Deberíamos prestar atención a la experiencia que los ancianos tienen de su cuerpo y de su alma, porque, en mayor o menor grado, anticipan lo que deberemos vivir si llegamos a la última etapa. Una etapa que representa también el momento de hacer balance, de valorar lo positivo y negativo, de captar lo que es verdaderamente esencial y comunicarlo a los demás.

Estas palabras sobre lo que es esencial y lo que no lo es pueden pasar desapercibidas para quienes, obsesivamente, están buscándolo. Los ancianos tienen la posibilidad de apartarse del activismo de la vida madura y representar el papel contemplativo del espectador que, en cierto modo, ya está de vuelta. Y esta capacidad contemplativa nos debe estimular a quienes nos hallamos intensamente sumergidos en la confusión y cuitas de la vida activa.

Así pues, bienvenidas sean las palabras de los ancianos. A veces son confusas y otras veces fluyen con mucha lentitud. Pero hay que prestarles atención. No permitamos que la forma sea un escollo. No juzguemos al otro por sus apariencias. Vayamos al corazón de las palabras, dejando que su sustancia nos transforme.

27

LOS ENFERMOS: LA SERIEDAD

Hay que escuchar a los enfermos. Representan la seriedad, la indigencia, la precariedad de nuestro cuerpo, la incertidumbre de nuestro futuro, la insoportable levedad de nuestro ser.

Hay que escuchar a los enfermos porque son la más enfática manifestación de nuestra pobreza ontológica. Revelan a las claras que no somos autosuficientes; ni ellos ni, naturalmente, nosotros. Podemos creer que lo somos, como también lo podían creer ellos antes de caer enfermos, pero cuando irrumpe el sufrimiento, el mito de la autosuficiencia cae roto en mil cachos.

Los enfermos ven el mundo con otros ojos, perciben el tiempo de otro modo, captan la realidad con un sexto sentido que sólo se activa al cruzar situaciones fronterizas. Precisamente por este motivo, hay que escucharles, porque nos presentan la otra cara de la realidad, una no menos auténtica que aquella que estamos acostumbrados a contemplar.

La presencia de un enfermo es inquietante. Nos obliga a pensar en cómo vivimos, nos exige considerar el modo con que dotamos de sentido nuestras actividades, qué vale la pena hacer y adónde vale la pena dirigirse. El enfermo es la encarnación del límite y, al escucharle, reconocemos implícitamente nuestros linderos.

Escuchar a los enfermos nos inspira respeto e incluso temor. También nos angustia verles, acercarnos

y tocar sus cuerpos lacerados y doloridos. Sentimos una instintiva repugnancia ante ellos, una reacción negativa hacia todo aquello que trasluce fragilidad e incertidumbre. El enfermo vive un episodio biográfico que el hombre sano desconoce aún. Está escribiendo un capítulo de la vida amargo e indeseado, pero que forma parte íntegra de la misma vida. Es depositario de una experiencia que no podemos ignorar. Aun así, preferimos ignorarla, vivir del mito de que todo está bajo control y que «esto no me puede pasar a mí».

No obstante, la posibilidad de enfermar no es extraña a un ser frágil y vulnerable como el hombre. Es una de las probabilidades más ciertas. Es por eso que hay que escucharles y aprender de su serenidad, paciencia y fortaleza de espíritu. Escuchar a un enfermo grave que ha asumido su enfermedad y que es capaz de sonreír y mirar al futuro, nos hace sentir tristemente pequeños comparados con él, porque su serenidad nos colapsa y nos hace tomar conciencia de cómo magnificamos determinadas futilezas de nuestro quehacer diario.

Aun así, no queremos escuchar a los enfermos. Los separamos de nuestro mundo. Los marginamos a los ámbitos hospitalarios, con la excusa de que allí serán bien atendidos. Delegamos nuestros cuidados en los profesionales, con la excusa de que ellos están mejor preparados que nosotros (lo que es probablemente cierto). Ocultamos su vista a los niños y hasta a los adolescentes. Les visitamos a regañadientes, casi por compasión, haciendo un hueco en la apretada agenda, y cuando estamos en su presencia no somos capaces de mirarles a los ojos ni sabemos qué decir. Tenemos miedo a vernos reflejados, de oler el auténtico aroma de la vida; nos deprime descender del séptimo cielo y poner los pies en el suelo.

Es por eso que escondemos a los enfermos detrás de cortinas. No podemos soportar ver sus cuerpos doloridos, quebrados, traspasados por el dolor. Evitamos su contacto tanto como podemos. Sin embargo, su llamada nos interpela y, al escucharles, aprehendemos el valor de la seriedad. Tomamos conciencia de que vivir no es un juego ni un pasatiempo; no es una comedia estúpida, sino un drama en el sentido más noble del término.

Los enfermos tienen la autoridad moral para hablar del lado oscuro de la vida, de lo frágil de nuestra condición, de la impotencia ante el mal, el sufrimiento, la soledad, el aislamiento. Son sabios. Representan la seriedad y nunca será suficiente el tiempo que destinemos a comprender sus palabras. Sólo si les escuchamos, entenderemos realmente quiénes somos y de qué estamos hechos, entenderemos que la enfermedad no es una extraña intrusa que afecta a algunos, sino una expresión de la vulnerabilidad humana, a la que todos estamos expuestos.

Hay circunstancias en las que la única actitud digna es la seriedad. La seriedad es una exigencia ética, ligada a la responsabilidad, la constancia y el compromiso sin engaño ni avaricia. Algo que los padres saben bien. Tras el nacimiento de nuestro primer hijo, nos volvemos más serios. Eso no nos impide reírnos, si hace falta, de nuestra seriedad. Como dice el filósofo francés Vladimir Jankélevitch, no se trata de ser sublime; basta con ser serio y fiel.

Los enfermos nos muestran la seriedad. Esta virtud se refiere a la actitud que hay que tener ante quien merece atención. La actitud seria es contraria a la broma. Es su polo opuesto. Es serio aquello que no puede ser objeto de broma, ni de chanza fuera de tono. Lo serio señala, en último término, los límites que separan el humor de la frivolidad.

28

LOS AMIGOS: LA TRANSPARENCIA

La amistad es un lazo invisible, un pacto secreto de confianza, una relación de mutua benevolencia que se muestra en la fidelidad ante las contrariedades de la vida. A simple vista, no resulta fácil discernir la auténtica amistad del simple compañerismo o de la cordialidad. Hace falta haberse encontrado en circunstancias distintas para poder detectar las maneras de reaccionar ante la adversidad. Mientras todo va bien, mientras el lazo no se pone a prueba, no es posible evaluar la profundidad de una amistad.

La amistad es un pacto no escrito, un lazo de confianza que permite el ejercicio de confidencias, la liberación de los secretos del corazón, de los deseos profundos de nuestro ser. Sin embargo, la amistad no significa la total transparencia ni la fusión de cuerpos. Es caminar juntos, pero sin dirigirse al mismo sitio. Es saber que puedes contar con el otro, siempre y en cualquier circunstancia. Es la verdadera salvación de la soledad, porque, incluso cuando la soledad irrumpe en el alma, el amigo está *virtualmente* presente en la memoria.

No puede ser descrita con la categoría de contrato, porque, de hecho, la amistad se mueve en el terreno prejurídico o metajurídico, pero sí que incluye la noción de compromiso, ya que los amigos se comprometen a ayudarse mutuamente, a apoyarse en las horas difíciles. En este sentido, es un vínculo de afecto, una

transferencia en ambos sentidos de emociones y de sentimientos, del «yo» hacia el «tú» y viceversa; pero también es una correlación de deberes y a la vez una virtud, al ser un hábito que perfecciona a las personas que lo cultivan.

La amistad no es la concordia, ni la confusión de personalidades en un todo híbrido. No es la supresión de la dualidad «yo-tú». En la amistad, el «yo» subsiste como tal y el «tú» no se disuelve en el «yo», ni se convierte en súbdito del «yo». «Yo» y «tú» mantienen sus singularidades irreductibles en el marco de una comunidad de afectos que, precisamente, vela por la salvaguardia de la personalidad de cada uno.

Ser amigo de alguien es apostar por su plena personalidad, es hacerlo crecer en todas sus dimensiones. Nada más lejos de la amistad que la dependencia, la coacción, el adoctrinamiento o la sumisión física o intelectual. En la amistad, el «yo» y el «tú» se respetan, se acercan sin hacerse daño, se distancian sin olvidarse. Es una comunidad de vida y de amor benevolente que puede llegar, si así hace falta, a lindar con el sacrificio y la abnegación personal en aras del otro.

El amigo, en sentido estricto, no es el otro cercano. Puede vivir muy lejos. No es la geografía lo que mantiene viva la amistad. Tampoco es el prójimo. Es el «tú» confidencial, el «tú» concreto y singular que destaca en el conjunto del racimo humano como alguien a quien puedo abrir mi corazón. No es un conocido ni un saludado. No nos separa de él la costra de las conveniencias ni de las normas de la cortesía social. Es alguien que deja que le conozcamos por dentro y que desea también conocernos por dentro. No se contenta con el conocimiento periférico, con la mirada desde el exterior. Quiere penetrar dentro de la casa y visitar sus cuartos.

La amistad se construye con el paso del tiempo. Tiene una historia: un nacimiento, un desarrollo y un desenlace final. En la amistad más sólida, este último coincide con la muerte de uno de los dos amigos. Después de morir, ya no se puede cultivar más la amistad, pero periódicamente se evoca la memoria del amigo, porque forma parte de la propia identidad y el «yo» ya no puede entenderse a sí mismo sin el amigo que adquiere forma en su alma y que en determinadas circunstancias aflora. El auténtico amigo no se olvida jamás. Hacerlo, supondría olvidar una parte fundamental de nuestro ser.

El vínculo de amistad es una fidelidad creadora que va adquiriendo formas y modalidades diferentes según las circunstancias y el vaivén de la vida, pero que permanece idéntica a sí misma por lo que hace a la sustancia última. La vida es fluidez y las relaciones que se tejen a lo largo de ella no son inmunes a las mutaciones de la existencia, pero la amistad sólida muta y se aclimata a las nuevas circunstancias. Las apariencias cambian, pero el fondo permanece inalterable. El tiempo es, en cualquier caso, el gran criterio que permite discernir la calidad de nuestros lazos y la solidez de los afectos que nos tenemos unos a otros.

Hay que escuchar a los amigos. Nos hablan al oído, nos conocen por dentro. Saben de nosotros más de lo que nos imaginamos. Nos dicen lo que realmente es bueno para nosotros. No les gusta halagar, ni nos complacen con un par de mentiras piadosas. No siempre queremos escucharles. A veces, preferiremos permanecer indefinidamente encerrados en nuestro propio castillo interior y hacer caso omiso de lo que saben. Si el amigo quiere hacerse un lugar en nuestro ser pero no le abrimos la puerta, no podrá establecer una conexión profunda por mucho que lo intente.

Como todo lazo auténticamente humano, la amistad es libre, como lo es el grado de permeabilidad.

Hay que escuchar a los amigos. Representan la transparencia. Es posible que sus palabras nos hieran, porque no viven del tópico ni se quedan en el plano de la taumaturgia social. Demasiada transparencia puede llegar a dolernos, y puede muy bien ser una gran causa de ruptura. Hay que conocer los límites del otro, para no transgredirlos. Raramente se produce una simetría de confianzas, porque cada persona es única. En esa asimetría es donde hay que construir la perfecta amistad. No hay nunca una reciprocidad total e idéntica; por eso, la amistad sólo es posible si se da una buena dosis de generosidad entre ambos amigos.

LOS SABIOS: LA FELICIDAD

El último término de la sabiduría es la felicidad. Todos la buscamos, pero nadie sabe el camino que nos lleva a ella. La intuimos y buscamos a tientas, como aquel que camina en un cuarto oscuro. Hay que escuchar a los sabios; conocen el itinerario que lleva a la felicidad. Ellos nos han dejado pistas en sus obras. Hay que saber escuchar sus voces y dejar que resuenen bien alto en nuestro interior.

Aristóteles, por ejemplo, concibe la felicidad como un buen ánimo (*eudaimonia*, en griego) y la relaciona directamente con la sabiduría y con la contemplación. Según el Estagirita, el hombre sabio es el que conoce el arte de vivir y vive conforme al bien. La realización del bien le llena de ese buen ánimo que llama felicidad. Por esto, el autor de la *Metafísica* relaciona estrechamente la virtud con la felicidad. El hombre virtuoso, que vive conforme al bien y busca el bien de los demás, que tiene buenos hábitos y una excelencia de carácter, tiene un buen ánimo; conoce la felicidad.

Según el esquema teleológico de Aristóteles, todo ser tiende por naturaleza hacia un fin, y este fin es el bien. El hombre feliz es el que alcanza el fin, entendiendo el bien como fin. La realización de los fines nos llena de felicidad, aunque no todos los fines nos hagan igualmente felices; por eso, antes de emprender la acción, hay que contemplar su fin y valorar su rec-

titud. Aristóteles relaciona directamente la felicidad con el acto contemplativo. La contemplación de la belleza, la bondad, la verdad y la unidad, colman de gozo al espíritu humano, generando un agradable estado de ánimo que denomina felicidad. Según el Estagirita, la mayor experiencia de felicidad que puede alcanzar el ser humano no se produce a través de la *praxis*, sino mediante el acto contemplativo.

Dentro del abanico de escuelas filosóficas griegas, el epicureismo representa un papel clave en la configuración del concepto de felicidad. Epicúreo relaciona directamente el buen ánimo o *eudaimonia* con el placer, ya sea de orden físico o espiritual. El ser humano, en tanto que ser sensible, puede vivir experiencias agradables a los sentidos, pero también sensaciones desagradables. El hombre feliz es el que vive el máximo número de experiencias placenteras, mientras que el hombre desgraciado es el que sufre dolor. Epicúreo no entiende el placer en un sentido únicamente sensible, es decir, el que se refiere al tacto, la vista, el olfato o el gusto, sino también en un sentido espiritual, como el placer estético, la lectura o la música.

También la escuela estoica convirtió a la felicidad en un objeto prioritario de su reflexión. Reunidos en la puerta de la ciudad, la *stoa*, los filósofos estoicos consideraron que la felicidad era una meta difícil de alcanzar, que únicamente aquel que se entrenaba física y mentalmente, viviendo al margen de las impresiones de los demás, podía llegar a alcanzar un estado de tranquilidad espiritual o de *ataraxia* que identificaban con la felicidad. Desde este punto de vista, la felicidad es el resultado de un largo itinerario ascético, de una exigencia práctica de dominio de la voluntad y del deseo, y sólo el sabio que alcanzaba lo que los filósofos romanos denominarían la *indifferentia mundi* conseguía

vislumbrarla. Ese concepto influyó notablemente en la elaboración intelectual cristiana de la idea de la felicidad, aunque fue sensiblemente transformada por los Padres de la Iglesia griegos y latinos.

En el ámbito de la filosofía cristiana, la felicidad se relaciona directamente con el deseo y la búsqueda de Dios. Tal como hace ver san Agustín en las *Confesiones*, el ser humano es un corazón inquieto y nada que no sea la comunión con Dios puede apaciguarlo (*inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te*). La felicidad, pues, está relacionada con el encuentro con Dios, con la relación dialogante y amorosa con el Creador. Únicamente entonces, el inquieto corazón humano encuentra la paz y la serenidad anhelada.

Santo Tomás de Aquino en la *Summa contra los gentiles* lo expresa con otro lenguaje. Allí muestra que nada puede saciar el deseo de felicidad que late en el corazón humano y que todo lo que existe en el ámbito de lo creado es relativo, pasajero y efímero. En el fondo, santo Tomás viene a decir que ni el poder, ni la fama, ni el saber, ni la riqueza, pueden acabar de satisfacer ese deseo de verticalidad que experimenta el ser humano en el interior de sí mismo, porque es un deseo que, en cierta manera, no puede hallar ninguna plenitud en el plano horizontal.

Así pues, este deseo es un destello de eternidad en un cuerpo finito, y sólo puede encontrar su plenitud en lo que es eterno. Por lo tanto, la felicidad a la que aspira el ser humano, en este mundo terrenal, es siempre frágil y perecedera, y sólo se convierte en plena en la vida eterna, en la contemplación transparente del Creador. Es la plena beatitud medieval. Según la alta especulación teológica del siglo XIII, la contemplación amorosa de Dios es el punto de llegada de la búsqueda de la felicidad humana.

En el contexto de la modernidad filosófica, proliferan los discursos sobre la felicidad humana. Por un lado, se recuperan las tesis epicúreas y estoicas, y, por el otro, se transforma el legado cristiano. Immanuel Kant, por ejemplo, influenciado claramente por el estoicismo, entiende que la felicidad no puede radicar en el placer, sino en el cumplimiento del deber y que tan sólo el hombre que vive conforme con el imperativo categórico y obedece la ley santa (*die heilige Gesetz*) que habla dentro de su corazón, puede aspirar, consiguientemente, a una cierta felicidad.

Según la tesis kantiana, la ética no debe tener como móvil la felicidad, sino el cumplimiento del deber. Friedrich Nietzsche, en cambio, entiende que la felicidad es el estado de plenitud que alcanza el hombre cuando adopta la figura del niño. En la tercera metamorfosis del espíritu que describe el pensador germánico en *Así habló Zaratustra*, el camello se transforma finalmente en niño, y el niño, imagen metafórica del superhombre (*Übermensch*) vive intensamente el presente, más allá de las convenciones sociales, del bien y del mal, en plena sintonía con la naturaleza, sin vivir sofocado por el pasado, ni preocupado por el futuro. Es el hombre quien pronuncia un sí eterno a la vida y se funde alegremente en la danza cósmica del eterno retorno de todas las cosas.

Hete aquí una pequeña muestra de la sabiduría. La riqueza atesorada a lo largo de los siglos no puede permanecer desconocida. Los sabios han escrito ampliamente sobre lo que nos preocupa fundamentalmente. Escuchémosles, abramos el oído del espíritu a sus palabras y seamos receptivos a sus enseñanzas.

VI PARTE

Escuchar y amar

30

UNA FORMA DE AMAR

Escuchar es una forma de amar. Es un modo de expresar al otro que lo que dice tiene valor, que lo que comunica no cae en el vacío, que tiene interés. Al reconocer esto, el otro se siente aceptado y valorado como persona.

El verbo *amar* se utiliza de muchas maneras y a propósito de relaciones de muy diversas facturas. Puede, incluso, llegar a tener un sentido equívoco, pero en todas las formas se encuadra necesariamente la práctica de la escucha. Escuchar es una forma de amar, tanto cuando esta estima se refiere al plano de la relación de pareja, como, pongamos por ejemplo, al plano de la relación entre padres e hijos. Quien ama está, en último término, dispuesto a escuchar a su pareja, a sus hijos, a sus amigos y a sus conciudadanos.

Amar es un sentimiento, pero también es una empresa que incluye acción y pasividad. Amar es desvivirse por el otro, actuar a su favor, comprometerse activamente a ayudarle, a hacerle crecer, a potenciarle en todos los sentidos. Amar es cultivar el bien del otro; pero el verbo *amar* incluye también otro significado: la pasividad.

Escuchar no es una acción físicamente relevante. Consiste en estar quieto y ser receptivo al otro. No puede identificarse con el mero *hacer cosas* a favor del otro. No consiste solamente en pronunciar palabras, en actuar pensando en el otro. También consiste en

dejar de hacer, dejar de hablar, permitir que el otro pueda manifestarse. Consiste en ceder espacio al otro, concederle un tiempo para que se exprese, en no interrumpir sus expresiones. Este elemento de abnegación, de renuncia a la propia expansión, es esencial para el ejercicio de amar.

La indiferencia hacia lo que expresa, manifiesta o dice el otro, es todo lo contrario al acto de amar: indica desamor, desconfianza, despecho hacia la persona del otro. Quien ama no puede ser indiferente a la suerte o desdicha del otro. Por eso, contrariamente a todo lo que muy frecuentemente se escribe sobre el amor, el acto de amar incluye necesariamente el sufrimiento. Es imposible amar sin sufrir por el otro, por su destino, por su presente y futuro.

A través de la experiencia podemos llegar a dominar emocionalmente la prueba del sufrimiento. Podemos llegar a conocer los mecanismos y las fórmulas para paliarlo, pero el sufrimiento es intrínseco al acto de amar. Un amor que no quiera beber del amargo cáliz del sufrimiento no es, en sentido estricto, amor. Es una caricatura del *eros* que, bajo la apariencia de amor, busca la seguridad personal.

Escuchar es una forma de amar, pero debe constatarse que existen obstáculos físicos o fisiológicos en esta práctica: el cansancio corporal, el clima, el ambiente y ecología de la comunicación, las distracciones físicas.

Además, hay interferencias en el plano de la interioridad: pensamientos, recuerdos, expectativas y fantasías que pueden también bloquear el acto de la escucha. Hay emociones que cuando son vividas intensamente nos impiden escuchar a los demás. Una mala noticia puede llegar a colapsarnos y hacernos incapaces de escuchar lo que se nos está diciendo. Hay que elaborar

correctamente la manifestación de esta emoción, para disponerse a escuchar posteriormente. Para alcanzar esta meta hay que, previamente, ser consciente de esta dificultad.

Vivimos dentro de una nebulosa de pensamientos que frecuentemente nos aíslan de los demás y nos sitúan en un mundo alejado de nuestro contexto vital. Vivimos, muchas veces, en un estado de disociación entre mente y cuerpo. Decimos que tenemos la cabeza en otro sitio. Estamos físicamente presentes en un espacio, pero nuestra mente se encuentra muy lejos; tan lejos que el otro acaba por estar en un lugar que ni siquiera nosotros sabemos dónde está.

Cuando el otro habla largamente, sin interrupciones, disponemos de un tiempo maravilloso para ir y venir, para pasear por nuestra mente, para perdernos entre pensamientos, recuerdos, sentimientos y expectativas. Difícilmente ponemos nuestra mente en blanco para escuchar lo que nos están diciendo. El hecho de que no tengamos que reaccionar, que responder, nos mantiene en un estado de quietud aparente, de escucha aparente, pero que se convierte, no obstante, en la gran ocasión para viajar mentalmente.

Escuchar es una forma de amar, pero escuchar correctamente exige una lucha contra las interferencias interiores y exteriores que obstaculizan el encuentro con el otro. Aprender el arte de amar significa también aprender el arte de escuchar. En toda escucha hay un latir del amor, reflejando la parte más noble que la persona atesora dentro de su corazón.

31

ESCUCHAR ES LIBERADOR

Escuchar es un acto liberador, tanto para el que escucha como para el que habla. Al hablar, liberamos hacia fuera lo que llevamos en nuestro interior, y en esta expulsión hay una descarga de tensión que, desde un punto de vista psicológico, es liberadora. En este sentido, hablar es expulsar hacia el exterior el abrumante peso del pensamiento. Esta expulsión nos aligera porque no podemos vivir permanentemente preocupados, dando vueltas obsesivamente a determinadas ideas.

El movimiento circular sobre el propio eje de rotación termina por asfixiar a la persona. Necesita salir de ello, encontrar otro eje o centro de gravedad. Si sólo diéramos vueltas sobre nosotros mismos, terminaríamos enloqueciendo, acabaríamos explotando. Necesitamos salir afuera, encontrar una grieta por la que filtrar lo que llevamos dentro. Esta descarga es purificadora, pero no puede herir al otro.

Hay que dejar que lo que llevamos dentro se vaya, pero velando para que ese «dejar partir» no sea perjudicial para nadie. Según cómo se libere el fajo interior, el respeto del otro puede quedar en entredicho. Hay que dejar salir al exterior aquello que nos preocupa, pero no podemos olvidar que quien nos escucha no es un cubo de la basura ni un depósito de neurosis. Tiene derecho a protegerse de determinadas liberaciones. Es por eso que hay que cuidar que esta liberación sea prudente, gradual y civilizada.

La imagen de la gestación y el parto es muy esclarecedora de esta idea. El pensamiento gestado lentamente dentro del alma de uno, debe romper aguas en un momento dado para salir al exterior y tener vida propia. Esta gestación es dolorosa como, de hecho, es pesado y penoso el nacimiento de una criatura. Pero una vez el nuevo ser ha visto la luz, una vez ha salido al exterior, la madre, tras empujar intensamente, experimenta una inmensa sensación de liberación. Quienes no hemos vivido esa experiencia no podemos hablar de ella en sentido propio, pero podemos imaginar el intenso descanso que se produce con posterioridad al parto.

Metafóricamente, la actividad de pensar sigue el mismo trayecto. La idea que nace en el alma es siempre el resultado de una fecundación intelectual, de una interacción con el otro, de un diálogo vivo que, como una simiente, va creciendo en nuestro interior, tanto en proporciones como en perspectivas, aumentando su volumen hasta que al final no cabe, porque el espacio es demasiado reducido, y pide abrirse camino hacia el exterior, empujando dolorosamente.

Al final, la idea explota, sale a la luz y sigue su propio curso, un curso que el engendrador ya no puede seguir y, menos todavía, controlar. El pensamiento vivo se abre camino y fecunda otras almas que, a su vez, experimentan el mismo proceso de gestación y de posterior parto.

El ejercicio de escuchar es liberador, tanto en sentido activo como en sentido pasivo. Se libera quien habla por las razones que ya hemos mencionado, pero también quien escucha. Puede parecer de entrada que quien escucha no se encamina hacia el proceso de liberación, sino, más bien, todo lo contrario. Parece que escuchar sea una pesada carga, una especie de peso que hay que soportar, como si llevásemos un fardo a hombros.

Pero escuchar también es liberador. Si escuchamos atentamente, sin simulaciones, primeramente nos liberamos de nuestras preocupaciones personales, de nuestros demonios cotidianos, aquellos que nos impiden dormir y descansar.

Al practicar el arte de escuchar, dejamos de escucharnos a nosotros mismos y a las inquietantes voces que murmuran en nuestro interior. Este hecho, por sí mismo, es liberador. La escucha también nos libera de nuestro pequeño provincianismo mesocrático, nos abre a un mundo nuevo, nos hace entrar en un territorio que desconocemos, rescatándonos de la ignorancia y la confusión que frecuentemente se interponen entre nuestro limitado mundo y el mundo real.

El otro nos obliga a viajar, a tomar un respiro y caminar tierra adentro. Entonces nos liberamos de los tabúes, de los preceptos, de los esquemas encorsetados de nuestra tierra y, al deshacernos de todo eso, regresamos transfigurados, renovados, con un nuevo ritmo. Somos lo que éramos, pero no somos exactamente los mismos.

32

EL DRAMA DE NO SER ESCUCHADO

Deseamos ser escuchados. Cuando ese deseo no llega a buen puerto, sentimos una inmensa tristeza. Esta tristeza constituye el drama de la soledad. El aislamiento no es la soledad, porque se puede estar aislado sin que necesariamente nos sintamos solos. La soledad es la incomunicación total, el abandono no deseado de los demás, la impotencia que brota de la falta de solidaridad.

La soledad es la experiencia de no ser escuchado, es la constatación de que nadie desea prestar sus oídos a lo que digo; es la ausencia de un «tú» amoroso, de una oreja cálida. Es el aterrizaje en un mundo sin alma, donde cada uno va a su aire, buscando su propia satisfacción. Es, al fin y al cabo, consecuencia del individualismo, de la incapacidad de tejer vínculos, de la búsqueda insolidaria del propio éxito. Esta soledad, consecuencia de una encarnizada lucha por el reconocimiento social, vivida de mala gana en el interior, transforma la existencia humana en un drama.

Uno de los personajes de la literatura que experimenta el drama de no ser escuchado es el profeta. Tanto en el *Antiguo Testamento* como en el *Nuevo Testamento*, el profeta o enviado de Dios no es escuchado por el pueblo; es, dice el libro, una voz que clama en el desierto. El pueblo no le escucha, no comprende sus palabras.

Friedrich Nietzsche lo expresa maravillosamente en *Así habló Zaratustra*. Cuando Zaratustra, el profeta del eterno retorno, tiene treinta años, deja su patria y el lago que en ella hay, para dirigirse a las montañas. En soledad, su espíritu halla solaz y permanece allí diez años. Cuando llega a la primera ciudad, en el lindero del bosque, se encuentra con un gran gentío que contempla en la plaza del mercado la actuación de un funambulista.

Para su primer discurso escoge predicar el superhombre, pero la gente no sólo no le entiende sino que se mofa de él. «Y toda la gente —escribe Nietzsche— se rió de Zaratustra.»[1]

El profeta de la muerte de Dios recobra su aliento y pronuncia un segundo discurso donde describe al hombre como una cuerda tensada entre la bestia y el superhombre. Experimenta la misma decepción.

«Cuando Zaratustra hubo pronunciado estas palabras, contempló de nuevo a la gente y calló. Velos aquí —se dijo para sus adentros—, velos cómo ríen; no me comprenden, no soy boca para estas orejas.

«¿Habrá que reventarles los oídos para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que atronar como tambores y predicadores de Cuaresma? ¿O será que sólo creen a quienes balbucean? Tienen alguna cosa de la que están orgullosos. ¿Qué nombre le dan a eso que les hace sentirse orgullosos? Le llaman 'cultura'; es lo que les distingue de los cabreros.»[2]

Finalmente, Zaratustra pronuncia un tercer discurso, que se titula *Sobre el último hombre*. Antes de acabar, es interrumpido por los gritos y el jolgorio de la multitud.

1. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
2. *Ibid. Op.cit.*

«Todo el pueblo exultaba y hacía correr la lengua. Pero Zaratustra se entristeció y dijo a su corazón: 'No nos comprenden; no soy boca para esas orejas.[3] Sí, he vivido demasiado tiempo en las montañas, demasiado tiempo he escuchado a los torrentes y a los árboles; ahora les hablo como a los pastores de cabras. Inconmovible es mi alma y luminosa como la montaña por la mañana. Pero opinan que soy frío, y un bufón que cuenta chistes terribles. Y ahora me miran y se ríen; y aun riéndose, me odian. Hay hielo en sus risotadas.'»[4]

De nuevo el hombre loco experimenta el mismo fracaso, cuando anuncia la muerte de Dios en el aforismo CXXV de *La gaya ciencia*. Tanto al principio como al final de su discurso es objeto del sarcasmo del pueblo reunido en la plaza.

«¿No habéis oído hablar de aquel hombre loco que a plena luz del día encendía una linterna, corría por el mercado y gritaba sin parar: '¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!' Como allí estaban reunidos muchos que no creían en Dios, esto originó muchas risas. '¿Se habrá perdido?', decía uno. '¿Se habrá extraviado como un niño?', decía otro. '¿O es que se ha escondido? ¿Tendrá miedo de nosotros? ¿Se ha marchado en un barco? ¿Ha emigrado?' Así gritaban y reían en medio del bullicio.»[5]

Tras presentar su discurso, el hombre loco calla y mira de nuevo a sus oyentes. También ellos callan y le miran estupefactos. «'He venido demasiado pronto', dijo entonces, aún no ha llegado mi tiempo. Ese acontecimiento enorme todavía está en camino, avanzando

3. Referencia explícita a Mt. 13, 15.
4. *Ibid. Op. cit.*
5. F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, Edimat, Arganda del Rey, 2004.

lentamente; aún no ha penetrado en los oídos humanos. El relámpago y el trueno necesitan tiempo, la luz de las estrellas necesita tiempo, los actos necesitan tiempo para ser vistos y sentidos, incluso después de haberlos llevado a cabo.»[6]

El profeta sufre, como una fatalidad histórica, la incomprensión, los estragos de la soledad más estricta, el drama de no ser escuchado. Anuncia un mensaje que no tiene recepción, porque el terreno no está preparado para que la semilla eche raíces. La moraleja de todo ello es muy clara: hay que estar atentos a los profetas que nos hablan, hay que ser receptivos a sus palabras y preparar el terreno espiritual para que su sabiduría pueda fructificar en nuestra alma.

6. *Ibid. Op. cit.*

APACIGUAR LA ENVIDIA

La práctica de la escucha estimula una de las emociones que más desgraciado hacen al hombre: la envidia. Al escuchar el relato del otro, podemos experimentar gozo, indignación, pena, alegría e incluso compasión; pero también se puede sentir una de las pasiones que más estragos provoca en la vida: la envidia.

La escucha del otro puede suscitar la envidia, y la envidia es uno de los escollos fundamentales en la búsqueda de la felicidad personal. Esto lo expresa nítidamente Arthur Schopenhauer en su maravilloso *El arte de ser feliz explicado en cincuenta reglas para la vida*. El filósofo de Danzig, citando al gran Séneca, dice en la regla número 2: «Evitar la envidia. *Numquam felix eris, dum te torquebit felicior* ('Nunca serás feliz si te atormenta que otro lo sea más que tú'), Séneca, *De ira*, III, 30, 3). ('Cuando piensas que te adelantan, ten en cuenta cuántos te siguen', Séneca, *Epistulae ad Lucilium*, 15, 10). [...] No hay nada más implacable y cruel que la *envidia* y, no obstante, nos esforzamos de un modo continuo y especial en suscitarla.»[1]

También Bertrand Russell, desde otra tradición filosófica, llega a la misma conclusión en *La conquista de la felicidad*. Según su punto de vista, una de las emociones que frustra el deseo de felicidad y que sitúa

1. A. Schopenhauer, *El arte de ser feliz explicado en cincuenta reglas para la vida*, Herder, Barcelona, 2000.

al hombre en un permanente estado de desgracia es la envidia. Dice el pensador inglés que la envidia es la más desafortunada de todas las peculiaridades de la naturaleza humana. La persona envidiosa no sólo causa daño y lo causa siempre que puede hacerlo con impunidad, sino que ella misma es desgraciada por culpa de la envidia. En lugar de disfrutar con lo que tiene, sufre por lo que tienen los demás. Si puede, priva a los demás de todos sus beneficios, cosa que considera tan deseable como procurárselos para ella misma.

Al oír el relato del otro, al escuchar sus palabras, podemos, por afán comparador, cotejarlo con nuestra situación. Si creemos que en muchos terrenos es superior, como un torrente de energía negativa, puede surgir el vicio de la envidia. Afortunadamente, hay en la naturaleza humana una pasión compensadora: la admiración. Según Bertrand Russell, quien desee ser feliz, deberá aumentar la admiración y hacer disminuir la envidia.

Tal como dice santo Tomás cuando comenta a Aristóteles, la envidia es la tristeza por el bien del prójimo, considerado como mal propio o como algo contrario a la propia felicidad. Los bienes de las otras personas objeto de envidia suelen ser los que esperamos que nos proporcionarán honor, utilidad o placer. En sentido estricto, sólo podemos sentir envidia de las personas que son parecidas a nosotros: quienes forman parte de nuestra generación, aquellos cercanos en el espacio, el tiempo y la condición social.

Según santo Tomás, acostumbran a ser envidiosos los ambiciosos, puesto que desean que los demás no les superen; los pusilánimes, porque creen que los demás les superan y dominan con facilidad; los ancianos con respecto a los jóvenes, ya que éstos poseen

algunos bienes que ellos jamás han tenido o que ya han perdido.

En el artículo 182 del *Tratado de las pasiones del alma*, René Descartes define la envidia como un vicio que consiste en una perversidad de la naturaleza, que provoca que algunos se enfaden por el bien que acontece a otras personas. En tanto que pasión, la describe como una especie de tristeza mezclada con odio, que nace al ver disfrutar de bienes a quienes consideramos indignos de ellos. El bien ajeno más envidiado acostumbra a ser la gloria, porque la gloria ajena hace difícil nuestro propio auge.

La envidia es una emoción negativa que acaba destruyendo a la persona. Pero la envidia puede ser transformada en admiración. Cuando, al escuchar al otro, constatamos su superioridad en uno o muchos terrenos, podemos sentir envidia, pero también admiración. La envidia nos conduce a la negación de nosotros mismos y a un sentimiento de tristeza por ser como somos y por no ser como es el otro. En cambio, la admiración es una celebración. Es el respeto festivo, un elogio verdadero sin asomo de adulación.

34

EL ESCUCHAR Y EL APACIGUAMIENTO DEL ALMA

Existe una íntima relación entre la actividad de escuchar y el apaciguamiento del alma. Hay palabras que extenúan y palabras que salvan; también las hay que pacifican la interioridad, que calman los vientos que arrecian en ella, convirtiendo a la tempestad en un mar plácido e instaurando la bonanza del espíritu.

El apaciguamiento del alma no es nunca una casualidad. Es el resultado de un ejercicio interior y exterior de autodominio. Deseamos un mundo calmado, unas instituciones calmadas, donde sea posible desarrollar correctamente la tarea que tenemos encomendada. Nos complace la presencia de una persona sosegada con un rostro que transpire paz, y disfrutamos con su conversación. Pero nos damos cuenta de que, con excesiva frecuencia, las presiones internas y externas, las tensiones que aquejan al mundo, desequilibran este frágil y anhelado estado de ánimo.

La mejor manera de representar la calma es evocando la imagen del mar. En el mar se producen tempestades, pero también hay días de calma donde todo da la impresión de estar quieto, inmóvil, donde la superficie parece un espejo, llano y completamente inalterado. La calma no es un estado de ánimo estático. Es inestable, y sólo se puede mantener si hay un equilibrio de fuerzas o de tensiones. La descompensación emocional o la vida mental dispersa alteran la calma; una vez alterada, no es fácil recuperarla de

nuevo si no se armonizan las fuerzas que batallan en nuestro interior.

La calma es la gran virtud estoica, virtud que se podría denominar serenidad, paz interior, tranquilidad del alma (*tranquillitas animae*, en latín); es, en definitiva, el espíritu en reposo que se enfrenta a los retos de la vida, con serenidad y bonhomía. Este estado de ánimo tan buscado es loado y descrito minuciosamente en las guías morales de los pensadores estoicos. Epicteto se refiere a ello, como lo hacen Séneca y Marco Aurelio. Y debemos tener en cuenta que esta virtud fue posteriormente recuperada y desarrollada en los tratados de ética cristiana. De hecho, la construcción de la ética cristiana parte de una serie de materiales previos que son su substrato, como el estoicismo o el platonismo.

Según Epicteto, hay que tener la suficiente lucidez para distinguir aquello que se puede cambiar de lo que no puede ser transformado. La calma en el alma es lo que nos permite asumir, con paz y serenidad, aquello que no podemos cambiar; el coraje (*fortitudo*, en latín) es la virtud que necesitamos para atrevernos a cambiar lo que sí podemos modificar. Así pues, serenidad ante aquello que es imponderable, pero valor para transformar la historia.

No podemos, por ejemplo, cambiar el día en que nacimos, ni podemos retroceder al pasado. No podemos evitar la muerte, ni tampoco podemos dejar de ser padres, una vez tomada esa opción. Ante aquello que no podemos cambiar, hace falta una actitud calmada, porque la rebelión sistemática sólo conduce a la amargura y a la tristeza del corazón. Es absurdo intentar cambiar aquello que no se puede alterar, pero es insensato no intentar cambiar lo que sí se puede hacer. Hay que reconocer, no obstante, que no siempre

es sencillo distinguir lo uno de lo otro y que, a veces, aquello que parece imponderable, no lo es; mientras que lo que aparentemente parece fácil de cambiar, resulta sólido como una roca.

En sentido estricto, la ética estoica presenta el modelo de una vida equilibrada, autónoma e indiferente a la opinión del mundo (*indifferentia mundi*, en latín), liberada de las presiones exógenas e instalada en una permanente calma. Qué duda cabe de que es arduo alcanzar este estado de equilibrio, pero sólo sabemos si realmente lo poseemos cuando nos enfrentamos a las contrariedades o adversidades que nos presenta la vida. Es entonces cuando podemos experimentar realmente la calma.

Cuando aquello que hemos planificado o calculado se desbarajusta, y, no obstante, nuestro estado de ánimo no se altera, ni cae en la ira o la cólera, podemos decir que tenemos la gran virtud de la calma. No es fácil mantener la calma en situaciones tensas o en contextos hostiles; menos aún, cuando sentimos la punzada del dolor o vemos que nuestros proyectos se hunden. Es en estos contextos cuando necesitamos más que nunca cultivar esa virtud, porque la rebelión pueril no conduce a ninguna parte.

La calma no debe verse como un relajamiento o pasividad ante el mundo. Estamos presionados a transformar el mundo, a mejorarlo, a curar las heridas y llagas que hay en él, pero para realizar correctamente esa labor nos hace falta la virtud de la calma. Con demasiada facilidad identificamos calma con apatía, falta de compromiso o desinterés. Nada más inexacto. Hay que trabajar, educar, comunicar, resistir, e incluso sacrificarse; pero con calma, con la serenidad de quien sabe que está cumpliendo con su deber, de quien sabe que es honesto consigo mismo.

VII PARTE

Los frutos de la escucha

La escucha da sus frutos. Es un proceso de difícil aprendizaje, pero, una vez hemos conseguido llevarlo a cabo, sus resultados son buenos y positivos.

El psicólogo humanista Carl Rogers expresa en primera persona los frutos que el ejercicio de la escucha ha aportado a su vida profesional: «El primer sentimiento que quiero compartir con ustedes —escribe— es que disfruto mucho cuando realmente puedo escuchar a alguien. Escuchar a alguien me pone en contacto con él, enriquece mi vida. A través de la escucha he aprendido todo lo que sé sobre las personas, la personalidad y las relaciones interpersonales.»

Y añade: «La segunda cosa que he aprendido y que me agradaría compartir con ustedes es que me complace ser escuchado. En incontables ocasiones durante mi vida, me he visto girando alrededor del mismo punto o desbordado por sentimientos de inutilidad o menosprecio. Creo que he sido más afortunado que muchos, al encontrar en esos momentos a personas que han sido capaces de auscultar mis sentimientos, de un modo más profundo que el modo en que yo los he percibido, escuchándome sin juzgarme.»[1]

La cuestión clave es, en efecto, la escucha sin enjuiciar. Es difícil encontrar personas que practiquen una

1. C. Rogers, *El camino del ser*, Kairós, Barcelona, 1987.

escucha de calidad, pero aún es más difícil encontrar las que practiquen la escucha sin hacer juicios de valor sobre las intenciones de quien habla. En general, la tarea de juzgar corre paralela a la actividad de escuchar y, a veces, incluso va por delante. Agradecemos infinitamente la escucha de calidad, pero más aún la escucha discreta y callada, la que no dicta sentencia. Ésta es la escucha que da fruto.

Los frutos de la escucha son la virtud de la claridad, el don del consejo, la docilidad, la amabilidad, la delicadeza y el conocimiento de uno mismo.

CLARIDAD

La claridad es el primer fruto de la escucha, en tanto que la confusión es la consecuencia del griterío. Sólo quien escucha se hace una idea clara de cómo es el otro, cuál es su estado de ánimo, cómo se encuentra. Sólo él es capaz de tomar la decisión más acertada.

Nunca debe confundirse la claridad con la simplicidad. La simplicidad es la reducción de los problemas a su esfera más superficial. Se mueve en el terreno del tópico y del estereotipo. A la simplicidad le repugna la pregunta incisiva que hace la inteligencia, la escucha de voces que rompen la conformidad. En general, los problemas no se resuelven con simplicidad, sino que exigen un análisis exhaustivo de todas las variables implicadas en ellos. Ser simple no es de ningún modo lo mismo que ser claro.

La claridad es el resultado de un gran esfuerzo, de un inmenso ejercicio de iluminación. En este viaje hacia la claridad hay que roer huesos duros, atravesar valles muy tenebrosos, experimentar los sentimientos de impotencia y de desesperación. La claridad jamás se da al principio.

La claridad se opone a la oscuridad. No podemos vivir en la negrura, como tampoco podemos vivir bajo una luz descarnada. Necesitamos la sombra, el claroscuro, la alternancia entre la potencia del sol y la protección de las nubes. La luz deslumbra, y por

eso la rehuimos. Hay niveles de iluminación que nos dañan los ojos, obligándonos a girar la vista hacia otro lado.

La simplicidad es generalmente el resultado apresurado de una visión, de un juicio rápido y, por ende, falto de complejidad. La claridad es un valor y, como tal, deseable por sí misma, mientras que la simplicidad es algo que hay que rechazar y superar, porque un espíritu simple raramente es capaz de comprender las ondulaciones de la vida y las metamorfosis que experimentamos las personas a lo largo de nuestro itinerario vital.

Hay una claridad que es fruto de la escucha, pero hay otra que es la consecuencia de no haber escuchado a nadie, de no haber profundizado en ninguna cuestión. Hay personas que se complacen en decir que ven muy claro un determinado asunto y que nadie les convencerá de que existan mejores soluciones que las que ellos proponen.

La claridad puede ser también un fruto del espíritu temeroso y corto de miras, de la endogamia y el provincianismo. La claridad es el resultado de una larga y compleja escucha que ha prestado atención a diferentes interlocutores, a propios y extraños, a quienes forman parte del mundo intelectual propio y a quienes viven muy alejados de él. Sólo tiene auténtica claridad quien ha escuchado mucho.

Esta claridad es el resultado de una prolongada transición de confusiones y de razonamientos interiores, y hay que reconocer que no siempre se alcanza ese anhelado puerto. A veces, la escucha largamente dispensada no conduce a la claridad, sino a una especie de barahúnda interior.

EL DON DEL CONSEJO

Aconsejar no es cosa fácil. Dejarse aconsejar, menos aún. Lo primero exige mucha prudencia, además de un toque de audacia. Aconsejar no consiste únicamente en exponer la gama de posibilidades que se le ofrecen al otro en una situación concreta. Consiste, más bien, en hacerle ver cuál es la más conveniente *para él*. Así pues, prudencia y audacia; sensatez y una pizca de riesgo.

La segunda tarea exige humildad, una constatación de la propia indigencia. Sólo la persona humilde se presta a ser aconsejada. Sólo aquel que se siente inseguro antes de tomar la decisión, estará dispuesto a escuchar para que le aconsejen. El orgulloso no se deja aconsejar. El temerario no puede aconsejar.

Aconsejar es un arte, pero también un don. Es el trabajo constante sobre un don recibido, una elaboración intelectual que arranca en un talento connatural. Quienes dominan este arte han destacado en el ejercicio de la escucha. Dar un buen consejo no es una tarea sencilla, porque presupone un buen conocimiento del otro, de sus expectativas y posibilidades.

Dar un buen consejo no significa proyectarse en el otro o hacerle saber lo que nosotros haríamos en su lugar. Se trata de ayudarle a esclarecer lo que es mejor *para él*, y no para nosotros en ese supuesto contexto. Cada persona es un mundo y la tarea de aconsejar

presupone el olvido de uno mismo y la identificación total con el mundo del otro.

La escucha es la condición de posibilidad de un buen consejo, como la humildad es esencial para dejarse aconsejar. Sólo tienen el don del consejo las personas que han practicado con calidad la escucha. La escucha es la condición necesaria para un buen ejercicio del consejo, pero no es una condición suficiente. Se requiere un don especial y, sobre todo, gozar de una sabiduría que sólo dan los años.

Escuchar a los demás, sus vicisitudes, historias y experiencias personales, es como entrar en sus vidas, es una forma de intrusismo consentido que faculta a la persona que lo practica con una perspectiva vital y un acopio de experiencia que le permiten dar buenos consejos acerca de algún asunto personal, cuando alguien se los solicita. Con todo, el consejero puede equivocarse. No siempre conoce todas las variables en juego y, además, están los factores imprevisibles que rompen todos los esquemas prefijados.

En determinadas encrucijadas de nuestra andadura vital, necesitamos palabras sensatas de alguien, que nos ayuden a meditar y ponderar lo que conviene hacer y las posibles consecuencias que nuestras decisiones tendrán en el futuro. No tenemos conocimiento del futuro y el otro puede hacernos ver posibilidades o futuros que no entran dentro del marco de nuestra imaginación. Hay que dejarse aconsejar por el otro, pero para escoger correctamente al consejero, es bueno dejarse guiar por el criterio de la escucha.

37

LA DOCILIDAD

La docilidad es una virtud discutida. Por un lado, se la considera cercana a la obediencia; por el otro, se la sitúa junto a la cobardía. No obstante, la docilidad es una de las pequeñas virtudes de la vida social y de la vida espiritual. Nos hace falta para vivir y crecer como personas y, aunque es objeto de muchas malas interpretaciones, la docilidad es tan vital como el aire que respiramos.

No es únicamente una virtud que tengan que practicar los niños con sus padres o los monjes con sus superiores, sino que es también un hábito que perfecciona a toda persona y es, por lo tanto, extensible a todos. Todos deberíamos desear la docilidad y tener un espíritu dócil, por más que eso no deba interpretarse de ningún modo como una apología de la pusilanimidad.

No obstante, da la impresión de que el que es dócil carece de personalidad y de carácter, que obedece fácilmente las consignas de los demás y que es incapaz de presentar resistencia. En nuestra cultura, la docilidad raramente es considerada como una virtud y en algunos contextos incluso es criticada como un contravalor. Ser dócil no es una buena tarjeta de visita y, sin embargo, toda relación interpersonal que aspire a tener éxito debe integrar en sí la docilidad. Esto es válido tanto para la relación paternofilial, como para la vida conyugal o amistosa. Todos tenemos que ser

dóciles en determinadas situaciones a fin de no romper los vínculos que con tanta dificultad hemos ido tejiendo a lo largo de nuestras vidas.

Según como se mire, parecería que la docilidad es amiga de la cobardía y que, por lo tanto, no se la puede considerar una virtud, sino más bien un defecto. Generalmente, la persona firme y obstinada, que se enfrenta a su entorno y encara los retos personales con coraje y valentía, es valorada socialmente. Pero la docilidad no es la contraposición del coraje, sino que, según cómo se mire, es la condición que lo posibilita.

Etimológicamente, la palabra *docilidad* proviene del verbo latino *doceo* y tiene la misma raíz que *docere*, *docui* o *doctum*. En sentido original, una persona es dócil cuando se deja enseñar, cuando se pone a disposición de otra persona para que ésta le enseñe aquello que no sabe. Es, por definición, la virtud de todo alumno, de todo aquel que quiera asumir para sí mismo la condición de discípulo. Es sabido que no nacemos enseñados, que aprendemos a vivir gracias a los demás y a sus palabras. Nos cuesta aprender algo y sólo tras mucho reiterarnos llegamos a incorporar dentro de nosotros aquello que el otro nos ha dicho. El discípulo confía en el maestro y se pone en sus manos, tiene fe en sus palabras y es dócil a sus enseñanzas. Implícitamente acepta que el maestro desea su bien, que se preocupa por su crecimiento y, por ello, abre completamente su espíritu cuando el maestro se dispone a hablar.

El proceso educativo sólo es posible si hay un ser humano (el educador) dispuesto a enseñar lo que ha aprendido en el transcurso de su vida, y otro (que llamaremos el educando) que está dispuesto a ser enseñado por el primero. Requiere un acto de apertura

y de generosidad por parte del educador, pero también de un acto de docilidad y escucha por parte del educando. Si el primero se encierra sobre él mismo, sin hacer ningún caso del otro, no habrá acto educativo, pero si el segundo se muestra impermeable a las palabras del primero, tampoco lo habrá. Ambas posibilidades de la disyuntiva no son excluyentes. La primera y la segunda alternativa pueden producirse conjuntamente.

La condición de posibilidad de la acción educativa es, pues, la virtud de la docilidad. Si el educando no tiene ningún deseo de conocer lo que el otro sabe o, peor aún, si llega a creer que ya lo sabe todo y que no necesita escucharle, no es posible ninguna acción educativa, porque, de hecho, no hay educando. Sólo lo hay cuando un ser humano está dispuesto a ser enseñado, a ser receptivo a las palabras del otro.

Así pues, la docilidad es la virtud que nos predispone a escuchar al maestro, a prestar atención a sus palabras y dejarnos impregnar por ellas. El buen discípulo tiene la virtud de la docilidad, convirtiéndose de este modo en permeable a las enseñanzas del maestro. La docilidad no se contradice con la crítica, ni con la firmeza de carácter. Sólo es posible ejercer correctamente la crítica si se ha practicado adecuadamente la escucha, y la escucha requiere la virtud de la docilidad. Tampoco la firmeza se opone a la docilidad, porque hay que ser muy firme para disponerse a escuchar al otro, hace falta mucha concentración para no dispersarse en los pensamientos propios y no acabar fabricando humo.

Hace falta lucidez para distinguir quién merece ser escuchado y quién no lo merece, y hace falta aún más lucidez para averiguar quién tiene la capacidad de enseñar a alguien. La docilidad nos predispone a

dejarnos enseñar, pero hace falta escoger bien a los maestros y saber diferenciar nítidamente al maestro verdadero del que no lo es. La crisis de autoridad y la proliferación de impostores que se presentan bajo la forma de maestros, acaba generando una gran desconfianza en el potencial educando, de tal manera que termina cerrándose en banda y no escuchando a nadie. Pero el ser humano es, por definición, un ser abierto a aquello que lo rebasa totalmente, y eso significa que no puede dejar de buscar la verdad ni, a pesar de las múltiples carencias, buscar al maestro que se la comunique.

La docilidad está relacionada además con la virtud del estudio y la de la humildad. Sólo el espíritu dócil sabe que para aprender algo hay que reiterar el esfuerzo, hay que estudiar una y otra vez aquello que se ha enseñado, hasta finalmente interiorizarlo en la propia alma. La docilidad también está relacionada con la humildad. El que cree que lo sabe todo, que no tiene ninguna necesidad de escuchar al otro, se encarama a la torre de marfil de la arrogancia y acaba finalmente por no saber nada del mundo. Únicamente los espíritus dóciles y receptivos a la palabra del maestro son los que se abren definitivamente a la verdad.

La docilidad no es cobardía, como no es dependencia o actitud pueril. Es la virtud que nos empuja a pedir ayuda y consejo, a dejarnos asesorar por aquel que ha vivido más, que conoce mejor el paño y tiene más experiencia para orientarnos.

38

LA AMABILIDAD

La persona que practica la escucha se hace amar y, al hacerse amar, se convierte en una persona amable, deseada en los círculos sociales, estimada por ella misma. Nunca está sola, porque su presencia es solicitada casi con devoción. No es fácil encontrar una persona que sepa ejercer una escucha de calidad y, menos aún, que ceda su tiempo personal al otro, a fin de escucharle indefinidamente.

El verbo *amar*, como tantos otros verbos, se puede conjugar activamente y pasivamente. Podemos amar, pero también podemos ser amados. Cuando amamos, deseamos el bien de otro y cuando somos amados, experimentamos que los otros deseen el nuestro. No siempre somos capaces de interpretar correctamente el amor de los demás. No siempre coincide el bien que nos desea el otro con el bien que nosotros esperaríamos de él.

Sentirse amado por los demás, experimentar que nuestro destino personal interesa a los demás, que no estamos solos y que podemos contar con los demás, es un gozo inmenso. Nada es más humillante que sentir en la propia piel la indiferencia de los demás, la desidia hacia nuestro propio destino. Lo que más nos duele es la indiferencia de unos en concreto: aquellos a quienes amamos. Cuando una persona se siente amada desconoce la soledad porque sabe que, incluso en su aislamiento físico, su existencia cuenta para los

demás. La soledad es experimentar la indiferencia de los demás, es sentirse desvinculado de todos, en medio de una muchedumbre compacta.

El verbo *amar* está relacionado directamente con la voluntad del bien, aunque la voluntad no siempre se identifique con su realización. A veces, deseamos el bien del otro, pero no somos capaces de discernir cuál es realmente su bien. En muchas ocasiones, los demás desean nuestro bien, pero no acaban de percibir cuál es este bien que quieren.

Todo ser humano, debido a su inherente dignidad, es un ser digno de ser amado, aunque no todos se hagan amar de la misma manera. Una persona amable es una persona que se hace amar por los demás, que tiene unas características y habilidades relacionales que la convierten en deseable, que hacen de ella alguien digno de estimación.

Una cosa es ser amado y otra, muy distinta, hacerse amar. La persona amable se hace amar sin pedirlo, sin solicitárselo a los demás. Genera espontáneamente un movimiento de atracción hacia ella, no en el sentido físico del término sino en el cordial.

La amabilidad, como otras virtudes, no depende de la fortaleza física, de la destreza manual, ni tampoco de la inteligencia. Depende de otro conjunto de rasgos que tendremos que explorar. De hecho, en la vida cotidiana sabemos distinguir intuitivamente entre la persona amable y la que no lo es. Y sabemos también que la amabilidad no se descubre inmediatamente, sino que se evidencia a través del trato, de la familiaridad que establecemos con una persona. Tampoco depende del tipo y el grado de confianza que le tengamos. La confianza no es lo mismo que la amabilidad. Hay personas que nos inspiran confianza sin ser amables y, al revés, hay personas que son amables pero con

las cuales no estamos dispuestos a establecer una relación de confianza.

La amabilidad, aun siendo un enigma, no es una virtud gratuita; depende de un conjunto de factores. No es casualidad que una persona sea clasificada como amable y otra, no. Depende de una constelación de características, entre las que se encuentra, naturalmente, el modo de expresarse, la delicadeza en el trato que dispensa a los demás, el lenguaje corporal y otros signos más sutiles.

En cualquier caso, la persona amable se hace querer y es deseada porque tiene unos rasgos y un modo de hacer que generan complicidades y afinidades, antes que distancia. Es querida sin buscarlo, sin pavonear sus características, sin exhibir sus propiedades. Una persona amable es una persona que despierta el deseo de ser amada, y lo despierta porque irradia el bien. Por definición, el bien es deseable y cuando lo vemos encarnado en una persona o en una institución, decimos que son amables y las amamos por ellas mismas.

No todos tenemos la misma capacidad de amar y la misma capacidad de ser amados. Hay personas que se hacen querer más que otras. Tanto los profesores como el personal sanitario, como ejemplos claros de ello, lo detectan en su quehacer profesional. Hay estudiantes, o enfermos, que se hacen querer más que otros. Esto se detecta ya en la infancia, en un patio escolar; como también se detecta en el seno de una organización laboral o en la misma comunidad eclesiástica. También es cierto que hay personas que aman con mayor intensidad que otras, que tienen una capacidad de entrega amorosa que nos sorprende y cautiva a la vez. Hay que contar con ello y no dejarse angustiar por este fenómeno, aceptándolo con libertad de espíritu. Y, sobre todo, debemos aprender a admirar a quienes aman de esa manera.

La riqueza de la condición humana yace en la pluralidad de dones y carismas; no sólo en las habilidades físicas o en las destrezas manuales, sino también en la disposición y capacidad de amar.

Estamos llamados a querer a todos en justo grado y a no caer en favoritismos ni discriminaciones en el acto de amar. Pero no hay duda de que no existen razones que hagan que alguien sea más amable que otros. Debemos preguntarnos por qué identificamos a alguien como amable, del mismo modo que debemos averiguar cómo podríamos ser más amables y dignos de ser amados por los demás.

Lo que convierte a una persona en un ser amable, digno realmente de ser amado, no es su poder, ni su riqueza material ni, por descontado, su belleza física. Son sus virtudes y la excelencia de su carácter. Cuando una persona es amada por otros motivos, hay latente un interés que desvirtúa el motivo de aquel amor. Pero cuando una persona es amada, incluso sin disfrutar del poder ni tener un físico atractivo, lo es porque es amable, porque dispone de unos hábitos excelentes que atraen a los demás.

LA DELICADEZA

Uno de los pequeños valores esenciales en la vida personal y social es la delicadeza. En nuestro tejido de relaciones, sabemos distinguir intuitivamente la persona delicada de la persona que no lo es, como sabemos qué significa hablar con delicadeza o acompañar a un enfermo con delicadeza. Decimos, por ejemplo, que alguien trató un asunto con delicadeza o que se acercó con delicadeza a una cuestión que era muy complicada.

La delicadeza puede referirse tanto al trato que tenemos con las cosas, tangibles o intangibles, como al modo con que tratamos a las personas, aunque no siempre ambas modalidades vayan juntas, puesto que existen personas que tratan con mucha delicadeza sus objetos personales, sus pertenencias, y, en cambio, no tienen el mismo cuidado a la hora de tratar con las personas que les rodean. O al contrario, que también ocurre.

Desde nuestra perspectiva, el imperativo fundamental consiste primeramente en ser delicado con las personas y, en segundo lugar, con las cosas. La sublime dignidad de la persona humana exige que se la trate con el máximo respeto y atención. Con todo, la delicadeza debería ser el modo operativo en todas nuestras intervenciones, porque todo cuanto nos rodea (personas, artefactos, seres vivos) es frágil, y, precisamente por serlo, hay que velar por su buen estado.

Cuando las personas son tratadas delicadamente, experimentan un gozo intenso y, al sentirse amadas, se sienten también llamadas a querer a los demás y tratarles con delicadeza; en tanto que cuando las personas se sienten humilladas o vejadas se produce una crisis interior, que puede llegar al colapso personal y colectivo.

En las instituciones sociales, educativas, sanitarias y religiosas es primordial velar por esa delicadeza en el trato, porque es la clave de su buen funcionamiento. En ciertas ocasiones, muchos procesos de crisis institucional tienen su origen en un tipo de dirección o de gobierno que no vela con suficiente cuidado por las personas que forman parte del proyecto en cuestión. La delicadeza genera delicadeza, en tanto que la actitud grosera y tosca es fuente de conflictos, al herir las sensibilidades.

La delicadeza es una virtud, aparentemente discreta, que está lejos de las denominadas virtudes cardinales (justicia, fortaleza, templanza y prudencia) y de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), pero que, no obstante, es una virtud de vital importancia en el trato interpersonal y en la vida personal, familiar, social y cívica. Todos deseamos ser tratados con delicadeza, todos esperamos que nos comuniquen las malas noticias delicadamente, a todos nos complace encontrarnos con personas delicadas, conversar y pasar el rato con ellas.

La delicadeza que, como virtud que es, nos perfecciona tanto interiormente como socialmente, es deseada y anhelada por todos Y, si bien cada uno de nosotros tiene una disposición natural hacia ella (que no es idéntica en todos), con el tiempo es posible aprender a ser delicado. La experiencia del pasado nos ayuda a descubrir qué significa actuar delicadamente y qué

consecuencias tiene la falta de delicadeza. Aunque en el curso de los años, aprendemos a ser delicados, siempre es posible progresar en este sentido porque el universo de los valores es infinito.

No debe confundirse la delicadeza con la pusilanimidad ni con la cobardía. La persona delicada no deja de decir lo que debe, pero lo hace de manera correcta y educada, de un modo que no hiere, que respeta la sensibilidad del otro. La delicadeza es, pues, una virtud formal, retórica, porque quien sobresale en su práctica es aquel que domina las sutilezas del lenguaje. La actitud opuesta a la delicadeza, que sería equiparable a la vulgaridad o la grosería, nos deshumaniza y nos aleja de los demás. La indelicadeza significa decir las cosas sin meditarlas antes y sin pararse a pensar en cómo se las tomará el otro. La indelicadeza hiere y humilla.

Describir en qué consiste esta pequeña virtud no es fácil porque se expresa de muchas formas y, aunque podemos intuirla, no es sencillo describir en qué consiste. Solemos hablar de la delicadeza en el trato o en el estilo personal, pero raramente nos paramos a pensar qué es la delicadeza en sí misma; en su esencia, como dirían los filósofos.

Ser delicado con las cosas implica tener con ellas una relación respetuosa, no tener una relación de naturaleza posesiva. Ser delicado con los objetos quiere decir procurar que estén bien ubicados, ser cuidadosos al empuñarlos, asumir que son vulnerables y que, precisamente por serlo, hay que tratarlos de un modo atento y sensible. Desde un punto de vista conceptual, la delicadeza se relaciona con la finura, la atención y el miramiento, la cortesía, la sensibilidad y la escrupulosidad. En las relaciones conyugales, en los vínculos paternofiliales y en el trato institucional,

la delicadeza es un buen punto de referencia que evita problemas mayores.

En cierta manera, es delicado quien se pone fuera de las cosas, mantiene con ellas una distancia crítica y no se acerca excesivamente ni a las personas ni a las cosas. La delicadeza es lo opuesto al deseo de instrumentalizar. Cuando tratamos a las personas como un fin en ellas mismas, como una realidad valiosa *per se*, somos delicados; cuando las tratamos buscando algún tipo de rendimiento o provecho personal, somos groseros y cicateros. Las cosas pueden tener un sentido instrumental, pero eso no quiere decir que puedan ser tratadas de cualquier manera. El cuidado y la finura son también importantes para que continúen siendo como son, cumpliendo mejor su finalidad.

Es delicado quien contempla sin necesidad de tocar, quien mira sin desear asir o utilizar lo que ve, quien deja que las cosas sean lo que son y que permite que su interlocutor se exprese sin tener necesidad de exponer lo que él mismo siente o piensa en aquel momento. La discreción y la delicadeza son valores que tienen un aire de familia. Es delicado en su conversación quien dice lo que piensa sin herir a su interlocutor, quien no cede a la tentación de decir lo que sabe secretamente, aunque pueda sentirse tentado a hacerlo para captar la atención de los demás.

En este sentido, la delicadeza es respeto por el otro, pero también práctica de la ascesis personal. Como toda experiencia, la delicadeza no puede ser equiparada a un objeto de conocimiento, no tiene un significado. Comporta un distanciamiento, una retirada del mundo, una cierta negación del propio ego, una forma de abstinencia del egocentrismo y del deseo de poseerlo todo.

La delicadeza con las personas es el respeto por su pasado, es el esfuerzo por comprenderlas y aceptarlas tal como son en sí mismas. La delicadeza no busca transformar al otro, cambiarlo o convertirlo, sino que es la virtud que nos permite atenderle, sin necesidad de convertirlo en un espejo de nuestros valores y convicciones. En sentido estricto, la delicadeza no consiste en hacer cosas, en actuar en el mundo, sino en dejar que los otros actúen, en dejar espacio para que los demás puedan expresarse.

La actitud contraria a la delicadeza es la que aparece cuando el único móvil de la persona es su expansión egocéntrica, su desarrollo intensivo y extensivo hacia fuera. La delicadeza no es una práctica; es una manera de estar en el mundo. No responde a una pragmática, sino a una retórica. Más que una acción, es un acto.

40

EL CONOCIMIENTO DE UNO MISMO

Para progresar en el conocimiento personal es esencial escucharse a uno mismo. Hay que aprender a escucharse, tanto desde un punto de vista interior como exterior. Esto significa escuchar en primer lugar las voces de la memoria personal; luego, escuchar los deseos que brotan del alma; y, finalmente, escuchar los pensamientos que elaboramos con el intelecto.

Escuchar las voces de la memoria no es un trabajo fácil. En términos generales, tenemos una relación selectiva con la memoria. Escuchamos lo que nos interesa y sepultamos determinados recuerdos muy adentro. No siempre nos place escuchar la voz de un recuerdo doloroso. La traición, la infidelidad, el fracaso y el desamor son recuerdos que nos hieren por lo que, como mecanismo de defensa, tratamos de ahuyentarlos siempre que aparecen en la conciencia.

Esta ambivalencia es curiosa. Por un lado, intentamos olvidar. Pero, por otro, también intentamos recordar. Deseamos que algunos recuerdos no desaparezcan del escenario interior. Pero nos duele cuando no recordamos cierta ocasión determinada. Nos sentimos impotentes y nos damos cuenta de que no somos soberanos de nuestra memoria. A veces, podemos llegar a ser sus esclavos.

El cuerpo grita, pero también lo hace nuestra alma. Las voces de la memoria resuenan en nuestro interior. Los muertos se hacen presentes cuando recordamos lo

que nos dijeron en vida. Mientras no les olvidemos, continúan vivos en el interior de nuestro ser, aleccionándonos. Por lo tanto, forman parte de nosotros.

Sólo podemos conocernos a nosotros mismos si no ignoramos todo cuanto configura este universo interior donde se entretejen recuerdos, deseos, expectativas, resentimientos, alegrías y miedos, pensamientos propios y ajenos. Estamos hechos de recuerdos, pero también de deseos. No podemos esquivar la voz de los deseos, ni ahogar los gritos del pensamiento. No todo cuanto acontece en el interior debe ser exteriorizado. Debemos conocer los deseos más notables, pero debemos también discernir su exposición.

El conocimiento de uno mismo exige una cierta actitud de atención y disponibilidad hacia uno mismo. No podemos estar permanentemente instalados en el balcón de nuestra propia casa, contemplando lo que pasa en la calle. De vez en cuando, hay que cerrarlo y recorrer la casa de uno, visitar todas sus estancias, acariciar los objetos que alberga, observar cuanto ahí realmente se cuece.

El conocimiento de uno mismo requiere, evidentemente, un proceso de escucha interior, pero no podríamos conocernos a fondo sin la constante interacción con los demás. No cabe duda de que el conocimiento de uno mismo puede alcanzarse a través de la interiorización y confrontación con el propio yo, aunque también, por más paradójico que parezca, puede alcanzarse con el movimiento hacia fuera.

Todo ser humano es capaz de un doble movimiento: puede salir fuera de él mismo o puede dirigirse a su interior. Obviamente, no nos referimos a un movimiento de naturaleza física, sino de carácter mental. Podemos contemplar la exterioridad que nos rodea y extasiarnos ante su belleza, pero también podemos

cerrar los ojos y explorar la propia interioridad, indagando en cada recoveco. Afuera, nos encontramos a través de las obras y las personas que conocemos. Pero también nos encontramos en el interior, en el reducto del alma.

Ambos periplos terminan en el mismo puerto: el conocimiento de uno mismo. Al abrirnos al otro y responder a sus palabras, nos descubrimos a nosotros mismos y descubrimos hasta qué punto vivimos las convicciones que decimos tener.

Al escuchar a los demás, nos descubrimos a nosotros mismos como seres singulares no indistintos en el mundo, dotados de unas ideas propias y capaces de delimitar fronteras y espacios de convergencia con el otro.

Sin la existencia del otro, jamás podríamos llegar a conocernos. Al entrar en relación con el otro, tomamos conciencia de cuáles son sus fronteras, sus convicciones, sus certezas e incertidumbres; y, por contraposición, aprendemos a definirnos y a responder la pregunta de la identidad personal. El otro es como un espejo, aunque no un espejo plano. El otro es el otro y nunca puede tomarse como una proyección de uno mismo; antes bien, es el pretexto para conocernos a fondo. Y nosotros, a la vez, también somos un pretexto para que el otro se conozca a sí mismo.

Escuchar a los demás y escuchar la Voz que nos habla secretamente en la interioridad, es un ejercicio clave para llevar a cabo satisfactoriamente la tarea de comprendernos a nosotros mismos. No estamos hablando de una tarea menor, sino de un ejercicio que es básico para vivir una existencia mínimamente feliz.

M. Buber, *Elementos de lo interhumano*, Ed. Riopiedras, Barcelona, 1997.

R. Casarjian, *Perdonar*, Urano Bolsillo, Barcelona, 1998.

F. Dostoievsky, *Los hermanos Karamazov*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2003.

H.G. Gadamer, *Verdad y método*, I y II, Sígueme, Salamanca, 1977.

M. Heidegger, *Ser y tiempo*, FCE, Madrid, 1995.

F. Kafka, *La muralla china*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

J. Lacroix, *El sentido del diálogo*, Fontanella, Barcelona, 1968.

E. Levinas, *Difícil libertad*, Caparrós Editores, Madrid, 2004.

S. Kierkegaard, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, Trotta, Madrid, 2001.

J. Krishnamurti, *La libertad primera y última*, RBA Coleccionables, S.A., Barcelona, 2002.

E. Mounier, *Obras completas*, II, Sígueme, Salamanca, 1993.

F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

P. Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, Trotta, Barcelona, 2004.

C. Rogers, *El camino del ser*, Kairós, Barcelona, 1990.

B. Russell, *La conquista de la felicidad*, Austral, Madrid, 1973.

M. Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, Sígueme, Salamanca, 2004.

M. de Unamuno, *Soledad*, Austral, Madrid, 1962.